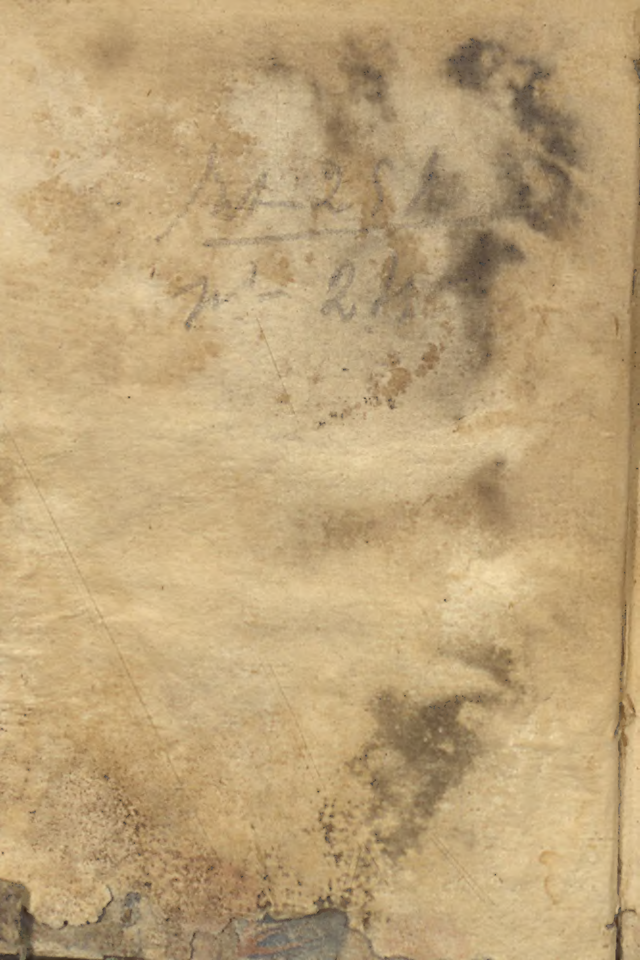








EL PEREGRINO.



El cielo ratifique vuestros votos, dijo un anciano religioso que estaba junto al altar. Tom. I. Pag. 202.

EL PEREGRINO

Ó

CRISTABELA DE MOWBRAY,

NOVELA INGLESA

de Isabel Helme,

TRADUCIDA DEL FRANCÉS

POR DON RAMON DE UGENA.

TOMO I.

MADRID:

Se hallará en la librería de Razola, calle de la Concepcion Gerónima, n.º 3.

ENERO DE 1832.

EL TRADUCTOR.

Esta novela, escrita originalmente en lengua inglesa, es obra de Isabel Helme, acreditada en la república de las letras por las tituladas Luisa

ó la Cabaña, la Caverna de Santa Margarita, Alberto ó el desierto de Strathnavert, *y otras varias. En la presente, acertó á pintar con unos colores muy semejantes á los de Walter Scott, las escenas de los tiempos caballerescos que tanto se prestan á los deliciosos vuelos de la imaginacion, y que llevan siempre cierto carácter de dignidad y de costumbres urbanas y piadosas. El gusto del dia propende á ver reunidos el interés histórico ó de la* verdad, *con los atractivos del* adorno poético, *y bajo estos dos aspectos me atrevo á decir que llena el objeto que se propuso; y si es dado juzgar por las*

propias sensaciones de las agenas; puedo asegurar que á las primeras páginas de su lectura ya me vi empeñado á proseguirla; que mi interés fue creciendo sin interrupcion; que el placer de la sorpresa se renovaba en cada capítulo, y que me dejó gustosos recuerdos. Tal vez lo grato de estas sensaciones me lisonjearon hasta atreverme á traducirla, y presentarme al público con este mi primer ensayo en la difícil tarea de traductor, circunstancia que me creo obligado á declarar, pues asi promoverá la indulgencia de mis lectores. Me contentaré pues y daré por bien empleado mi arrojo, con que mi tra-

ó la Cabaña, la Caverna de Santa Margarita, Alberto ó el desierto de Strathnavert, *y otras varias. En la presente, acertó á pintar con unos colores muy semejantes á los de Walter Scott, las escenas de los tiempos caballerescos que tanto se prestan á los deliciosos vuelos de la imaginacion, y que llevan siempre cierto carácter de dignidad y de costumbres urbanas y piadosas. El gusto del dia propende á ver reunidos el interés histórico ó de la* verdad, *con los atractivos del* adorno poético, *y bajo estos dos aspectos me atrevo á decir que llena el objeto que se propuso; y si es dado juzgar por las*

propias sensaciones de las agenas; puedo asegurar que á las primeras páginas de su lectura ya me vi empeñado á proseguirla; que mi interés fue creciendo sin interrupcion; que el placer de la sorpresa se renovaba en cada capítulo, y que me dejó gustosos recuerdos. Tal vez lo grato de estas sensaciones me lisonjearon hasta atreverme á traducirla, y presentarme al público con este mi primer ensayo en la dificil tarea de traductor, circunstancia que me creo obligado á declarar, pues asi promoverá la indulgencia de mis lectores. Me contentaré pues y daré por bien empleado mi arrojo, con que mi tra-

duccion al castellano interese tanto al público como á mí me llegó á interesar el original frances, del que la he traducido.



EL PEREGRINO

Ó

CRISTABELA DE MOWBRAY.

CAPÍTULO PRIMERO.

Tres años habia que Saladino, Soldan de Egipto, defendia la ciudad de Tolemaida (hoy san Juan de Acre) contra las fuerzas combinadas de los cristianos, cuando Ricardo, Corazon de Leon, Rey de Inglaterra la puso sitio en el año de 1190, cuya empresa le costó inmensas sumas y gran pérdida de gente para obligar á su guarnicion á capitular. Tomada Tolemaida, siguió el curso de sus conquistas apoderándose de otras plazas de menor consideracion; mas á pesar de sus triunfos no logró el objeto que se propuso al publicar aquella cruzada.

Cuando llegó á una corta distancia de Jerusalen quiso pasar revista á sus tropas, y las halló de tal modo disminuidas por el hambre y las fatigas que habian sufrido, que se vió precisado á desistir de su proyecto, y á firmar un tratado con Saladino.

Ambos Monarcas convinieron en guardar una tregua de tres años, durante los cuales, quedarian en poder de los cristianos los puestos de la Palestina, y los peregrinos podrian entrar libremente en Jerusalen.

Muerto Ricardo, Juan su sucesor, no pensó en inquietar á los infieles; pero en el año noveno de su reinado, varios nobles tomaron la cruz y publicaron la intencion que tenian de visitar los santos lugares, y proteger de las correrías de los sarracenos á los que se hallasen animados de los mismos deseos que ellos.

Felipe, baron De-Pointz, jóven tan recomendable por su ilustre cuna, como por su talento y noble carácter, fue uno de estos valientes caballeros. Criado en Normandía, aunque natural de Inglaterra, habia vuelto á su patria antes de su partida á Siria, en donde de repente concibió el pensamiento de seguir á los cruzados.

Algunos meses se pasaron entre el pro-

yecto y su ejecucion. Durante este intérvalo, muchos devotos concurrieron de todos paises para aprovecharse de la escolta que les estaba ofrecida, llegando en pocos meses al número de trescientos peregrinos, y seiscientos entre soldados y caballeros los cruzados que se alistaron para protegerlos.

Atravesaron la Francia, se embarcaron en el Mediterráneo y abordaron á Sicilia donde por los vientos contrarios tuvieron que detenerse algun tiempo. Saltaron en tierra para acamparse en la orilla del mar, y al instante se vió á todos los que componian la expedicion dividirse en reuniones particulares, formadas de amigos, y de los que mas analogía tenian en sus gustos y carácter; y esta misma fue la que unió con mayor estrechez á De-Pointz y Enrique Fitz Hugo. Eran de una misma edad, y aunque el nacimiento y los bienes del último no igualaban á las de su amigo, su exterior amable y las buenas cualidades con que le habia dotado la naturaleza, le servian de una poderosa recomendacion. No habia acompañado á De-Pointz en su viage á Inglaterra; y asi cuando se encontraron en Francia, Hugo quedó maravillado al ver la prodigiosa mudanza de su carácter. Un aire

serio y melancólico habia remplazado á su genio alegre y vivaracho.

Creyendo que su tristeza provenia de la pérdida reciente de su madre, y de la visita que acababa de hacer á los dominios heredados por su muerte, se abstuvo por algun tiempo de interrumpir un dolor tan natural; pero no viendo en él la menor disminucion, se determinó por último á usar del privilegio que concede la amistad, y á preguntarle el motivo.

Su mansion en Sicilia no tardó en presentarle una ocasion favorable. Un dia que entró en la tienda de De-Pointz, le halló solo contemplando con profunda afliccion un grueso manuscrito que tenia delante de sí.

--"En verdad querido amigo, le dijo, que haria gustoso cualquier sacrificio por saber el motivo de esa melancolía que tanto te domina: sé que tu padre ha pasado á unirse con sus ilustres ascendientes; pero acaso ¿no has tributado ya á su memoria bastantes lágrimas? Tu madre murió algunos meses antes que él, y en una edad en que tu debias esperar que el cielo se la prolongase por muchos años; mas tu apenas la has conocido, y ademas, la donacion del dominio de Latimer, que hizo en su testa-

mento á favor de Cristabela de Mowbray, demuestra demasiado bien la indiferencia con que te miraba."

--¡Y que! ¿en tan poco estimas, le respondió De-Pointz, los dominios de mi abuelo el baron de Falcomberg que me ha dejado, con todas las riquezas acumuladas en esta casa?

--Ya que has tocado este punto, es preciso confesar que Cristabela de Mowbray era una excelente y generosa doncella, pues ha renunciado en tu favor unos bienes de que podia disponer libremente. Creo que cuando murió no tenia mas que diez y nueve años, y que solo ha sobrevivido uno á tu madre.

--¡Pluguiera á Dios que hubiese podido vivir hasta que yo deseara su muerte! Su legado me ha cubierto de amargura: ella poseía otros bienes poco considerables de su patrimonio. Ha dejado su usufructo por tiempo de siete años al monasterio inmediato al castillo de Latimer, con el cargo de que digan misas por el alma de mi madre y de sus deudos por siete años consecutivos; al fin de los cuales deberán volver los bienes al deudo mas cercano. El cielo sabe que jamas hubiera proferido la menor

queja contra su memoria si hubiese dispuesto del castillo y dominios de Latimer para los mismos fines."

Declarar á un amigo la causa de su tristeza, es empeñarse á descubrírsela enteramente. De-Pointz habia dicho ya demasiado para dejar de explicarse. "No debo tener reservado nada para tí, continuó. Conozco tu lealtad y necesito depositar en tu pecho el origen de las insoportables penas que me agitan. Ya sabes que solo tenia cuatro años cuando de resultas de la fatal disension ocurrida entre mis padres, fui arrebatado del castillo de Latimer, y conducido á Normandía. Mi padre, cuyo carácter era tan altanero como vengativo, jamas se dignó instruirme sobre este particular. Mi natural ligereza, propia de la corta edad, y el poco interes que yo tomaba en los asuntos de mi familia, no me dejaban ver las cosas mas que por la superficie. Las facciones de mi madre estaban casi enteramente borradas de mi memoria, y si pensaba alguna vez en ella, solo era con aquella indiferencia con que uno se acuerda de un extraño. Rara vez recibíamos sus cartas; pero un dia despues de un silencio de quince meses, al volver de caza, hallé á mi

padre sumamente agitado. Supe habia llegado un criado de Inglaterra con la noticia de la muerte de la baronesa, y con la copia de su testamento. Me la enseñó...... He aqui su contenido en la primera página de pergamino unido á este manuscrito, que dice asi:

"Atento á que hace algunos meses que mi salud se debilita por grados, y conociendo al mismo tiempo se acerca el terrible momento en que las cosas mas secretas van á hacerse patentes á mi vista, yo la abajo firmada Cristabela de Falcomberg, baronesa De-Pointz, entrego mi alma á Dios y el cuerpo á la tierra, invocando humildemente la proteccion de todos los santos del cielo, para que con su intercesion alcancen del Todopoderoso, que abreviando el tiempo de mi expiacion en la otra vida, la lleve al descanso de los justos."

"Al baron Gilberto De-Pointz mi esposo, le dejo todos mis bienes paternos, para que los goze en usufructo durante su vida pasando la propiedad de ellos cuando acaezca su fallecimiento á Felipe De-Pointz, mi querido y tierno hijo suplicándoles me tengan presente en sus oraciones, del mismo modo que ellos lo han estado siempre en las mias.

Á mi ahijada Cristabela, hija de Roberto de Mowbray, cuya ternura y afecto verdaderamente filiales me han ayudado á sobrellevar la pérdida de mi hijo, la dejo el castillo de Latimer con las tierras y dominios que de él dependen; y este legado lo hago en virtud del derecho que tengo por la concesion primitiva del feudo que Guillermo el Conquistador hizo á mis antepasados, dando autoridad y poder al que le poseyese no solo de dejarle á uno de sus hijos, sino de transferirle si lo tenia á bien á una familia extraña.

Á Felipe De-Pointz le doy toda la bajilla de plata y las demas alhajas pertenecientes á su abuelo el baron de Falcomberg, como una prenda de mi amor y memoria, aunque jamas haya merecido respuesta á las muchas cartas que le he escrito.

Mando al convento y al monasterio de Santa María, situados en las inmediaciones del castillo de Latimer quinientos marcos de plata, y pido á las santas religiosas la gracia de que admitan á una pobre pecadora en su sagrado recinto, y manden celebrar misas por bien de mi alma.

Firmado, sellado y certificado en 10 de abril del año del Señor de 1209. = Crista-

bela de Falcomberg, baronesa de Pointz. = Jacobo La-Roche, en el monasterio de Santa María del dominio del castillo de Latimer. = John Leval, mayordomo del castillo de dicho dominio."

Concluida la lectura del testamento Fitz Hugo se mantuvo por algunos instantes silencioso hasta que al fin dijo á su amigo: ¿y por qué no la respondiste? Al menos debias haberla dado esta muestra de respeto.

Yo se la hubiera dado con el mayor placer, dijo De-Pointz, pero jamas recibí de mi madre la mas ligera señal de su memoria; ademas estaba en la creencia que no querria recibir nuestras cartas.

La salud de mi padre, prosiguió Pointz, se alteró rápidamente desde la muerte de su esposa: era de mas edad que ella, y no habiéndola sobrevivido sino solo seis meses, quedé por heredero universal de todos sus bienes. Á pocos dias despues, examinando su gabinete, adquirí por varios papeles la confirmacion de lo que contenia el testamento de mi madre, pues encontré algunas de las cartas que nos habia dirigido. Este descubrimiento excitó en mi un vivo deseo de hacer un viage á Inglaterra luego que concluyese mis negocios en Normandia

Escribí ante todo á Cristabela. Despues de expresarla el dolor que me causaba la muerte de la baronesa, la manifesté cuán lisonjera me habia sido la cláusula del testamento de mi madre, y concluí dirigiendo mis votos al cielo para que la concediese larga vida á fin de que gozase dilatado tiempo del legado hecho en su favor. El mensagero que envié me trajo su respuesta concebida en los términos mas dolorosos. Esta desgraciada me decia, que teniendo una grande aversion al mundo estaba irrevocablemente decidida á retirarse al convento vecino consagrándose á la vida religiosa. Añadia, que siendo suficientes los bienes de su padre Roberto de Mowbray para sostenerse, me restituia el castillo de Latimer con todos sus dominios, pidiéndome por única gracia conservase los antiguos sirvientes de la casa, y que les tratase con la misma dulzura que siempre lo habia hecho la baronesa. . . . .

Como mis asuntos no me permitian marchar al instante á Inglaterra, despaché un nuevo correo, declarándola mi firme resolucion de reusar su oferta. La supliqué me considerase como un hermano suyo, y como tal la aconsejé no precipitase su deter-

minacion respecto á abrazar un estado, en el cual despues no habia apelacion; y por fin la anuncié mi próxima partida á la Normandía.

No dió respuesta ninguna á esta carta: dos meses despues marché á Inglaterra, acompañado de un corto número de sirvientes, y en vez de empezar la visita por los dominios de mi padre y abuelo, un impulso secreto dirigió mis pasos al castillo de Latimer. No sé cual fue mayor, si la sorpresa ó la pesadumbre que me causó el saber que á pocos dias de haber recibido Cristabela mi última carta se habia retirado al convento, y que víctima de su dolor falleció en él al cabo de un mes. Su testamento que estaba revestido con todos los requisitos legales, me constituia por su heredero del castillo y dominios de Latimer, exigiéndome que los guardase eternamente, tanto por el descanso de su alma, si yo la tenia en algun aprecio, como por respeto á la memoria de mi madre.

En cuanto á los bienes de su propiedad ya te he dicho que habia dejado su usufructo al convento por siete años, despues de cuyo tiempo deben pasar á su mas cercano pariente. Estas son las solas disposiciones que

hizo, con el legado de una pequeña casa, y del terreno que la rodea en favor del jóven Leval, y por su fallecimiento á su hija Ana.

No me tengas por mal hijo cuando te diga que me causó mas sentimiento la noticia de la muerte de esta jóven desconocida que el que experimenté al perder á mis padres. Fuí recibido en el castillo por Cicely, que era el ama de llaves: su marido é hija estaban entonces ausentes. Esta respetable muger tendrá como unos cincuenta años: su suegro, antes mayordomo de la tierra de Latimer y cuyo empleo desempeñaba su hijo John Leval aunque de edad muy avanzada, habia sobrevivido á la baronesa de Pointz. Yo estaba rodeado de mis domésticos, cuando Cicely vino á recibirme hasta la puerta esterior del castillo; mas luego que entré, y que hubimos quedado sin testigos, Cicely se arrojó á mis pies, y apretándome con ternura la mano me dijo: "¡Oh mi amo! viva imágen de aquella que en la tierra fue la mejor de las mugeres, y á quien el cielo sin duda cuenta hoy en el número de sus bienaventurados! Perdonad á mi sorpresa y alegría una libertad que acaso puede ofenderos; pero no soy dueña de conte-

ner mi emocion. Ah! ¿por qué no habrá permitido el cielo que hubieseis venido algunos meses antes? Vuestra respetable madre hubiera tenido la satisfaccion de ver cumplidos sus mas vivos deseos, y vos habriais visto el ángel, cuya alma era un verdadero modelo de la de la baronesa."

Levanté á Cicely con agrado y tratando de mitigar su afliccion, mezclé mis lágrimas con las suyas, pues no me avergüenzo de decir que en aquel momento mi conmocion era igual á la de una débil muger. "Milord, prosiguió Cicely, quizas vos ignorais que los mas ardientes deseos de la baronesa fueron que vieseis á Cristabela. Este deseo no era menos vivo que el que tenia de veros á vos mismo antes de morir. ¡Ah Milord! os hubiera sido imposible dejar de amar á la bella Cristabela. Si todos los pintores del universo tratasen de representar á la belleza con todas sus perfecciones, sola la hija de Roberto de Mowbray pudiera haberles servido de modelo.

Yo la hubiera amado como una hermana, respondí; esto es lo que puedo asegurar. Bien penetro cuales eran las intenciones de mi madre, pero rara vez sucede que la felicidad acompañe á semejantes enlaces, y que

correspondan con las ideas que de ellos se han formado los padres."

Cicely, lo mismo que toda la familia, habia muchos años que dependian de la casa. Su respetable presencia, su discernimiento, y sobre todo su afectuoso modo excitaban cada vez mas mi interés. La hice sentar y la supliqué me diese una infinidad de noticias acerca de mi familia, de las que siempre habia estado ignorante: comí frugalmente y recorrí con ella todo el castillo. Una de sus salas fijó muy particularmente mi atencion: era en la que mi madre habia entregado su espíritu al Criador. Toda ella estaba cubierta de negro: en una mesa se veía un crucifijo y un devocionario, y cerca del lecho un sofá tambien cubierto de negro y junto á un cofrecito de ambar con su llavecita de plata.

Viendo Cicely la atencion con que examinaba tan diversos objetos me dijo, que aquella sala habia servido de dormitorio á Cristabela antes de retirarse al convento: que despues de la muerte de la baronesa nadie habia podido disuadirla á que la dejase, siendo inútiles cuantos esfuerzos se emplearon para ello por el capellan de Santa María y por ella. Cristabela fue, añadió Cice-

ly, quien mandó cubrir de luto esta estancia; aqui acostumbraba á pasar la mayor parte del tiempo, ocupada en escribir la crónica de la vida de sus parientes y la de la baronesa de Pointz.

¿Dónde ha podido sacar los materiales necesarios para esta clase de trabajo, interrumpí yo? Si no me engaño Cristabela era muy niña cuando perdió á sus padres.

Es verdad, Milord, pero Lady poseía una gran cantidad de papeles en los que halló las noticias mas circunstanciadas: ademas de estos pormenores la baronesa le comunicó otros de viva voz, y despues de la pérdida de su respetable bienhechora, es cuando se ha ocupado en coordinarlos. Yo tambien he contribuido á ello dándola noticia de algunos hechos que sabia por el religioso Jacobo Laroche y mi cuñado Leval.

Decidme, buena Cicely, ¿dónde estan esas crónicas? Mucho placer recibiría en leerlas.

Aqui deben de estar, Milord, pues yo no dudo hayan quedado guardadas en este cofre que Lady Cristabela se dejó olvidado cuando marchó al convento. Su débil salud la habrá impedido despues pensar en ellas, y menos el reclamarlas."

Siempre tuve grandes deseos de instruirme de los incidentes relativos al casamiento de los autores de mis dias, y del origen de su desavenencia; mas la edad y reserva de mi padre alejaban de mí el deseo de hacerle ninguna pregunta sobre este asunto. Solo pude adquirir, aunque vagamente, que la casa de Mowbray fue el motivo principal de su desunion; por lo que en aquel momento sentí la mayor impaciencia por leer aquellas memorias, bien ageno de que abrazasen tantos particulares.

Este pensamiento acaloró de tal modo mi imaginacion que no pensé en visitar lo restante del castillo, y cuando Cicely me preguntó que habitacion escogia para pasar la noche, respondí que la de mi madre.

-- ¡Oh no Milord! me dijo, esta estancia era alegre en otro tiempo, cuando la habitaba la baronesa, y podia ofrecer ideas de felicidad, pero hoy solo inspira melancolía. Milord, por gracia permitid.....

-- No quiero otra, Cicely, hacedla preparar al momento.

Al menos consentid en que se quite este lúgubre aparato que será muy en breve.

No, no quiero se haga mudanza ninguna: la hija de Mowbray, segun decís, la ha

habitado gustosa muchos meses, ¿cómo pues podeis pensar que yo deje de llenar los mismos deberes, y que no pueda pasar aqui algunas noches?

Cicely solo me respondió con una respetuosa inclinacion. Un instante despues me sirvieron la cena, pero no quise sentarme en la mesa pues no tenia apetito, y aunque todavia no era muy entrada la noche, ordene llevasen luz á mi estancia.

Dos de mis criados fueron alumbrándome hasta la puerta, y apenas hube entrado los hice retirar. La luz que despedia la lámpara parecia redoblar el horror de los objetos que me rodeaban; pero mi impaciencia fue superior á mis tristes reflexiones. Abrí precipitadamente el cofrecillo que contenia las memorias, y hallé un escrito mas voluminoso de lo que yo habia creido: me senté en el sofá, y fue tal en aquel momento la fuerza de mi imaginacion que me pareció que un frio glacial corria por mis venas. Levanté los ojos casi con la certidumbre de que iba á ver aparecerse á mi madre y á la hija de Mowbray; mas solo hirió mi vista la sombría oscuridad de la estancia. Me apoderé del manuscrito y no quise entregarme al descanso hasta concluir la lectura.”

Aqui se detuvo De-Pointz: Te aseguro por mi honor, dijo Fitz Hugo, que tu relacion es muy interesante, y que siento no haberte acompañado al castillo de Latimer para tener el gusto de leer las memorias de tu bella desconocida.

En tu mano está el satisfacer ese deseo si tienes paciencia para leerlas. Cuando marché de Latimer no pude resolverme á dejarlas en el castillo; delante las tienes." -- Fitz Hugo dió las gracias á su amigo, tomó el manuscrito y leyó lo que sigue.

CAPÍTULO II.

Historia de la casa de Roberto de Mowbray y la de Cristabela de Falcomberg, heredera de Latimer y baronesa de Pointz.

"¡Espíritu bienaventurado! ó tu que sin duda estás ahora en la morada de la paz eterna y por cuyo reposo jamas cesará la triste huérfana Cristabela de dirigir sus fervorosas súplicas al Omnipotente! Si desde

esa dichosa mansion miras el trabajo que la ocupa en este momento, perdónala si con mano trémula y débil, y con los ojos bañados en lágrimas, emprende la pintura de tus virtudes, de tus penas y sufrimientos.

Cuando mi alma se desprenda de la túnica mortal que la aprisiona, y participe del reposo que tu gozas, quizas vendrán á parar estas memorias en manos del baron De-Pointz, que aborrece á la hija de Mowbray..... Ah! era esposo de la señora de Latimer, y yo no puedo aborrecerle. Su hijo, en quien han infundido la misma aversion; este hijo, á quien amo como hermano aunque no le conozco, y que mil veces he formado los mas ardientes votos por su felicidad á causa de la semejanza que todos dicen tiene con su angelical madre; ay! no tengo esperanza de verle nunca! Se acabó el mundo para Cristabela de Mowbray, y esta desgraciada acabó para el mundo! Su alma se ha exhalado con el último suspiro de la señora de Latimer! Tu decantada belleza, ó muger incomparable, yace sepultada en la oscuridad del espantoso sepulcro! ¿Mas qué digo desgraciada? La mejor parte de ella misma ¿no existe? La muger mortal ha perecido, la santa ha pasado á la vida eterna.

Dos meses largos han transcurrido desde la muerte de la baronesa. ¡Ay! he aqui ocho mortales semanas para mí, pues he perdido la que fue mas que mi madre! El luto que diciembre derrama sobre toda la naturaleza, es menos triste que el que reina en mi corazon. No tengo mas que una pena, un pensamiento, que solo se dirige al bien que he perdido...... Trato de recordar los secretos que me ha confiado..... Leeré los papeles de mi padre; el bueno y respetable anciano La-Roche y Leval, me ayudarán en el proyecto que acabo de concebir.

Hugo, baron de Falcomberg, poseía el dominio y castillo de Latimer, con otros muchos y considerables bienes en el condado de Durham que le habia dejado su esposa descendiente de la familia de este nombre. El primer baron de Latimer recibió este feudo de Guillermo el Conquistador; y como no tenia hijos, el monarca añadió á aquel don el derecho, tanto para él como para sus sucesores, de elegir herederos entre su familia, ó entre los extraños si lo tenian á bien, Latimer dejó en su testamento la tierra al mas jóven de los sobrinos, y despues de cuatro generaciones vino por último á recaer en la baronesa de Falcom-

berg, que la dejó á su esposo sin restriccion alguna.

Solo una hija tuvieron de su matrimonio: esta era Lady Cristabela de Falcomberg que perdió á su madre á poco de su nacimiento. Apenas tenia un año, cuando el baron su padre cedió en ella todas las rentas que poseía de su esposa, reservándose únicamente el derecho de residir en el castillo durante su vida.

La liberalidad del baron era igual á sus riquezas que generosamente repartia entre los vasallos, aunque su carácter duro y altanero gustaba que todo cediese á su voluntad; y con estas cualidades no era de extrañar fuese mas bien temido que amado. Lady Cristabela por el contrario, á medida que iba creciendo, adquiria el aire noble y grave de su padre; pero una afabilidad natural atemperaba el severo exterior del semblante, de forma que los vasallos la idolatraban siguiéndola á todas partes, y colmándola de bendiciones.

Entre los comensales de Latimer habia un jóven huérfano llamado Roberto de Mowbray, de nacimiento no inferior al del baron; pero disipados los bienes desgraciadamente por la profusion de sus padres,

sólo le habian dejado por herencia un nombre sin tacha.

El baron dió una prueba de su generosidad en la educacion de este jóven, con cuyo padre habia estado unido por los lazos de la sangre y de la amistad: maestros de griego, de latin, de francés; en fin nada habia omitido para formar de él un perfecto caballero. Tantos gastos no fueron inútiles, pues Roberto de Mowbray aprovechó de tal modo, que pasaba por el jóven mas completo de su tiempo. Facilmente se deja entender, que criado con Cristabela de Falcomberg, y siendo ambos casi de una edad, no habria podido mirar con indiferencia la belleza y buenas cualidades de la hija de su bienhechor; pero se horrorizaba al considerar la enorme distancia que la fortuna habia puesto entre ambos. En las justas y torneos en que siempre ganaba el premio, venia á depositarle con el mayor júbilo y sumision á los pies de Cristabela. El baron estaba encantado con las victorias del jóven, y nunca formó la menor sospecha de su galantería; pues no podia imaginar que Mowbray se atreviese á elevar sus miras á la rica heredera de las casas de Falcomberg y dé Latimer.

Lady Cristabela conocia el mérito de Mowbray; la alegría brillaba en sus ojos cuando ganaba en las fiestas algun premio, y su corazon participaba de las penas del jóven. Dotada de una alma tierna y sensible, y dispuesta á amar á sus semejantes, esta inclinacion se habia aumentado en favor de Mowbray á causa del carácter altivo del baron que solo exigia de su hija una obediencia sin límites.

Lady Cristabela se hallaba en la edad de quince años cuando Enrique II asistió á un célebre torneo que se celebró en York. Despues de esta brillante fiesta visitó el Rey á algunos nobles de la provincia, y entre ellos al baron de Falcomberg á cuyo castillo fue con una numerosa comitiva de cortesanos. El baron desplegó con esta ocasion toda su magnificencia. Los dias se pasaban en festines, y las noches en bailes y conciertos; en fin, nada puede igualar á la pompa con que Falcomberg recibió á su Soberano.

Enrique era valiente, magnánimo, y tenia discernimiento; pero á estas prendas acompañaba un defecto que ocasionó bastantes disensiones entre él y la reina Eleonora. Habia seducido á las mugeres y las hijas de muchos nobles, y aunque de edad

avanzada, no dejó de causar en él una fuerte impresion la inocencia y belleza de Cristabela. Empezó á obsequiarla, y redobló sus atenciones con tan poca reserva, que olvidándose de lo que debia al baron, llegó hasta el extremo de violar los derechos de la hospitalidad escribiendo á Cristabela una carta en que la ofrecia su corazon, y procuraba deslumbrarla con las brillantes promesas de honores y riquezas, que tanto habian seducido á otras.

Cristabela leyó el billete con la mayor indignacion, y no quiso entregarle á su padre, pues conociendo su carácter altivo y propenso á la venganza, y su extrema delicadeza en todo lo concerniente al honor, sabia que su cólera una vez exaltada no tenia límites, y que era muy capaz de empeñarse en una contienda con el Rey, que la perderia infaliblemente.

En esta perplejidad pensó aconsejarse con Mowbray, y para ello determinó hablarle sin testigos. Despues de confiarle con mucho encarecimiento el secreto sobre lo que le iba á confiar, le enseñó la carta cubriéndose al mismo tiempo sus mejillas de un ruboroso candor.

Mowbray, le dijo, lee este espantos

billete, y dime con la franqueza de un hermano si has notado alguna señal de ligereza en mi conducta que haya podido dar márgen á que se me haga semejante proposicion. Si no temiera revelar este horrible proceder á mi padre, deseára romperle y arrojarle á mis pies con el desprecio de que es digno en presencia de Enrique mismo."

La indignacion que se apoderó de Mowbray al oir á Cristabela, le embargó por un momento el uso de la voz; el fuego que centelleaban sus ojos la asustó tanto, que asiéndole del brazo para sostenerse, dijo.

—Amado Mowbray, cuanto me pesa haberte revelado este secreto pues nunca te he visto tan agitado como ahora. Yo solo temia los efectos de la cólera de mi padre si llegaba á saberlo; pero el terror que tu me inspiras excita aun mucho mas mi pavor. ¡Ah! jamas existiera para mí la felicidad si yo fuese causa de que uno de los dos incurriese en la desgracia del Rey.

—¡Oh amiga mia! respondió Mowbray, nada temas por mí: yo no sé, si el honor se concilia con el secreto que tratas de guardar acerca de este insulto; pero lo mas seguro, y lo que exige la prudencia es tenerlo reservado hasta la ida del Rey.

—Yo he pensado otra cosa, Mowbray, y necesito de tí para ponerla en ejecucion. Creo que lo mejor es devolver al Rey la carta acompañada de un billete mio en el que solo le diga que no puede convenir su proposicion á la calidad y modo de pensar de la hija del baron de Falcomberg: semejante declaracion le hará renunciar á sus pretensiones; mas si esto no bastase, y prosigue en sus intentos entonces recurriré á la proteccion de mi padre.

—Yo seguiré ciegamente tus órdenes; pero no puedo menos de confesarte la repugnancia que tengo en presentarme á un anciano, á quien su edad y blancos cabellos no han enseñado á vencer sus pasiones."

Concluida esta conversacion, Cristabela encomendó de nuevo la mayor circunspeccion á Mowbray, quien luego que tuvo la carta en su poder halló al siguiente dia la ocasion favorable de entregársela al Rey en ausencia del baron.

—Señor, le dijo en voz baja: Lady Cristabela me ha encargado entregue á V. M. una carta: ¿os dignareis darme una corta audiencia?

—Cuando Mowbray hablaba al Rey conoció que el rostro se le encendia de có-

lera; pero al propio tiempo vió con la mayor satisfaccion que Enrique estaba no menos turbado que él.»

—Señores, dijo el Rey á sus cortesanos: este jóven es amigo del baron de Falcomberg: conocí mucho á su padre, que fue un hombre muy valiente y mi compañero de armas. Deseo hablarle á solas; y adquirir algunas noticias de su familia.»

Todos desocuparon la sala al instante: Enrique se acercó entonces á Mowbray con un aire que denotaba una esperanza cierta del triunfo.

—Lady Cristabela, le dijo, ha elegido un mensagero bien jóven; pero todos sus amigos deben serlo mios, y Enrique toma á su cargo reparar los infortunios de la casa de Mowbray.

—Vivais mil años, señor, respondió éste: la desgracia de la pérdida de los bienes de mi familia no ha acarreado ningun deshonor á su nombre, y yo la sufro sin quejarme. Mi venida no tiene otro objeto que el de cumplir la comision que me ha encargado Lady Cristabela. Aqui teneis la carta que me mandó pusiera en manos de V. M.»

Enrique tomó la carta con la mayor presteza. Cuando la abrió y halló la suya

dentro, reducida la respuesta á una negativa tan fria como desdeñosa quedó confuso, y con el mayor enojo dijo á Mowbray:

—Sabeis sin duda el contenido de este billete.

—Sí señor, respondió con firmeza: estoy acostumbrado desde mi infancia á saber los secretos de Lady Cristabela, y me ha confiado éste; lo cual no ha hecho con su padre, persuadida á que despues que reflexioneis con madurez vuestro arrojo, renunciareis á una pretension que no servirá mas que de haceros odioso.

—¡Odioso! ¿Ignora Lady Cristabela, lo mismo que vos, temerario y presuntuoso jóven, cuan peligroso es tener á Enrique por enemigo?

—El que una sola vez ha visto á Cristabela no puede nunca ser su enemigo; en cuanto á mí, señor, no temo á nadie cuando mi conciencia está tranquila.

—¡Insolente! ¿Sabeis á quien os atreveis á replicar? Tened entendido que la ternura y el amor de un Rey honran á todo el mundo cuanto mas á la heredera de Falcomberg.

—Sí señor; mas no el amor de esta naturaleza, y que no os está bien ofrecer á Cristabela de Falcomberg, que miraría co-

mo un deshonor y una humillacion esos honores que habeis prodigado á Rosamunda de Cliffort, y á la muger de Sir Ralph Blewit.

—Esas son sin duda las conversaciones que teneis con ella, dijo el Rey, lanzándole una mirada desdeñosa. Es necesario convenir que Cristabela ha dado pruebas de gran discernimiento creyendo encontrar la sabiduría en un jóven consejero, y el valor de un campeon en un niño.

—La edad en nada contribuye para la prudencia, y mucho menos para el valor, replicó Mowbray. Mas en cuanto á esta última prenda debo asegurar á V. M. que si el honor de la casa de Falcomberg necesitase de un defensor, este niño haria conocer que tiene las fuerzas de un hombre.

—¡Cómo! ¿Os atreveis á hablar delante de mí de un modo tan insolente? Idos al momento, y no provoqueis mas mi enojo; no olvidando que la falta de respeto á los reyes nunca queda impune.”

Mowbray obedeció sin replicar. Aunque jóven y falto de experiencia, bien conoció que la tempestad iba á descargar sobre él; pero no por eso se asombró y fue sin detenerse á dar cuenta á Cristabela de todo lo ocurrido en su conferencia con el Rey.

Entre los cortesanos que habian acompañado á Enrique al torneo y al castillo de Latimer se hallaba el baron De-Pointz, á quien su ilustre cuna, y considerables posesiones en Normandía y en Inglaterra, le daban una grande influencia en la corte: era de edad de treinta y seis años; sus modales graves pero altivos, y ninguno habia tan orgulloso como él por las ventajas que le proporcionaban su nobleza y cuantiosos bienes.

Mowbray le habia vencido dos veces en un torneo y esta afrenta estaba tan fuertemente grabada en su corazon, que no obstante el cuidado que ponia en disimularlo, siempre se notaba en su rostro visibles señales de resentimiento. Desde que llegó á Latimer puso las miras en la hija de Falcomberg. Su nacimiento, sus riquezas y hermosura le inspiraron el deseo de unirse á ella. Las atenciones de Mowbray por Cristabela y el agrado con que ella las recibia, dieron á conocer desde luego á De-Pointz que tenian en él un rival; pero un competidor pobre no le pareció obstáculo temible, y asi resolvió conseguir á un tiempo sus deseos y la preferencia sobre un hombre de quien juzgaba haber sufrido una

humilladora ofensa. Poseido de estos pensamientos manifestó sus intenciones al baron, que lisonjeado con una alianza tan brillante, no dudó un momento en dar su consentimiento, íntimamente persuadido á que su hija no opondria el menor obstáculo á su voluntad.

Enrique, no obstante la sorpresa que le causó la pretension del baron, como tan opuesta á sus miras ocultó su desagrado, y desde luego se prestó á servir de apoyo á su favorito, porque creyó que una vez casada Cristabela y viviendo en la corte, perdería bien pronto de vista el amor que tenia á Mowbray.

Cristabela no ocultó á su padre lo repugnante que le era el enlace que se la proponia: se arrojó á sus pies y le suplicó con el mayor encarecimiento no la obligase á contraer una union que indudablemente la haria infeliz para siempre; pero como el baron no estaba acostumbrado á que le contradijesen, apenas podia creer que Cristabela tuviera atrevimiento para oponerse á sus deseos; y desprendiéndose con violencia de las manos de su hija, que arrojada á sus pies se los bañaba en llanto, la dijo al tiempo de retirarse se acordara que

era su hija, sino quería que él se olvidase era padre.

Aunque la conducta de Cristabela daba á entender claramente al baron De-Pointz el horror con que le miraba, no por eso desistió de su pretension y se ocupó en los preparativos de un casamiento que tenia la aprobacion del padre y el gusto del Rey.

Mowbray sentia tanto las penas de Cristabela como las suyas propias. Perderla para siempre era una idea que no podia sobrellevar; pero lo que le desesperaba era verla unida á un hombre que por la diversidad de sentimientos no podia hacerla dichosa. El honor le forzaba á aguardar la mayor circunspeccion y á no aventurar una sola palabra, un solo indicio que pudiese hacer ver á Cristabela el estado de su corazon devorado por los mas crueles tormentos. Sufria sus disgustos en silencio y en la soledad. En vano Cristabela buscaba ocasiones para encontrarse á solas con él. El temor de que descubriese la pasion que le tenia, le estimulaba á evitar su presencia con el mayor cuidado. Al fin, un dia que le vió pasearse en el jardin corrió á su encuentro.

—"Mowbray, le dijo en tono de recon-

vencion cariñosa, ¿tu tambien te reunes con mis perseguidores? De dónde nace esa afectacion que pones en huir de mí? temes acaso que te contamine la desgracia?

—¡Amada Cristabela! ¿Cres que cualesquiera que sean tus disgustos pueden serme á mí extraños, y que me sea menos dificil sobrellevarlos que los mios propios?

—Pues bien, ayúdame con tus consejos. ¿Qué debo hacer para no contraer un odioso enlace al cual preferiria mil veces la muerte?

—¡Ay de mí! que no esté en mi mano el impedirlo! Pero el huérfano desvalido, el pobre Mowbray sujeto á tu padre por los lazos del honor y del agradecimiento, no puede ofrecerte mas que una estéril compasion. Le es preciso verte sacrificada y guardar silencio, entretanto que cada una de tus penas será un dardo que me penetre el corazon.

—Mowbray, yo querria consagrar todos los instantes de la vida á la felicidad de mi padre; quisiera alejar de él el mas pequeño disgusto, y me resignaria gustosa á sobrellevar su desigual carácter; mas creo que ninguna consideracion moral ni religiosa podrá obligar á una doncella á que entre-

gue su mano á un hombre á quien no puede hacerle el don de su corazon. Esto sería insultar á la divinidad, haciendo unos votos perjuros que la misma conciencia reprobaria, si su boca tuviese atrevimiento de pronunciarlos. Absolutamente es necesario me ayudes á salir de esta situacion tan crítica."

Mowbray hizo un movimiento de sorpresa.—¡Ay de mí, respondió, es imposible! El cielo sabe que haria con el mayor placer el sacrificio de una vida mísera y amenazada de la pobreza por verte feliz; pero no puedo ni debo consentir en ser reputado como un monstruo, ni manchar mi nombre con las sospechas de la ingratitud, y semejante á la vívora morder el seno de quien me ha alimentado desde mi niñez..... ¡ah! estas consideraciones son para mi mas horribles que la misma muerte.

—Tu honor me es tan precioso como el mio propio: mientras viva mi padre (y ¡ojalá el cielo le conserve largos años!) jamas me casaré sin su consentimiento; mas esta espantosa union que se me propone..... Nada hay por peligroso que fuese que yo no intentara para que no se verificase. Voy á confiarte mi designio; que es el de huir á

Chilton y refugiarme en un convento de religiosas agustinas donde permaneceré hasta que mi padre desista del pensamiento de dar mi mano al baron. Si persistiese en ello, entonces dispongo de los bienes de Latimer en favor del convento y abrazo la vida religiosa. De aqui á Chilton no hay mas que seis millas, y creo me hallo con suficiente fuerza para andarlas á pie ya que ir á caballo no es facil. Mowbray, es necesario que me acompañes: no tengo ánimo para exponerme sola al peligro de viajar de noche, que es el tiempo en que debo emprender mi marcha: tu puedes estar aqui de vuelta, cuando despierte mi padre sin que se note tu ausencia. ¿Reusarás prestarme tu asistencia y salvarme del estado de desesperacion en que me encuentro?"

Á pesar de los sentimientos de amor y gratitud que animaban á Mowbray para con el baron de Falcomberg, la pasion que tenia á su hija le decidió á patrocinar con todas sus fuerzas el proyecto concebido de librarse por este medio de contraer un odioso enlace con el baron De-Pointz, sin pensar sacar ningun partido para sí de semejante acontecimiento. No la disuadió con mucho empeño del propósito de encerrarse

para siempre en un convento, pues estaba seguro que no teniendo el baron de Falcomberg mas hija que ella, al fin cederia á sus ruegos.

—Luego que estes en parage seguro, respondió, no habitaré mas en el castillo de Latimer, pues trato de reunirme con los cruzados que estan para marchar á la Palestina, porque yo no tengo ningun deseo de entrar al servicio de Enrique. Siempre he anhelado consagrar mi vida y aun sacrificarla por el bien de mi patria; pero jamàs emplearé mi espada en favor de un hombre, que aunque valiente y grande en algunas cosas, ha visto con indiferencia el asesinato del santo arzobispo Becquet cometido al pie de los altares, y que con sus debilidades ha provocado la desobediencia de la Reina, suscitado la rebelion de sus hijos, y por último que ha tenido lo osadía de atentar contra la inocencia pura y sin tacha de Lady Cristabela.

—Silencio, dijo ella interrumpiéndole, no haya aqui alguien..... ¿No has oido?....

—Es el viento que agita las hojas.

—Tu harás que renuncie á mi proyecto; ¿he de ser yo la causa de tu ausencia y de que pierdas la proteccion de mi padre? No

Mowbray, nunca lo consentiré. Yo quiero poner toda mi esperanza en su bondad; si esta me falta buscaré otro medio de salvarme.

No Cristabela, no te detenga ninguna consideracion relativa á mí. No es nuevo mi pensamiento de viajar á la Tierra santa. El valiente príncipe Ricardo será nuestro gefe, y ya es tiempo que trate de adquirir por mi valor el estado y la dignidad que me ha negado la fortuna. Si tengo la dicha de ganar alguna gloria, hácia Cristabela, sí, hácia tí amada compañera de mi niñez y la amiga que mi corazon ha elegido, será ádonde á mi regreso dirigiré mis primeros pasos: si muero, tengo el consuelo que hasta ahora nadie ha tenido motivo de quejarse de mi, y este pensamiento suavizará el horror de mis últimos momentos, cierto de que siempre viviré en tu memoria; y esto es para mí mas lisonjero que el de hacer mi nombre célebre en los fastos de la historia.

—Si esta es tu resolucion definitiva, en vano será que yo trate de representarte los riesgos que vas á correr. El cielo sabe con qué ardor le dirigiré mis votos por tu conservacion. Solo te pido que no reuses el

don que te ofrece una hermana. Las alhajas de mi madre me pertenecen: yo te ruego las aceptes para que con ellas puedas ponerte al abrigo de cualquiera necesidad que te ocurra en unos paises tan distantes.

—No, mi amada Cristabela, mis bienes son suficientes para un soldado: dispénsame.....

—Pues bien, acepta estas joyas que te ofrezco para que alguna vez me traigan á tu memoria: al decir esto alargó su mano á Mowbray.

Éste habia siempre evitado una prueba semejante, mas nunca se habia visto en el caso de luchar contra ella. Tomó con ardor aquella mano adorada, la llevó á sus labios y apretándola contra su corazon exclamó: "Nada necesito para acordarme de tí: tus virtudes y tu semblante estan grabados en mi corazon con caractéres indelébles. Aunque la suerte nos separe para siempre del un polo al otro, jamas hallaré otro objeto con que compararte."

En este momento se presentó el baron De-Pointz con su espada en la mano: el Rey estaba en su compañía. El primero dirigiéndose á Mowbray le dijo con furor:

—Detente malvado, detente y dame

satisfaccion de las infames proposiciones que has proferido delante de mi prometida esposa.....

—Pérfido, exclamó Mowbray, poniéndose delante de Cristabela y sacando su espada; infame y cobarde espía, sabe que todavia no existe un hombre tan osado que sea capaz de ofender los castos oidos de Cristabela con las expresiones propias del libertinage. Cuando las personas como tú conciben semejantes deseos, solo tienen valor de ejecutarlos por escrito, y sin hablar es como se hacen oir." Al decir Mowbray estas palabras fijó su vista en Enrique, quien volviéndose á De-Pointz le dijo: —"Castiga á ese insolente, venga mi honor y el tuyo."

Cristabela, sumamente turbada con tan inopinado accidente, huyó precipitadamente hácia el castillo pidiendo socorro; pero perdiendo las fuerzas por efecto de su conmocion cayó privada de conocimiento.

En este tiempo De-Pointz atacaba á Mowbray con una rabia que hacia inútil su habilidad en el manejo de las armas. El combate se concluyó pronto con ventaja del último, que adelantándose hácia su enemigo arrojado en tierra, le dijo con dignidad: —"Conservad vuestra vida Milord; y

bray con firmeza; la debilidad y la inocencia nada pueden contra un ánimo prevenido; pero sabed que las prisiones y los calabozos jamas abatirán mi alma. En nada aprecio una vida que me seria odiosa si me viese precisado á pasarla deshonrado ante los ojos de mi protector; pero, añadió arrojándose á los pies del baron de Falcomberg, no me creais Milord tan culpable como os quieren persuadir.

—Llevadle, llevadle dijo el Rey interrumpiéndole; quitadle la espada y rompedla á su vista.

—Yo pasaré el corazon al primero que lo intente. He dicho que en nada estimo mi vida, pero aún puedo venderla bien cara; solo pido hablar una sola palabra: esta espada, señor, es la que mi padre ha empleado en vuestro servicio, y teñido bastantes veces con la sangre de vuestros enemigos: la he recibido de manos del baron de Falcomberg, y quiero volvérsela antes que sea deshonrada. En seguida poniéndola á los pies del baron prosiguió: Milord, dignaos recibir el solo y último presente que puedo ofreceros: acaso está decretada mi muerte; pero antes os suplico conserveis esta espada hasta encontrar otra persona que os ame y hon-

re tanto como Roberto de Mowbray. Un brazo semejante, armado en vuestra defensa será invencible. Ahora ya estoy pronto á marchar y obedecer las órdenes del Rey.»

Dichas estas palabras echó á andar custodiado por una fuerte escolta; mas apenas hubieron dado algunos pasos les salió al encuentro Cristabela, en cuyo rostro se veía pintada la mas dolorosa desesperacion.

—Desgraciada de mí, exclamó dirigiéndose á Mowbray, yo soy quien te ha perdido, yo soy quien te ha sacrificado por salvarme. Ah! muramos juntos, sola soy la culpable, y asi es justo que participe contigo la pena que unicamente yo tengo merecida.

—Amada Cristabela, respondió con serenidad Mowbray, cálmate; nada hay perdido aún. El estado en que te veo es todavia mas cruel para mí que todo el rigor con que se me trata.»

El Rey, Falcomberg y los cortesanos iban detras de los que llevaban á Mowbray.

—¡Alli estan! exclamó Cristabela fuera de sí, solo tengo un instante para hablarte; toma mi brazalete Mowbray, y sirva como de prenda del juramento que hago de salvarte ó morir.

Mowbray quiso hablar, mas ella no le dió tiempo y prosiguió: Nada repliques pues todo será inútil; ya llegan: yo sabré contrarestar su maldad: yo les haré ver si se atreven á atentar á tu existencia, que ellos seran los que destruyan el efecto de su infernal maquinacion, y que el baron De-Pointz perderá la esperanza de aumentar sus riquezas.

En este momento se oyó la voz del Rey que reprendia á los que llevaban á Mowbray por su lentitud. En su consecuencia éste se apresuró á separarse de Cristabela, y se alejó de aquel sitio.

Algunas palabras que durante esta escena se escaparon al Rey y á Mowbray excitaron la curiosidad del baron de Falcomberg; sospechaba habia en ellas un misterio que no podia descifrar, y la cólera del Rey le impedia preguntarle lo que habia pasado. Mientras que entregado á tristes meditaciones se dirigia hácia su aposento, un criado del baron De-Pointz le avisó que su amo deseaba hablarle. Sin detenerse un instante pasó á la habitacion del herido, y le halló extremamente debilitado por la falta de la sangre. Milord, le dijo: quizas me restan pocos momentos de vida, y esto me obliga

á revelaros un secreto importante.” Estas palabras excitaron vivamente la atencion de Falcomberg. Si en esta circunstancia desgraciada, prosiguió Pointz, hubiera triunfado la razon; si hubiera conseguido el castigo merecido la insolencia del que bien pronto se aplaudirá de mi muerte, os hubiera dejado ignorar su ingratitud y mala correspondencia; si, añadió, viendo el asombro de Falcomberg; ese Mowbray á quien habeis criado y arrancado de la miseria y del oprobio, ha reconocido vuestros beneficios procurando seducir á vuestra hija. Al llegar aqui le interrumpió Falcomberg, y sostuvo que lo que decia era imposible. Entonces De-Pointz refirió la conversacion que habia oido, sin olvidar la fuga proyectada por Cristabela, ni el socorro prometido por Mowbray, asegurando por último que éste habia tenido la osadía de besar la mano de su hija.

No es dificil adivinar conociendo la altivez de Falcomberg la ira de qne estaba poseido cuando salió del cuarto del baron De-Pointz. Por desgracia encontró á su hija en aquel momento, y no pudiendo refrenar su cólera exclamó:

—¡Oprobio de mi nombre! deshonra de

mi familia ¿Qué haces aquí? ¡Quítate de mi presencia si no quieres que dejando de ser dueño de mí te arranque la vida!

—Milord, contestó ella con una serenidad que le sorprendió, esta será la vez primera que habré incurrido justamente en vuestro desagrado, y ruego al cielo me preserve de merecerle jamas. Iba á buscaros con el fin de justificarme de las calumnias que creo habrán levantado contra mí, y en las que seguramente estará comprendido Roberto de Mowbray. Si alguien hay aqui culpable, padre mio, yo sola lo soy; sí, yo fui en busca suya para rogarle me acompañase al convento de agustinas de Chilton, donde queria permanecer encerrada hasta que desistieseis del proyecto de unirme al baron De-Pointz, cuya idea me hace estremecer. Por lo que hace á Mowbray su designio no era otro que el de reunirse con los cruzados y marchar á la Tierra santa. Sabiendo se hallaba desprovisto de amigos y dinero le insté con toda la ternura propia de una hermana aceptase mis joyas, las que obstinadamente reusó.

—¡Monstruo sin vergüenza! interrumpió el baron, ¿Te atreves á insultarme aún? Vete, vete antes que me deje arrastrar de

la cólera. En seguida llamó á las criadas de Cristabela, y la obligó á que se fuese á su aposento.

CAPÍTULO III.

Pasados algunos dias se declaró la herida De-Pointz por menos grave que lo que se juzgó al principio. La fuerza de su temperamento contribuyó al pronto restablecimiento; y Cristabela siempre vigilada con el mayor cuidado, no podia escaparse del castillo: encerrada en su aposento pasaba los dias sumergida en llanto, mientras que Mowbray, preso en el castillo de York, estaba cargado de cadenas; conforme á las órdenes de Enrique, que despues de un mes de permanencia en Latimer regresó á York: antes de partir renovó sus instancias en favor De-Pointz, y recomendó fuertemente al baron de Falcomberg efectuase el matrimonio de su hija, como único medio de hacerla olvidar el cariño que tenia á Mowbray. Pointz reflexionaba, que un amor que en el hecho solo debia mi-

rarse como efecto de haberse criado juntos Cristabela y Mowbray, no debia impedirles el seguir sus instancias para llevar á efecto su casamiento. Ademas no le parecia que por solas las palabras insignificantes que les habia oido en el jardin, debia renunciar á la posesion de las riquezas y hermosura de Cristabela, bien penetrado como estaba de que ninguna mancha deshonrosa empañaba su virtud; y por lo mismo determinó concluir lo que ya habia comenzado. El baron de Falcomberg aprobaba este enlace: nunca habia tenido mayores deseos que entonces de casar á su hija, para borrar por este medio la vergüenza de que la creía mancillada con el lance anterior, y aunque no le era indiferente en un todo el estado de Mowbray, se irritaba al considerar que habia tenido la audacia de creer podia unirse con su hija. Esta consideracion junta con su altivez, sobrepujó al cariño que hasta entonces le habia profesado, y le abandonó á su suerte.

Asi que Pointz se halló en estado de salir del aposento, el baron ordenó á su hija le recibiese como al esposo que la estaba destinado, dándole á entender con su conducta cuan arrepentida estaba de sus pa-

sadas locuras. Cuantos ruegos empleó Cristabela con su padre para que no la obligase á contraer una union repugnante fueron vanos: le declaró la pasion que Enrique la tenia; pero el baron, á quien no podia convencer con documentos verdaderos, por haber devuelto la carta al Rey, miró esta confianza como una historia forjada á su placer, confirmándole mas en este pensamiento el calor con que Enrique le habia hablado en favor De-Pointz.

John Leval, conserge del castillo, habia sido criado de los padres de Mowbray. Despues de su muerte vino á casa del baron, á quien servia con la mas exacta fidelidad, sin que por esto se hubiese disminuido el sincero amor que profesaba á sus antiguos señores, sintiendo amargamente las injustas persecuciones de que era víctima su hija. De acuerdo con Cristabela, y pretestando un negocio urgente, pidió permiso para ausentarse unos dias y entró disfrazado en York, donde á fuerza de presentes logró corromper las guardias de la prision y ver á Mowbray al que halló en un oscuro calabozo, acostado sobre paja y reducido á un escaso y grosero alimento: mortificado con el peso de las cadenas, su salud

se debilitaba de dia en dia, y la muerte parecia que se acercaba á él á pasos lentos.

Leval no pudo conseguir se mitigase la dureza con que se le trataba. El carcelero habia recibido órdenes muy estrechas para ello, y la menor infraccion podia costarle la vida; asi que sus buenos oficios se limitaron únicamente á reanimar el espíritu del jóven, diciéndole que Cristabela gozaba salud, y que el descontento del baron de Falcomberg empezaba á disminuirse. Le aconsejó tambien tratase de aplacar la cólera del Rey por medio de la sumision; mas el carácter fogoso del jóven siempre dispuesto á inflamarse, se enardeció con este solo pensamiento y respondió á Leval, que primero pereceria en los mas crueles tormentos que arrepentirse de lo que habia hecho, ni retractar una sola palabra de las que habia proferido en el jardin.

Leval, á pesar del precepto de Mowbray para que guardase silencio acerca de su situacion, no pudo resistir á las repetidas instancias de Cristabela: la pintura que hizo del estado en que se encontraba Mowbray horrorizó á la tierna doncella de tal manera que casi perdió el conocimiento, y despues de una larga delibera-

cion con Leval, le mandó tomase las joyas de mas valor de su uso y las llevase á York, que solo distaba una jornada del castillo, para que sobornando á los que guardaban á Mowbray le proporcionase su fuga. Leval pretextó la enfermedad de su hermano para volver á la ciudad; pero por desgracia el éxito no correspondió á sus esperanzas; porque no le fue posible obtener el permiso de ver á Mowbray, teniendo el disgusto de saber se hallaba atacado de una fiebre cuyos violentos accesos daban poca esperanza de vida. Esta noticia redobló la tristeza de Cristabela; y semejante desgracia, junto con las instancias de su padre para que accediese á los deseos del baron De-Pointz, la hubiera infaliblemente conducido á la desesperacion si la religion no hubiera venido en su auxilio.

Leval ténia un corresponsal en York encargado de informarle exactamente de la salud de Mowbray, por cuyo conducto supo al cabo de cuatro dias que el jóven estaba en el último extremo. Al oir Cristabela tan espantosa noticia no derramó una sola lágrima: su rostro se cubrió de una sombría tristeza, y levantando los despa-

voridos ojos al cielo exclamó: "Todavía quiero hacer un esfuerzo para salvarle, y pues es preciso una víctima, yo debo serlo." Diciendo esto se apartó de Leval, é impaciente por hablar á su padre, se dirigió á su habitacion en donde le halló solo. "Milord, le dijo con voz firme; hace largo tiempo que empleais alternativamente los ruegos y las amenazas para que me decida á aceptar la mano del baron De-Pointz, lo que rehuso constantemente por la imposibilidad en que me hallo de entregarle mi corazon, no obstante que vos y el baron lo mirais con la mayor indiferencia, sin reflexionar que en esto no hago otra cosa que cumplir con lo que el honor y el respeto que os tengo me prescriben. Pero ahora vengo á deciros las condiciones con que puedo prestar un consentimiento que tanto anhelais."

Falcomberg estuvo mirando un rato á su hija con la mayor sorpresa. Su seguridad y firmeza no dejó de causarle algun disgusto; mas conociendo era necesario contemporizar con ella para conducirla al fin que deseaba, la preguntó con suavidad, de qué naturaleza eran sus pretensiones, asegurando se prestaría muy gus-

toso á todos sus deseos siempre que fuesen razonables.

—En ese supuesto, contestó Cristabela, sino os parece que es exigir demasiado, la primera gracia que os pido es que me escucheis con paciencia. Deseo que desde este instante obreis de concierto con el baron De-Pointz para conseguir la libertad de Mowbray, á quien vuelvo una y mil veces á declarar exento de toda culpa. Yo hago en su nombre la promesa, bien convencida que no la desaprobará segun las intenciones que siempre le han animado, de que marchará para la Tierra santa con la primera cruzada que salga, y por mi parte me obligo solemnemente con juramento de no verle antes de su partida.

—Mi crédito con el Rey no es tanto, respondió Falcomberg, que me lisonjee de conseguir lo que deseas: por otra parte, segun noticias, Roberto de Mowbray está gravemente enfermo.

—¿Ha muerto? interrumpió ella con una conmocion que no pudo contener.—En ese caso, mi peticion y mi promesa son nulas.

—Ya veo, dijo su padre con enfado, que obraste perfectamente en exigir de mí

te escuchase con paciencia, pues que bien la necesito. ¿Es para tí Roberto de Mowbray superior á todo lo que mas debe interesarte? ¡Hija desnaturalizada! ¿Qué se ha hecho la modestia virginal el adorno de tu sexo?

—Todavia existe en mi corazon padre mio: me preguntais si Roberto de Mowbray me interesa mas que todo el mundo, y yo os aseguro que no: solo vos teneis mi primer afecto, y os obedeceré ciegamente durante mi vida en lo que sea conforme con los innatos principios que el cielo ha grabado en mi alma. No tengo ningun hermano; criada desde mi niñez con Mowbray me he acostumbrado á mirarle como tal, y solo bajo este aspecto era como yo le confiaba mis placeres y mis penas. ¡Ay de mi! esta fatal confianza le ha perdido, y conozco que el honor me ordena imperiosamente le salve aun á costa del mayor sacrificio. Supongamos que la obtenga, y que su salud (cosa imposible segun dicen) se restablezca ¿qué satisfaccion podré yo darle, pues por mi causa ha perdido vuestro paternal cariño?

—Su falsedad es quien me ha obligado á olvidar la ternura que le tenia, y el Rey

está tan indignado por su ingratitud para conmigo, y por su insolente proceder para con él, que me persuado será inútil solicitar su libertad.

—El Rey, padre mio, no le hubiera acusado de ingrato para con vos si Mowbray hubiese favorecido los designios que habia formado contra vuestra hija.

—Cesa de calumniarle; ya sabes que no te doy crédito alguno.

—Señor, agraviais á vuestra hija si la suponeis capaz de decir una impostura. Hasta ahora bien sabeis que Cristabela de Falcomberg, aunque débil y tímida, siempre ha mirado la mentira con el mismo horror que su noble padre. Si el Rey hubiera conseguido su proyecto ¿seria la primera vez que ha violado la fe conyugal ni los sagrados derechos de la hospitalidad? No padre mio; acordaos de su amante Blewit. ¿Le contuvo su cualidad de esposa y madre para hacerla consentir en sus ilegítimos deseos? Acordaos tambien de la esposa del Lord Cliffort tan conocida por su virtud, como por su belleza antes que fuese seducida: acordaos por último de estas y de otras muchas damas, á las cuales estoy muy distante de igualar en hermosura, y

á quienes solo me parezco en la comun desgracia que han esperimentado de haber sido el objeto de los deseos poco lícitos de Enrique."

El discurso de Cristabela conmovió vivamente á su padre. —Por lo tanto que es cierto lo que dices, respondió, es cada vez mas urgente que pensemos, yo en elegir y tu en aceptar por esposo á un hombre cuya dignidad y nacimiento, fortificados con el poder y crédito de la casa de Falcomberg, pueda alejar para siempre todo pensamiento deshonesto. Enrique es poderoso, pero los barones lo son mas, y su amistad le es tan necesaria para conservar la paz y su corona, que jamas se atreverá á cometer una injusticia tan ruidosa que le exponga á perder el reino. El baron De-Pointz reune todas estas cualidades, y son las que yo deseaba poseyese mi yerno: uniéndote á él borrarás la tacha que has impreso en tu reputacion por el loco amor de Mowbray, colmarás los deseos del que te dió el ser, y en premio de tu condescendencia el honor y la paz le acompañarán despues de una dilatada vejez al sepulcro."

El baron de Falcomberg dijo estas palabras con un enternecimiento que no le

era comun, y de tal modo se conmovió su hija que arrojándose á sus pies exclamó:

—¡Oh padre mio! Vedme pronta á sacrificarme por vuestra felicidad; salvad solamente la vida á Mowbray y disponed de mí á vuestro gusto."

El baron la levantó, y estrechándola entre sus brazos la dijo: "Al menos emplearé con De-Pointz todo cuanto esté de mi parte para conseguirlo.

—Aun quiero pedir otra gracia, dijo Cristabela, y es la de no presentarme jamas en la Corte. He nacido en el castillo de Latimer y no puedo resolverme á dejarle nunca.

—Como gustes: este castillo te pertenece, y yo me retiraré á mis dominios.

—Si tal hicieseis, padre mio, perderia para mí todo su atractivo: no es el arca lo que ama el avaro, si el oro que ella encierra; tal es el cariño que yo tengo al castillo de Latimer."

El baron estaba tan distante de hallar tal sumision en su hija, y tan arrebatado de gozo al mismo tiempo, que la hubiera concedido cuanto hubiese querido exigir de él. Como el Rey permanecia aun en York prometió ir á hablarle en compañía de

Pointz y no omitir diligencia alguna hasta conseguir la libertad de Mowbray.

De-Pointz manifestó alguna repugnancia en mediar en el asunto. La antigua herida que recibió de Mowbray en un torneo y el despecho de considerarle como un rival favorecido, era un doble motivo para aborrecerle mortalmente; pero el carácter firme de Cristabela le convenció evidentemente que este era el único medio para conseguir el triunfo. Obtener su mano lisonjeaba su amor, su orgullo é interés de un modo tan alagüeño, que le era dificil renunciar á esta esperanza; y asi haciendo de la necesidad virtud aseguró á Cristabela que sus deseos eran órdenes para él, y que se tendria por dichoso en emplear su vida y bienes en cumplir con ellas.

Falcomberg y Pointz partieron para York. Mowbray vivia aún cuando llegaron. La fuerza de su temperamento habia combatido la violencia del mal; pero su debilidad era tal que á no respirar un aire sano, alimentarse bien y hacer un continuado ejercicio debia necesariamente recaer y morir.

Enrique se mantuvo inflexible á las instancias de los dos barones, y nada habrian

alcanzado á no ocurrírsele á Falcomberg la feliz idea de interesar para ello al príncipe Ricardo, que hacia poco tiempo estaba de vuelta de Francia. Reconciliado con su padre y reinando entre ambos la mejor armonía, se estaba preparando para marchar á la Siria con una cruzada. Prevenido en favor del desgraciado jóven, tanto por los informes de Falcomberg como por los de varios caballeros, quienes unánimes le dieron un testimonio honroso del valor y lealtad de Mowbray, cuando supo su demasía con el Rey y el enojo con que éste le miraba, concibió algunas sospechas de lo que habia pasado, y enterándose por menor del origen de su disension determinó trabajar en conseguir su libertad y conservar al estado un hombre cuyo brazo podria serle util.

Estando un dia en audiencia pública al lado del Rey, creyó que jamas podria hallar una ocasion mas favorable para ejecutar sus designios, y al instante la puso en práctica.

— Señor, le dijo, tengo que hacer una súplica á V. M. Dentro de pocos dias marchará para la Tierra santa una porcion de peregrinos escoltados por mil y quinientos

hombres; quisiera poner á su cabeza un gefe de valor é instruido, y para ello recurro á V. M.»

El Rey, bien ageno de que su hijo hubiese oido hablar de Mowbray, le respondió:

—Dime quien quieres que lo sea, que yo le dejo en libertad de marchar.

—No es mi ánimo separar de vuestro servicio á ninguna persona que pueda serle util.....

—¿Su nombre? dijo el Rey, ¿no he dado ya mi palabra? Dudas de mi honor.

—Al contrario señor, siempre cuento con él. Es .... Roberto de Mowbray..... por todas partes oigo hablar de su valor y destreza en el manejo de las armas. Sé que ha incurrido en la desgracia de V. M., y he resuelto proporcionarle una ocasion en que pueda reconquistar vuestras bondades por la conducta con que me prometo se manejará en esta expedicion. .....

—Jamas, no, no lo esperes hijo mio: me has arrancado la palabra por medio de una superchería, mas no importa, yo la sostendré: desde ahora está libre, pero con la estrecha condicion de que haya de salir del reino inmediatamente, porque si pasados doce dias de estar en libertad se le encuen-

tra en él, juro por mi honor que perderá la vida.''

Ricardo no respondió nada.

Falcomberg estaba gozosísimo pero aun era mayor el de Pointz, pues adquiria á un tiempo la seguridad de poseer á Cristabela, y la de alejar á un odiado rival acaso para siempre.

Mowbray fue puesto en libertad inmediatamente. El mismo Falcomberg le llevó tan agradable noticia diciéndole que solo al príncipe era deudor de semejante gracia. Tuvo el mayor cuidado en ocultarle el interés que en ello habia puesto Cristabela, y evitó particularmente pronunciar el nombre de Pointz.

—Espero de tu delicadeza, añadió, que te obligues á no tener ninguna relacion con mi hija.

Mowbray suspiró: —Prometedme vos, respondió, que no emplereis la fuerza para hacerla aceptar la mano del baron De-Pointz y yo os ofrezco, bajo los mas terribles juramentos cumplir cuanto exijais de mí.

—Te doy mi palabra que solo me valdré de medios persuasivos. Ahora quiero manifestarte que no he sido un mal admi-

nistrador del corto caudal que te dejó tu padre; del que te daré cuenta inmediatamente. Sin ser rico posees lo suficiente para mantenerte durante la cruzada con el decoro que corresponde á tu nacimiento y á la cualidad de pupilo del baron de Falcomberg. Siento que tu conducta nos haya puesto en la necesidad de ser en adelante extraños el uno para el otro, mas esto es indispensable, y confio que en la senda del honor olvidarás la loca pasion que ha roto los lazos de nuestra amistad, y que con tu ausencia Cristabela volverá á entrar en su deber y adquirir los sentimientos propios de su nombre."

Mowbray no queria que el baron le diese cuenta de las mejoras hechas por sus cuidados en el corto patrimonio que poseía, pues eran muy inferiores á lo mucho que habia invertido en su educacion, y creia era de rigurosa justicia que con los productos se indemnizase, ya que no fuese del todo, á lo menos de parte de los gastos; pero todas sus representaciones fueron inutiles, porque Falcomberg no quedó satisfecho hasta que le obligó á aceptar su importe; entregándole en el acto cien marcos de plata para subvenir á sus presentes necesidades, y encar-

gándose del manejo de los bienes durante su ausencia.

Apenas se halló Roberto de Mowbray restablecido de su debilidad fue á ofrecer sus servicios á Ricardo, quien le recibió no como un superior sino como un hermano. Estuvo hablando con él largo tiempo sobre diferentes particulares, y despues volviéndose á uno de sus cortesanos le dijo sonriéndose: "En verdad que si es cierto, como sospecho, que alguna hermosura ha sido la causa de la disension que mi padre ha tenido con Mowbray, que no me pesa alejar de aqui un rival tan peligroso."

Mowbray, admitido entre los nobles que debian seguir al príncipe, tuvo precision de marchar en el término prescripto por el Rey. Falcomberg y Pointz dejaron á York luego que obtuvieron la gracia deseada; pero entretanto Mowbray aunque libre estaba entregado á las mas crueles inquietudes, aguardando en vano noticias de John Leval. El buen anciano se hallaba imposibilitado de llevárselas: fatigado con sus contínuos viages á York, y desesperado del estado crítico de su jóven amo (que asi le llamaba), cayó gravemente enfermo. La calentura le habia dejado tan débil que no

estaba en estado de volver á York, ni menos de enviar recado alguno de su parte.

Entretanto el tiempo que restaba á Mowbray para permanecer en York era muy corto. Fiel á la promesa que habia hecho de no mantener correspondencia con Cristabela quiso al menos escribir á su padre y á Leval. Repitió al baron lo que ya le habia dicho de palabra, acerca del proyecto formado por su hija de retirarse á un convento, le suplicó de nuevo no emplease la autoridad paterna para obligarla á un casamiento que detestaba; y concluyó asegurándole que jamas habia tenido la mas remota intencion de hacer cosa que fuese contraria al agradecimiento que debia á su bienhechor y padre de Cristabela. "Señor, decia, si yo poseyese cuantos dominios tiene la Inglaterra, y si todas las dignidades y poder de los barones se hallasen reunidos en mi persona, entonces vendria con la mayor humildad á suplicar al baron de Falcomberg me diese la mano de su hija: pero Mowbray, el hijo de vuestras bondades, no ha olvidado nunca lo que es, ni ha pretendido elevar sus miras tan alto; solo se ha contentado con adorarla en silencio, no con la esperanza de ser algun

dia suyo sino con aquel sentimiento de respeto, por decirlo asi, con que los peregrinos dirigen sus votos á los santos de su devocion." Tal era el contenido de la carta que Mowbray escribió al baron: la que dirigió á Leval estaba concebida en estos términos.

Roberto de Mowbray á su antiguo amigo John Leval, salud.

"Vivo con la mayor inquietud por no saber de tí: voy á dejar la Inglaterra traspasado mi corazon de amargura, y será necesario me ausente sin instruirme antes de la suerte de lo que mas me interesa. Por lo tocante á mí el príncipe Ricardo me ha tomado bajo su proteccion, y ciertamente yo empezaria á disfrutar de alguna felicidad si supiese que la de Cristabela estaba asegurada. Aun cuando fuese dueño de todo el mundo viviria con el mayor pesar si esta certidumbre me faltase. Las riquezas, la grandeza y el placer no me parecen mas que sueños engañadores, propios solamente para hacer perder de vista un bien mas sólido y mas noble. Te envio esta carta con

un soldado quien lleva el encargo de traerme tu respuesta. El baron ha exigido de mí la promesa de que no escriba á Cristabela, y el me ha ofrecido por su parte que no empleará para persuadirla á que tome estado otro camino que el de los ruegos. ¡Quieran los espíritus celestiales defenderla y dispensarte á ti su proteccion!"

El mensagero de esta carta halló á Leval casi espirando; y precisado á volverse al instante se la entregó á un religioso del convento mas cercano al castillo. Por los informes que tomó en aquellas inmediaciones supo que el baron de Falcomberg estaba solo con su hija en Latimer, y que habian corrido voces del próximo casamiento de Cristabela con el baron De-Pointz, aunque hacia algun tiempo que nada se hablaba acerca de él. Estas nuevas las recibió Mowbray el dia antes de embarcarse para Francia, desde donde debia partir para la Palestina con una parte del ejército y una porcion de peregrinos que iban bajo su salvaguardia.

El baron de Falcomberg, luego que llegó de York, refirió á su hija lo que habia pasado reclamando de ella la promesa de casarse con el baron De Pointz. El placer que

tuvo con la noticia de estar libre Mowbray solo sirvió para redoblar la amargura que le causaba el sacrificio que debia ser la recompensa; mas habiendo dado su palabra pidió de término un mes despues del cual ofreció cumplir lo que se exigia de ella.

Durante este tiempo el baron De-Pointz fue á pasar unos dias en sus dominios; en cuyo tiempo el mensagero de Mowbray llegó al castillo de Latimer, y por el grave estado de Leval no pudo adquirir las noticias que deseaba.

CAPÍTULO IV.

Pasado el mes, término prescripto por Cristabela, se presentó el baron De-Pointz en Latimer á reclamar de ella su promesa. No pudo dispensarse de recibirle como convenia á un esposo propuesto por su padre; pero incapaz de engañarle acerca de sus sentimientos quiso explicarse con él en presencia del baron de Falcomberg la tarde que precedió á la bendicion nupcial, y le habló en estos términos.

— Milord, yo os recibo por mi esposo en virtud de la obediencia que debo á mi padre, pero os engañaria si dijese que semejante union no me causaba la menor repugnancia. Jamas olvidaré (y esto lo juro solemnemente) que está depositado en mí el honor de la casa de Falcomberg y que mañana lo estará tambien el de la de Pointz; mas debeis estar seguro que me esforzaré á adquirir realmente los sentimientos de amor y respeto, de que estaré obligada á daros las mayores pruebas."

El baron De-Pointz la respondió que si su corazon daba entrada á las atenciones y á la ternura, él haria cuanto estuviese de su parte para ganar su cariño, único objeto que se proponia en lo sucesivo."

— Solo tengo que pedir una gracia y es, que el baron De-Pointz me ofrezca bajo su firma no oponerse jamas á la eleccion que he hecho del castillo de Latimer para fijar en él mi residencia; pues quiero que la proteccion del cielo me falte si me presento jamas en la corte: espero no me será negada esta gracia."

Fuese que Pointz no reflexionase lo importante de esta concesion, ó que creyese le sería algun dia facil hacerla mudar de

parecer, prestó sin vacilar su consentimiento y firmó un papel en presencia de Falcomberg y del prelado del convento inmediato, por cuyo contenido se obligaba á dejar á su esposa en libertad de elegir á su gusto el lugar de su morada.

Concluidos estos preliminares, se celebró el matrimonio al siguiente dia. Puesta de rodillas Cristabela al pie del altar, al ir á concluir la ceremonia dijo al sacerdote en voz baja.

—Padre mio, os pongo por testigo que no soy digna de reprension si me presento aqui con repugnancia: este pecado, si acaso lo es, lo ha ocasionado la fatal necesidad en que me hallo de dar la mano sin mi corazon."

El sacerdote la contextó, exponiéndola brevemente los deberes que contraen los hijos para con los padres. Entonces se revistió de ánimo, y afectando la mayor tranquilidad, pronunció la palabra que la unia para siempre á la suerte del baron De-Pointz.

Los dos barones estaban llenos de regocijo; pero el peso de la melancolía agoviaba á la baronesa, y descubria á su pesar lo que padecia interiormente. En este inter-

medio, y cuando ninguno lo aguardaba, Leval recobró su salud y la razon: entonces fue cuando el religioso le entregó la carta de Mowbray. Tuvo la imprudencia de dársela á la baronesa, y esta fue la causa de que su tristeza tomase mayor aumento.

—Yo me encargo, le dijo, de responder á esta carta: fiel Leval, no exijo de tí otra cosa sino que jamas reveles que me he unido al baron De-Pointz por solo el fin de salvar la vida á Mowbray: una indiscrecion de esta naturaleza solo serviría para acrecentar las penas de ese desgraciado."

Leval ofreció obedecer sus órdenes. Entonces ella escribió la carta siguiente, que Leval dirigió á Francia por medio de una embarcacion pronta á hacerse á la vela para aquel reino.

La baronesa De-Pointz á su hermano Roberto de Mowbray.

"Ya nos separan los mares, y esta distancia va á aumentarse de tal modo que me será imposible tener noticia de tí; pero no creas por eso, ó mi querido hermano, que la infeliz Cristabela olvide nunca al compañero de su infancia, ni que deje un

solo dia de dirigir fervientes súplicas al cielo por tu conservacion y felicidad. Yo he sufrido muchos combates antes de poder triunfar de la resistencia de mi corazon y conducirle á su deber: sin embargo, mi conciencia y la certidumbre de no haber hecho sino un bien, me han prestado fuerzas en tan duras pruebas. La voluntad del cielo, las órdenes de mi padre, y en fin la voz del *honor* y del *agradecimiento* me han prescripto esta obligacion, y han hecho de Cristabela de Falcomberg la esposa del baran De-Pointz. Mi padre aprovechará todas las ocasiones para darte noticias de mi salud; escríbele como tambien á Leval, pues por su medio sabré de tí: quiera el cielo colmarte de gloria en la santa empresa que has abrazado, pero te encargo que el ardor de tu ánimo y el desprecio de la vida, no te obligue á arrojarte inconsideradamente al peligro. Mowbray debe conocer (y esta es mi mas lisonjera esperanza) la dicha por dilatados años, y no cesar de contar en el número de sus mas sinceros y celosos amigos á

Cristabela De-Pointz.

Esta carta hizo en Mowbray una im-

presion poco grata. Vió por ella que Cristabela habia condescendido con facilidad á los mandatos de su padre, y si alguna cosa podia disminuir la estimacion que la tenia, era la repentina mudanza de sus sentimientos: el *honor* y *agradecimiento*, le decia habian mandado se uniese á Pointz: estas palabras cuyo sentido no comprendia, y que estaba muy distante de creer fuesen aplicables á él, le hicieron su vida insoportable, y deseaba con impaciencia llegar á Palestina para encontrar en una batalla el olvido de sus penas con la muerte.

Poseido de estas ideas no escribió á nadie antes de salir de Francia. El príncipe Ricardo no se agregó á él por las desavenencias ocurridas entre el Rey y sus hijos; la cual llegó á tomar tanto incremento, que se vió precisado Enrique á declarar la guerra á la Francia por haber entrado en la liga que formaron contra él.

El baron de Falcomberg se habia persuadido que el casamiento de su hija nada le dejaría que desear; pero no tardó en conocer cuanto se habia engañado. La melancolía de que su hija estaba poseida le causaba tanta afliccion, como le disgustaba el carácter De-Pointz. La semejanza del genio

con el suyo le daba á conocer cuan dificil le seria simpatizar con el alma tierna y sensible de Cristabela.

A solicitud de su padre y esposo habia hecho un viage á los dominios del último, situados en la parte meridional de Inglaterra, rehusando constantemente acompañarle á la corte, á pesar de las instancias que Enrique hizo paro ello.

Al principio del segundo año pareció que un nuevo lazo debia estrechar mas la union de los dos esposos. Este fue el nacimiento de un hijo. Los dos barones vieron con orgullo la venida de un heredero de sus vastos dominios; mientras que su tierna madre estrechándole contra su corazon, quiso ella misma ser su nodriza.

En este tiempo ya habia llegado Mowbray á Palestina. La poca tropa que tenia bajo sus órdenes, no podia prometerse ninguna ventaja contra los innumerables ejércitos de Saladino; y lo que únicamente pudo hacer con su valor y habilidad fue proteger á los peregrinos é impedir que su pequeña escolta fuese arrollada.

El capitan de un bajel que llegó de Inglaterra con refuerzos le entregó una carta de Leval, en que le comunicaba la

noticia del parto feliz de la baronesa, anunciándole de su parte cuanto deseaba gozase tambien de la felicidad que ella disfrutaba.

Mowbray estaba persuadido que recobraria su tranquilidad luego que tuviese certeza de que Cristabela era dichosa, mas no tardó mucho tiempo en conocer su engaño; porque si su repentina mudanza la hacia aparecer en su imaginacion menos estimable, no podia dejar de amarla y llenarse de dolor al considerar estaba en poder de su detestado ribal.

Los cristianos se hallaban acampados en una posicion ventajosa cerca de Joppé, esperando un refuerzo que les pusiese en estado de poder continuar su marcha; y aunque los sarracenos intentaron repetidas veces desalojarlos de aquel puesto, siempre fueron rechazados con pérdida. Al fin lo consiguieron por medio de un fingido ataque. Los cruzados recibieron el primer choque vigorosamente y pusieron en fuga como siempre á los infieles; pero mas animosos que prudentes, y guiados de su ardor los persiguieron hasta mas allá de sus trincheras, donde se hallaron cercados por el ejército de Saladino que les cortó la retirada.

El valor y la resolucion de nada servian en lance tan estrecho. Los cristianos fueron completamente derrotados, perdiendo un gran número de ellos la vida y hasta el mismo Mowbray, cuyos esfuerzos para reunir sus tropas fueron inútiles cayó cubierto de heridas.

Reconocido por el gefe de los cristianos fue separado de los muertos y heridos, y presentado al general de los sarracenos, quien esperando sacar un crecido rescate, ó mas bien deseoso de saciar en él su odio á los cristianos, mandó á sus esclavos que con una buena escolta le llevasen á una casa separada de su harem, lo que ejecutaron inmediatamente encerrándole en un calabozo que correspondia con este edificio, y le tendieron sobre una poca paja.

CAPÍTULO V.

Mowbray permaneció sin sentido algunas horas, y solo recobró una parte de él para conocer todo el horror de su situacion, y para sufrir una sed ardiente sin tener un

poco de agua con que mitigarla. El calabozo estaba oscuro, y nadie se habia presentado á su vista desde que le arrojaron en la paja donde permanecia acostado. De repente una débil luz empezó á aclarar el fondo del calabozo, y á pesar de su flaqueza vió acercarse á él con pasos lentos una muger acompañada de otra persona, á quien por su trage tuvo por un dervís, aunque no pudo ver su rostro por traerle cubierto con una grande capucha. Ambos se acercaron á él, y levantándole la cabeza le suministraron algunas gotas de un cordial con el que reanimaron su espíritu. En seguida desabrochando sus vestidos, lavaron las heridas y las vendaron despues de haber aplicado en ellas un bálsamo que llevaban prevenido. Como habia perdido tanta sangre no les fue posible evitar á aquellos generosos desconocidos por mas precauciones que tomaron al intento, que se desmayase tres veces durante la operacion.

Al tiempo de separar sus vestidos para curarle, se le cayó del pecho el brazalete que Cristabela le dió cuando fue preso por órden de Enrique. Aunque privado por su flaqueza de la facultad de hablar, no por eso dejó de recogerle y tenerle bien

apretado en su mano, movimiento que no se ocultó á sus bienhechores; mas no por eso dejaron de proseguir la operacion hasta concluirla completamente. Entonces poniendo la muger el dedo en su boca, para darle á entender que guardase silencio, le enseñó algunos panes blancos y una pequeña botella de cuero llena del cordial que le dieron á beber á su llegada. Le hizo entender por señas que lo ocultaba debajo de la paja y en sitio que pudiese alcanzarlo facilmente; y despues ella y su compañero salieron precipitadamente del calabozo.

Este socorro, despues de la pérdida de la sangre, le proporcionó un sueño apacible por algunas horas. Al despertar se acordó de lo pasado como de un sueño; pero las vendas que cubrian sus heridas, los panes y el cordial que halló ocultos en la paja, no le dejaron la menor duda de la realidad de aquel suceso.

Mientras que estaba entregado á sus reflexiones entró en el calabozo un esclavo sarraceno con un pan negro y una vasija de agua. Dejó en tierra esta escasa provision á su lado, llamándole en su idioma perro nazareno, y se marchó sin decirle otra palabra.

Una conducta tan opuesta aumentó la sorpresa de Mowbray. Conoció claramente que la muger y el dervís le visitaban de oculto, confirmándole en este pensamiento la demostracion de la muger por la cual se le imponia silencio. Pasó el dia siguiente en los ratos que le permitia descansar el dolor de sus heridas, discurriendo sobre una aventura tan singular, aunque siempre perdiéndose en vanas conjeturas. No tenia amigos en Palestina sino entre los cristianos y sus bienhechores no profesaban esta religion. Al acercarse la noche conoció que habia recobrado el uso de la palabra. Cerca de las doce, á su parecer, vino la misma luz á aclarar el calabozo, y en seguida vió aparecerse á la muger y al dervís. Le dieron á beber del cordial y le pusieron nuevos paños en las heridas sin proferir una sola palabra. Despues llenaron la botella y le dejaron nueva provision de pan. Cuando conoció que iban á retirarse quiso demostrarles su agradecimiento; mas ellos se anticiparon á cortarle la palabra con un movimiento de cabeza, y la muger llevó su dedo á los labios como la vez primera para imponerle silencio.

La misma conducta se observó durante

muchos dias, tanto por el esclavo como por los visitadores nocturnos. Hallándose Mowbray en estado de sostenerse en pie trató de reconocer su prision. Observó que era espaciosa, y que solo entraba la luz en ella por un pequeño resquicio que habia en el techo: las puertas estaban cerradas con gruesas cadenas y cerrojos, segun el ruido que oia cada vez que el esclavo entraba ó salia. Sus misteriosos amigos continuaban guardando silencio; por lo que pensó aprovecharse de las pocas fuerzas que habia recobrado para observarlos con mayor atencion en su próxima visita.

Mientras le curaban aquella noche, examinó con cuidado á la muger; y á pesar de la escasa luz que despedia la lámpara vió que era de mediana edad, su tez morena, y que iba vestida de esclava, aunque su exterior anunciaba una clase mas elevada. En cuanto al dervís, como siempre tenia cubierto el rostro, solamente pudo juzgar que su estatura, aunque algo encorbada, parecia noble y llena de magestad. Impaciente de oir la voz de sus bienhechores, les dirigió un corto discurso en inglés dándoles gracias por sus generosos cuidados, á lo que contestó el dervís en francés, que oia

con placer las expresiones de su gratitud; pero que le suplicaba por favor guardase el mas profundo silencio para que no le oyera el esclavo que le guardaba. La voz del dervís conmovió extraordinariamente á Mowbray; aunque magestuosa y solemne se hallaba en ella cierta mezcla de dulzura y energía, que le pareció la mas á propósito para hacer oir las verdades de nuestra santa Religion, pesándole sobremanera que perteneciese á un infiel.

Notó que al tiempo de marcharse se habian llevado una porcion del pan negro que le entraba el esclavo; precaucion que tuvo por muy acertada, porque si hubiese visto no habia tocado á él habria sospechado y con razon, que recibia mejor alimento de otras manos que las suyas.

Como el espantoso ruido de las cadenas y cerrojos anunciaban la llegada del sarraceno Mowbray tenia el tiempo necesario para acostarse en la paja. La muger y el dervís entraban con tanto sigilo, que solo la luz de la lámpara le avisaban de su venida. Entonces, levantándose con la ligereza que le permitian sus escasas fuerzas se adelantaba á recibirlos.

Sin embargo, á pesar de su curiosidad

aun no habia logrado ver el rostro del dervís; mas la noche siguiente á la en que le habia oido hablar, ínterin que la sarracena curaba sus heridas y que aquel le sostenia, una sensacion estraordinaria, mas bien que sus ojos, le hizo conocer que tocaba su mano. Estaba fria como la de un cadáver; y volviéndose á mirarla, observó á beneficio de la luz que reflejaba en ella, que su piel de una blancura lívida descubria todas las venas, nervios y huesos; tampoco oyó su voz esta vez; y el dia siguiente le pasó entregado como desde el principio, á sus meditaciones. Sabia por haberlo oido decir las mortificaciones que de ordinario se imponen los dervises, y á ellas atribuyó el estado cadavérico de la mano de su bienhechor. Aquella noche vinieron los desconocidos mas tarde, y al parecer con menos precaucion que de costumbre. Despues de prestarle los mismos auxilios le dieron un alimento mas abundante y nutritivo que el de hasta entonces, y en seguida el dervís le habló en estos términos:

—Quiero aprovechar la ocasion que me proporciona el profundo sueño de vuestro carcelero, gracias á la fuerte dosis de ópio con que se ha embriagado, para ha-

blaros por un momento: sin duda os sorprenderá oirme hablar francés, pero no es tiempo de satisfacer vuestra curiosidad sino de seros útil, y esto es lo que unicamente me trae aquí."

Mowbray quiso expresar su reconocimiento mas el dervís no se lo permitió y prosiguió: "Quisiera ante todo saber vuestro modo de pensar, pues estando reconocido por el gefe de los nazarenos debeis saber que os obligarán á pagar un rescate exorbitante por vuestra libertad, ó en su defecto sufrireis la mas dura esclavitud, ó acaso la muerte. Para libraros de esto último solo teneis un medio. Abrazad la religion del profeta, con esto Saladino habrá triunfado en vuestra persona de todos los cristianos, y os vereis colmado de honores y de riquezas."

Mucho trabajo costó á Mowbray reprimir su indignacion al oir semejante discurso.

—Antes que compre mi libertad por un medio tan bajo y vil, respondió con voz trémula, quiero ser maldito por el cielo; que mi nombre sea execrable á los cristianos, y mi persona objeto de irrision á los infieles; quiero.....

El dervís puso su seca y descarnada mano en los labios de Mowbray, y le impidió que continuase.

—Creia, le dijo, que vuestra religion proscribia los juramentos y enseñaba á padecer. Reflexionad bien lo que os he propuesto; os doy de término hasta mañana á esta misma hora, pues quizá el tiempo os haga mudar de resolucion. Por ahora es preciso separarnos." En seguida salieron del calabozo y cerraron las puertas con la precaucion que acostumbraban.

Luego que Mowbray quedó solo empezó á meditar sobre la proposicion del dervís. Conocia le era deudor de la vida, y sin embargo del horror que le inspiraban los de su creencia no podia menos de mirarle con cierto respeto: entonces acabó de conocer el motivo que le obligaba á ocultarle el rostro.

Siempre que el esclavo le llevaba el alimento se lamentaba del trabajo que le causaba el corto encargo de entrarle cada veinte y cuatro horas un poco de pan negro y agua; mas como no se propasó á insultarle personalmente, jamas Mowbray le respondió, haciendo que no le entendia, lo que en efecto era asi, pues solo sabia algun

corto número de frases árabes que habia aprendido despues de su llegada á Palestina.

Todo el dia estuvo entregado á las mas tristes reflexiones. La pérdida de su libertad y los trabajos que padecia no le eran tan penosos como el recuerdo de la suerte de la heredera de Latimer. Á pesar de tener á la vista las pruebas de su mudanza, no podia creer hubiese sido tan facil si motivos poderosos no la hubiesen obligado á ello. Sin embargo, al recordar que ya era madre, y que su suerte estaba irrevocablemente unida al baron De-Poinzt, exclamaba con dolor: ¡ Jamas la veré! jamas oiré hablar de ella! Pero al menos sabrá que en la derrota que sufrieron los valientes de mi mando he hallado la esclavitud, y quién sabe si tambíen la muerte! Entonces llorará, rogará á Dios por mí; su generoso corazon no olvidará al amigo de su infancia. Mas ay! acaso se avergüence de derramar una lágrima por el desdichado Mowbray, y mas en presencia del orgulloso Pointz. Pero ¿cómo no me ha de olvidar? Qué la quedará que desear cuando disfrute de la sonrisa inocente de su hijo y de las caricias de un esposo?

CAPÍTULO VI.

El dervís y la sarracena no dejaron de visitarle á la media noche. El agradecimiento está tan unido al corazon del hombre, que Mowbray aguardaba siempre su visita con impaciencia. El dervís observó al registrar sus heridas que la curacion estaba muy adelantada.

—Vuestros enemigos, le dijo, estan muy lejos de pensar segun informes del carcelero, que os hallais en tan buen estado, porque á saberlo no os dejarian tan tranquilo. Como nunca se toma el trabajo de examinaros solo juzga de vuestro estado por el poco alimento que os ve tomar, y por el silencio que con él observais; mas no confiemos mucho en esta tranquilidad; de un instante á otro debemos temer se concluya. ¿Habeis reflexionado bien sobre mi propuesta? Debeis esperar toda suerte de felicidades si adoptais los medios que os he indicado.

—Ya sabeis mi resolucion, respondió

Mowbray con firmeza ; es irrevocable; prefiero mil veces la muerte al deshonor."

Al oir estas palabras el derví́s se volvió como para ocultar la conmocion que las frecuentes palpitaciones de su pecho hacian visibles.

—Mowbray, dijo despues de un momento de silencio, lejos de disminuir la estimacion que he concebido por vos, vuestra firmeza duplica el deseo que me anima de sustraeros á las desgracias que infaliblemente os amenazan. No pensemos ya en mudar de religion: vuestra libertad, vuestro bien, es lo que me ocupará de hoy en adelante, pues solo he venido aqui para proporcionaros estas dos cosas."

La alegría y la sorpresa hicieron tal impresion en Mowbray que en mucho tiempo no halló palabras con que expresar su agradecimiento. Tenia los ojos fijos en el derví́s, que continuó así:

—Ahora solo deseo que no os muden de carcelero, porque seguramente no podemos encontrar otro mas á propósito para facilitar la ejecucion de mis designios. Las primeras noches estaba lleno de temor, aunque jamas venia sin asegurarme antes de su embriaguez; mas ya todos mis rece-

los estan disipados. Su sueño es habitualmente tan profundo que parece al de la muerte. En fin, para concluir lo que tan felizmente he comenzado, estoy decidido á facilitar vuestra evasion con la mayor presteza, y para ello es preciso que trateis de recobrar vuestras fuerzas. Para llegar á la costa tenemos que andar dos leguas á pie: cerca de Joppé estan anclados dos bajeles franceses que han recogido ya los restos de los cristianos dispersos, y quiero que vos y otros cuatro decididos á correr la misma suerte os acompañen; ¡ojalá los espíritus celestiales os lleven á bordo sanos y salvos!"

—¡Oh cielo protector! exclamó Mowbray arrebatado de júbilo. Decidme, ó el mas generoso de los amigos, ¿no os acarreará ningun daño mi fuga si el general de los sarracenos llega á descubrir que á vuestros oficiosos cuidados debo mi libertad? ¡Ah! quisiera mejor morir que veros víctima de vuestra humanidad para conmigo.

—Nada temais: el Ser en quien cifro toda mi esperanza me protegerá y dará las fuerzas necesarias para despreciar, por grande que sea, cualquiera peligro que me amenace."

—¡Ay! contestó Mowbray, jamas halla-

reis otro igual al en que os vais á exponer por mí. ¡Ah! aun cuando yo me hallase en Inglaterra y poseyera todo lo que puede colmar los deseos de mi corazon, no por eso se borraria de mi memoria tamaño beneficio. Solo me acompaña el disgusto de no conocer á quien debo tanto. ¡Oh padre mio! Concededme el favor de que pueda contemplar vuestro rostro antes de mi marcha; permitidme que considere con placer las facciones de un bienhechor; añadid este servicio mas á mi reconocimiento."

Mientras que Mowbray hacia esta súplica al dervís le tenia abrazado por las rodillas; y con la viveza de sus movimientos le descompuso un poco la ropa y descubrió, con gran sorpresa suya, una gran cruz de ébano suspendida á la cintura por una cadena de oro.

—¡Gran Dios! exclamó asombrado, ¿qué significa lo que veo? Hablad, yo os lo suplico con la mayor sumision; vos sois cristiano, pues á no ser asi no llevaríais este símbolo sagrado de nuestra redencion.

—Es cierto, dijo el falso dervís, soy cristiano, y habeis descubierto mi secreto antes de lo que yo quisiera: Mowbray, he deseado probaros. Si hubieseis consentido

en abrazar la falsa religion de Mahoma os habria abandonado á vuestro destino; pero siempre, gracias á Dios, os he encontrado como apetecia, y por esto he retardado mi fuga con el fin de acelerar la vuestra.

—¡Oh mi bienhechor! No encuentro palabras para demostrar toda la extension de mi agradecimiento. Mi corazon me decia que eramos hermanos, y en efecto para mi mayor satisfaccion encuentro que este hermano adora la santa religion de Jesucristo. Acabad de completar mi dicha diciéndome quien sois. No creais que á ello me mueve una vana curiosidad: el mas vivo y sensible interés me hace desear conocer vuestra suerte, y participar al mismo tiempo de las penas que habreis sufrido en la cautividad á que sin duda como yo estais reducido.

—No perdamos ahora el tiempo inutilmente, contestó el fingido dervís, y tratad mañana de egercitar vuestras fuerzas. Achmet está para venir, se le aguarda de un dia á otro, y entonces seria nuestra fuga muy dificil cuando no del todo imposible. Ya he hecho trasladar las pocas riquezas que poseo á una de las embarcaciones que os he dicho se hallan surtas en las inmediaciones de Joppé; y como no podemos

pasar por delante de las centinelas sin ser reconocidos, nuestra fuga se verificará por las tapias del jardin. Un cristiano que ha gemido en la esclavitud por espacio de siete años y á quien he proporcionado los medios de rescatarse, ha abierto un agujero capaz de sálir por él una persona y cubriéndolo despues con el mayor disimulo.

—Ojalá corone el cielo todos vuestros esfuerzos: yo no quisiera que por mi debilidad retardaseis el momento feliz de nuestra fuga. ¡Oh! no conoceis cuanta fuerza infunde en mi alma un motivo semejante. ¿Qué son dos leguas ni diez cuando se trata de la libertad de mi bienhechor?"

Como el dia se iba acercando el dervís y la sarracena se despidieron de Mowbray. Éste no pudo dormir en todo lo que restaba de la noche, pues lo que acababa de descubrir le llenó á un tiempo de placer y de asombro. Hallar en su nuevo amigo un cristiano era sin duda el favor mas grande que podia concederle el cielo; mas ¿en qué consistirá, se decia á sí mismo, que se halle cautivo en su harem? Y cómo es que habiendo proporcionado á otro esclavo medios para rescatarse no lo haya hecho él tambien? Viendo al fin que despues de lar-

gas reflexiones no lograba conciliar unas ideas tan contradictorias, abandonó al tiempo la solucion de aquel enigma, y aguardó á que su carcelero le llevase la ordinaria provision para entregarse al egercicio que le habian recomendado, experimentando con gran placer que por este medio iba insensiblemente recobrando sus fuerzas.

Á la noche quedaron sus dos amigos agradablemente sorprendidos al verle levantado y cubierto con la poca ropa que le habian dejado al tiempo de hacerle prisionero: reconocieron sus heridas y vieron que estaban casi cicatrizadas, y que no necesitaba de otra cosa para curarse completamente que un aire puro y un alimento sano y moderado. El dervís le encargó se mantuviese recostado en la paja siempre que entrase el esclavo á llevarle el alimento; porque, añadió, sino tiene facultades para trasladaros á otra prision antes de la venida del gran visir Achmet, no dejaria de injuriaros en términos de no poder conteneros, y entonces todo se perderia.

Mowbray prometió seguir este consejo y el dervís continuó:

—Todo está dispuesto para nuestra

fuga, y sí os hallais con fuerzas para emprender á pie el camino que os he dicho no lo diferiremos mas que hasta mañana á esta hora, pues Achmet debe llegar de un instante á otro. La muger que veis es una nueva convertida, y la llevo en mi compañía con otra que asimismo me debe la dicha de conocer las verdades de nuestra santa religion. El cristiano que he rescatado nos aguardará á la otra parte del muro del jardin. En una pequeña ensenada inmediata á la orilla del mar y entre juncos y cañas, he hecho ocultar un barquichuelo que estará á punto de recibirnos en pocos minutos. De allí al navío será muy corto nuestro pasage, y confio que el cielo nos dispensará su proteccion hasta conseguir el fin de nuestra empresa.

—Nada temais, respondió Mowbray, los vivos latidos de mi corazon me presagian un feliz resultado. Procuradme, si es posible una espada. Ahora, añadió, creo que nada os impide descubriros el rostro. ¿Qué motivo os obliga á ocultaros á las miradas de un amigo? Este es el solo favor que os pido.

—Quizás seria mas conveniente dilataros esta señal de confianza que exigis de mí:

mas puesto que es indispensable daros este gusto sabed, prosiguió el dervís sin descubrirse el rostro, sabed...... que soy una muger.

—¡Una muger! repitió Mowbray con un grito de sorpresa. ¡Una muger!

—Sí, una muger; mas no por eso os lisongee un movimiento de vanidad, pues solo os he servido como cristiano sin acordarme que sois hombre. Mi disfraz no tenia otro fin que el de ocultarme á vuestra vista y conoceros á fondo; siendo ademas indispensable valerme de este medio para obligaros á aceptar mas facilmente las atenciones que os he prodigado. Mowbray, la virtud no tiene sexo; y si el general de los cristianos hubiese nacido en Etiopia no habria dejado por eso de tener los mismos derechos á mi humanidad.»

Mowbray quedó confuso por un instante; se arrojó á los pies de su bienhechora pidiéndola perdon, y asegurando que no debia atribuirse su expresion sino solo á la sorpresa.

—Conozco cuan natural debe ser en vos le respondió; pero para satisfacer una curiosidad que tanto os mortifica, y mas que todo para alejar de vuestra imaginacion cual-

quiera sospecha contra la pureza de mis intenciones, voy á haceros ver el estado á que me han reducido los infieles y los malvados.”

—En seguida tirando á la espalda su capucha descubrió un rostro que excitó á un mismo tiempo la admiracion y lástima de Mowbray. Su tez, cuya blancura demostraba haber igualado á la del alabastro, estaba cubierta de la palidez lívida de la muerte.

Mowbray no podia volver de su asombro.

—Una muerte lenta, pero inevitable, continuó el fingido dervís me amenaza á cada instante, sin que sean bastantes á alejarla todos los recursos de la medicina. Mi mas ardiente deseo es el de concluir mis dias en tierra de cristianos; quisiera recibir los últimos socorros de nuestra santa Religion, y que mis huesos fuesen depositados en un lugar consagrado, porque aunque es verdad que no hay ninguno mas santo que el que pisamos, la muger del visir Achmet recibiria los últimos honores en una mezquita de infieles.

—¡Oh la mas respetable de las mugeres! exclamó Mowbray, disponed de mi vida; nosotros nos salvaremos ó perecere-

mos juntos. La muger de Achmet será mi hermana, y el norte que me guie en mis deberes.

—Consideradme mas bien como una madre. Treinta y siete años han pasado por mí, y ya hace diez y nueve que estoy casada. Conviene nos separemos y que restaureis vuestras fuerzas con algun alimento: mañana vendremos en busca vuestra.

Dicho esto se levantó y salió del calabozo seguida de la sarracena.

CAPÍTULO VII.

Cuando al dia siguiente entró el esclavo en la prision con el alimento, se recostó Mowbray en la paja segun su costumbre. Entre las imprecaciones que le oyó decir, comprendió segun su poca inteligencia en el idioma árabe, que se felicitaba por la próxima venida de Achmet que iba á librarle del estado de inaccion en que por tan largo tiempo se le tenia.

Este dia pareció á Mowbray mas largo que ninguno; y la baronesa De-Pointz

casi llegó á verse desterrada por la esposa de Achmet del lugar que aun ocupaba en su corazon, aunque sus sentimientos para con ella no eran otros que el respeto y estimacion que se experimentan por una madre querida. Sin embargo, no podia atinar por qué motivo hallándose dotada de una piedad tan eminente habia llegado á enlazarse con un infiel: conocia personalmente á Achmet por haberle visto al frente de sus tropas: su presencia era noble, su estatura magestuosa y su tez demasiado blanca para un sarraceno, cualidad rara que debia á su madre, nacida segun se decia en Europa, y á estas circunstancias atribuia un suceso tan extraordinario.

En fin llegó la hora deseada. La luz de la lámpara anunció la venida de la esposa de Achmet, á la que acompañaban las dos mugeres de quienes le habia hablado. La una era su acostumbrada compañera llamada Malka, y la otra que llevaba el rostro cubierto con un velo espeso manifestaba hallarse cercada de mil temores caminando con paso trémulo, y sosteniendose en el brazo de Malka. Las tres iban cubiertas con unos grandes ropones par-

dos y ademas traian otro para Mowbray y una espada.

Antes de salir del calabozo dejaron las cadenas y cerrojos de la misma manera que si el preso estuviese dentro. El estado de Mowbray cuando le condugeron á aquella estancia no le habia permitido observar la situacion del edificio; pero á su salida le examinó cuidadosamente, y vió que el techo del calabozo estaba á muchisimos pies de profundidad debajo del suelo, y que recibia la luz por una reja de hierro. En el medio de este edificio subterráneo se encontraba la habitacion del carcelero por donde fue preciso atravesar; pero felizmente le hallaron sumergido en un sueño profundo.

Al salir de esta habitacion Malka ocultó la linterna debajo del ropon, y dirigiéndose por unas largas y estrechas galerías, apenas alumbradas por pequeñas troneras hechas con el objeto de dar comunicacion al aire, llegaron al jardin que atravesaron rápidamente á pesar de su larga extension, hasta encontrar con un bosquecillo de palmeras que terminaba en las murallas construidas de piedra de una altura considerable, y cuyas ramas sombreaban lo alto, asi

como las malezas cubrian el pie en toda su longitud. Malka dió la linterna á Mowbray para ayudar á su ama á separar las ramas, cuya espesura les incomodaba bastante y hecha la señal convenida, preguntaron de la parte de afuera en voz baja y en francés si todos estaban dispuestos.

La muger de Achmet contextó que sí, y al instante quitando las piedras de la parte exterior apareció una abertura capaz de poder salir por ella una persona de rodillas. Asi que estuvieron del otro lado del jardin Laroche, que asi se llamaba el extrangero, ayudó á cubrir el hueco, y concluida esta operacion apagaron la linterna, poniéndose en marcha al momento. Bien pronto la fatiga obligó á la esposa de Achmet á contener el paso; lo que visto por Mowbray la sostuvo por un brazo, mientras que con el otro se apoyaba en el de Laroche, y de este modo pudo continuar su camino con algun mas descanso.

Al acercarse a la costa divisaron á lo lejos un cuerpo de sarracenos. Un terror pánico se apoderó de las mugeres á esta vista y en particular de la desconocida, que inmediatamente se puso al lado de Mowbray exclamando: ¡Oh Dios! y vos

valiente gefe de los cristianos no nos abandoneis. El eco de la voz era tan dulce y tan penetrante que Mowbray quedó vivamente conmovido, por parecerle que habia en él alguna semejanza con el de Cristabela. Tan cierto es que todas nuestras sensaciones siempre se contraen al objeto amado, y que todo lo que le es extraño puede muchas veces agradarnos por una cierta similitud, puro efecto de nuestra imaginacion, y que no es otra cosa sino un homenage indirecto que nosotros les dirigimos. Mowbray fijó entonces su vista en la desconocida que acababa de recordarle una idea tan lisonjera: tenia los brazos levantados al cielo, y habiéndosela descompuesto el ropon con esta postura descubrió un talle tan noble como elegante, indicando al propio tiempo una juventud que un velo importuno no le permitia distinguir. Mowbray experimentó una sensacion que no podia expresar, y que le distrajo por un momento del riesgo que estaban próximos á correr. La centinela que ya les habia visto, les preguntó quienes eran y adonde iban: á que Laroche respondió en árabe, que eran comerciantes de esclavos, y que iban á Joppé con ob-

jeto de cobrar algunas cantidades que se les debian. Felizmente pareció á los soldados suficiente esta respuesta, y dejaron á los viageros seguir libremente su camino hasta la ensenada donde llegaron en breve, y sin detenerse entraron en la barquilla preparada dirigiéndose hácia el navío.

Laroche y Mowbray remaron con todas sus fuerzas cerca de una hora, hasta que por fin entró el esquife en la rada de Joppé. Uno de los navíos anclados los recibió á su bordo, donde no tardaron en convencerse por el buen acogimiento de los oficiales y tripulacion, cuanta era la impaciencia con que se les habia esperado.

La esposa de Achmet agitada por la fatiga del camino estaba próxima á desmayarse, lo que notado por Mowbray le presentó un poco de vino haciéndola vivas instancias para que bebiese, mas ella lo rehusó diciendo: no es ahora tiempo de pensar en esto; nuestro primer deber es dar gracias al Todopoderoso que ha velado sobre nuestra conservacion de un modo tan eficaz. Despues pensaré en objetos menos importantes. Dichas estas palabras se arrodilló en un lado de la cámara del capitan, donde permaneció largo tiempo oran-

do con el mayor fervor y recogimiento, cuyo ejemplo fue seguido por sus compañeros. La tripulacion edificada con su piedad bendecia al cielo por haber sido el instrumento de la libertad de una muger tan ejemplar. Concluida la oracion, ella y sus amigos tomaron algunos refrescos y se entregaron al descanso, de que tanto necesitaban. Al dia siguiente siéndoles el viento favorable, se dió la señal de levantar el ancla, y se hicieron á la vela sin tardanza.

Mowbray tuvo la satisfaccion de hallar entre los pasageros á muchos de sus compañeros de armas que creia muertos; mas ninguno llamó tanto su atencion, ni le pareció tan á propósito para entregarle su confianza como Laroche, que tan eficazmente habia contribuido á su libertad. Tenia cerca de cuarenta años, y habia pasado siete en la esclavitud empleado en los trabajos del jardin del harem, macerado y lastimado su cuerpo por el peso de las cadenas con que sus pies habian estado continuamente amarrados, y en cuya horrible situacion permaneció hasta el momento en que la esposa de Achmet le dió alhajas y dinero para entregarlos á un comerciante que negociaba en la redencion de cautivos.

Ya habrian andado la mitad del camino, cuando la esposa de Achmet envió á Mowbray y á Laroche un recado para que pasasen á verla.

CAPÍTULO VIII.

El primer objeto que se presentó á la vista de Mowbray al entrar en la cámara del navío con su amigo, fue el de una jóven vestida á lo asiático: "Mi Coraly, dijo la esposa de Achmet, ahi tienes á mis dos amigos; yo confio que ellos querrán tambien serlo tuyos."

Mowbray tuvo embargado el uso de la voz por algunos instantes. Coraly excedia en belleza á todas las mugeres que habia visto hasta entonces, y creyó tenia delante de sí á una de las fabulosas hourís que Mahoma ofrece á sus mas celosos sectarios en los jardines del Paraiso; pero si su vista quedó deslumbrada con tanta hermosura, su corazon permaneció frio é indiferente.

—Sí, prosiguió la esposa de Achmet, di-

rigiéndose á Mowbray, cifro toda mi dicha en creer que no os desdeñareis servir de protector á mi hija, á la que ya he preparado de antemano para ver en vos, asi como en Laroche, un pariente y un hermano. ¡Ay yo no tengo un solo pariente; es preciso que cuando Dios me llame á su presencia deje encomendada mi hija á vuestros cuidados; y ojala el cielo derrame sobre vosotros su bendicion, asi como yo estoy bien segura que guardareis fielmente el depósito que os confio. Ya no me reconvendreis por la poca confianza que os merezco, Mowbray; mas como esto no es suficiente conviene que me dé enteramente á conocer á vos por la relacion verídica de mis penas, y veais cuan acreedora soy á que me otorgueis el favor que os he pedido: sentaos y prestadme un rato de atencion.

Ellos obedecieron, y la esposa de Achmet empezó su historia en estos términos.

"Yo me llamo María Lapole, y soy hija única de un rico joyero de Liorna. Quedé sin madre á los catorce años, y cuando ya habia cumplido los diez y ocho un comerciante establecido en el Cairo pidió á mi padre porcion de joyas para ador-

nar un ropon de ceremonia del Soldan del Egipto. La comision era demasiado delicada para encargarla á otro que no fuese él, porque el precio de los diamantes constituia casi toda su fortuna; y ademas saliéndole bien esta operacion debia enriquecerle aun mas de lo que pudiera esperar, con lo que pensaba retirarse del comercio luego que la concluyese: estas consideraciones le determinaron á emprender el viaje del Cairo; pero como era preciso separarnos, y esto nos causaba una pena indecible, no obstante que su ausencia debia ser de corta duracion, tuve la desgracia de suplicarle y obtener el permiso de ir en su compañía. Salimos de Liorna, y en menos de un mes llegamos á Alejandría, donde mi padre quiso descansar unos dias antes de marchar al Cairo término de nuestro viaje. Repuestos de las fatigas del camino, nos dirigimos hácia Roseta que solo dista de Alejandría una gran jornada, y en la que es preciso atravesar un desierto arenoso, donde los viajeros no tienen otra guia que unas grandes columnas de piedra colocadas á cierta distancia unas de otras. Para librarnos de cualquier accidente, y mediante á que solo teniamos que hacer un

dia de camino nos contentamos con la escolta de cuatro hombres; pero cuando ya llevábamos andados dos tercios del camino fuimos asaltados por diez beduinos, y despues de una obstinada defensa tuve la desgracia de ver morir á mi respetable padre con dos de nuestros guias.

Quedé cautiva en poder de aquellos hombres feroces, y fui vendida al dia siguiente á un mercader de esclavos que me trató con la mayor consideracion; mas sin hacer caso de mis lágrimas y ruegos, me condujo al Cairo donde supe iba destinada para concubina del gran visir, padre de Achmet.

Fuese que mis lágrimas y mi melancolía le disgustasen, ó que no encontrase en mí los atractivos que esperaba, fui bastante dichosa en no agradarle, y me entregó á un esclavo cristiano para que me presentára á su hijo.

Este jóven tenia veinte y seis años, su estatura era noble y magestuosa, y en su rostro se advertia cierta altivez mezclada de agrado: su tez contra lo que generalmente se vé en aquellos paises, era blanca como la de su madre nacida en Europa. La dulzura de su carácter y la delica-

deza con que ocultaba los derechos que sobre mí tenia, me penetraban del mas vivo reconocimiento, y sentia interiormente que no creyese en las verdades de nuestra santa Religion. Á medida que nuestra amistad iba creciendo, me ofreció, no solamente su corazon, sino el sacrificio de todas sus mugeres; aun hizo mas, prometió llevarme á Europa despues de muerto su padre, y abjurar alli públicamente sus errores aumentando el número de los hijos de nuestra santa Iglesia. Confieso con franqueza que Achmet no me era indiferente, y que esta última promesa acabó de vencer los escrúpulos de mi sencillo corazon. Su padre, de edad avanzada y muy debilitado por efecto de una vida desarreglada, no podia á mi parecer vivir mucho tiempo, y como Achmet habia aprendido el francés, por habérselo enseñado su madre, se valia de este idioma para estrecharme á que me uniera á él conforme al rito de la Religion Católica. "El secreto, decia, estará seguro. Un esclavo cristiano hecho prisionero en una de las cruzadas, y sacerdote en su pais, nos unirá....." En fin, seducida por estas razones, tuve la debilidad de condescender con sus ruegos, y habiéndose intro-

ducido el cristiano en mi aposento con las mayores precauciones, nos desposó solemnemente. Sufrí por largo tiempo que Achmet se conformase en lo exterior con los preceptos del islamismo; pero me veia obligada á ceder á la necesidad, esperando con impaciencia el momento en que se viese libre de todas sus trabas.

Su padre, contra lo que yo esperaba, vivió todavia dos años, época en que dí á luz á Coraly. Entonces fue cuando empezé á conocer que el deber y la religion exigian imperiosamente que Achmet me cumpliese su palabra; pero él halló medios de engañarme por espacio de un año con razones evasivas. Al fin le rogué con dulzura, y al mismo tiempo con firmeza, que fijase un término á nuestra partida, lo cual no le era dificil ejecutar, porque estando encargado de todos los puertos de la Palestina podiamos fugarnos sin correr el menor riesgo. Continuó valiéndose por algunos meses de varios pretextos al parecer plausibles; pero viendo que todos eran inútiles, y que yo cada vez me mantenia mas constante en mi proyecto, recurrió á otros medios que tambien le salieron vanos, hasta que cansado de mis ruegos me

dijo con resolucion, que jamás se expondria á perder los inmensos bienes que habia heredado de su padre, ni abandonaría un pais en que no reconocia otro superior que al Soldan. Juzgad amigos mios cuan sensible me seria una declaracion semejante. No derramé una sola lágrima porque las fuentes de mi sensibilidad parecian haberse agotado de repente. Me consideraba como una delincuente por haber profanado uno de los mas santos Sacramentos de nuestra santa madre Iglesia, y me horrorizaba de mí misma: tales eran mis reflexiones cuando Achmet se separó de mí. Él imaginó sin duda que la misma violencia de mi conmocion contribuiria á hacerla cesar, pero se engañó. Desde aquel mismo dia le manifesté mi firme resolucion en renunciar á una alianza que mi Religion miraba como un estado de prostitucion, añadiendo, que me hallaria dispuesta á considerarme como su esposa siempre que él cumpliese la palabra que repetidas veces me habia dado, y que de lo contrario ni la muerte ni los tormentos mas espantosos serian bastantes á hacerme abandonar el partido que acababa de tomar.

Cumplí religiosamente mi palabra, á

pesar de las acaloradas disputas que sobre este particular tuvimos varias veces; y dos meses despues de este incidente reemplazó con nuevas favoritas las mugeres que habia despedido cuando prometió casarse conmigo. Entonces me encerré en mi aposento, donde no hallaba otro consuelo que la compañía de mi hija, y aun éste siempre mezclado con el temor de que me la arrebatasen; mas por fortuna Dios no quiso que pasase semejante pena. Diariamente recibia de Malka las pruebas mas evidentes de su lealtad, y aprovechándome de tan buenas disposiciones fui ganando por grados su confianza, hasta que al fin tuve el inexplicable placer de convertirla á nuestra santa Religion. De este modo se pasaron los diez primeros años de mi Coraly: dejo en silencio las persecuciones que tuve que sufrir en todo este tiempo por parte de su padre, que como no tuvo hijos de ninguna de sus concubinas, siempre continuó tratándome como la primera de su harem. Pero deseando volver á ganar mi afecto, ó acaso lisonjeándose de triunfar de lo que él llamaba mi ostinacion, empleó para reducirme á que me uniese con él, las mas finas solicitudes y hasta las ofertas mas

lisonjeras, que deseché constantemente, asegurándole que solo conseguiria sus deseos cuando abrazase mi creencia y se trasladase conmigo á Europa. Tantas atenciones solo sirvieron para inflamar los zelos de mis desgraciadas compañeras, y una de ellas sobornó á un esclavo para que me emponzoñase en un plato de arroz que me sirvieron.

Los dolores que sentí en aquel momento me dieron á conocer la verdadera causa del mal. Achmet á quien avisé sin tardanza de aquel suceso, envió en mi socorro un médico árabe, muy famoso por su habilidad en el conocimiento de los venenos y antídotos, que echó mano para curarme de todos los recursos que le sugirió su arte; pero por desgracia el veneno era muy activo para que cediese á sus remedios, y solo consiguió detener sus progresos y alejar los síntomas mortales; pues aunque logré arrojar el tósigo de mi estómago no pudo evitarse que una parte de él se mezclase con la sangre y corroyera mis principios vitales: ya hace siete años que vivo en un estado gradual de decaimiento. El árabe me aseguró que á fuerza de cuidado podria prolongar mi existencia hasta los diez. ¡Cúm-

plase la voluntad del cielo! Solo deseaba vivir para ver á mi hija en tierra de cristianos, y admitida en el seno de la Iglesia.

Pasé un año despues del envenenamiento en un estado de paralisis que dió mucho que temer por mi vida, y en este tiempo no se separó Coraly de mi lecho ni un momento, prodigándome los mas afectuosos cuidados. Achmet, en el primer movimiento de su indignacion hizo castigar de muerte á la que me envenenó y á su cómplice. Por grande que os parezca esta desgracia, fue sin embargo para mí el origen del mayor consuelo: la visible alteracion que produjo el tósigo en mi belleza entibió de tal modo el amor de Achmet que al fin me ví libre de las continuas demostraciones de su ternura; pues se apasionó de una jóven circasiana de la que tuvo dos hijos que aun le viven. Con este acontecimiento perdí la dignidad que hasta entonces habia tenido en el harem, y Achmet á instancias mias me envió cerca de Joppé, sitio el mas conveniente á mi debilitada salud segun el parecer del médico, que me habia prescrito los aires del mar.

Mucho me costó obtener el permiso de llevar en mi compañia á Coraly, y no ha

pasado un solo dia sin que me asaltase el temor de verla arrancada de mis brazos. En cuatro años que he permanecido en Joppé, solo me ha visitado Achmet tres veces cuando los asuntos de su mando lo traian á aquellas inmediaciones. Nuestro harem solo estaba habitado por las ancianas concubinas de su padre, ó las que á causa de sus achaques el mismo Achmet habia separado de su compañía, y asi no empleaba en su custodia mas que un corto número de esclavos. Coraly era el solo objeto que podia alarmar los cuidados de Achmet; pero estaba tranquilo porque sabia mi vigilancia para con ella.

Algunas veces pensaba que la compasion de Achmet, el arrepentimiento de las ofensas que me habia hecho ó la proximidad de mi muerte que le entregaria á Coraly sin necesidad de emplear su autoridad para ello, eran las únicas razones que le movian á dejarla tan largo tiempo en mi poder; pero pronto salí de este error, porque un dia me dijo que la destinaba para concubina del Soldan. Sabia muy bien que yo no tenia parientes en Europa, y esta circunstancia agregada á mi estado de languidez, alejaba de su imaginacion toda *sos-*

pecha de fuga por mi parte. Sin embargo mis intentos no eran otros: apenas llegué á la nueva morada y ví en ella á Laroche que trabajaba de jardinero, creí que por su medio podria lograr mi evasion. Le hice sondear algun tiempo por conducto de la fiel Malka, y cuando estuve convencida de sus disposiciones á prestarme el socorro que exigia de él, le envié gran cantidad de oro y joyas para que valiéndose de un agente empleado en la redencion de cautivos adquiriese la libertad.

Antes de su salida del harem habia hecho en la tapia del jardin la abertura por donde nos hemos fugado, habiendo convenido con él en que esperaria para librarme de mi prision la época en que se marchasen las embarcaciones europeas que se hallaban ancladas en el puerto. Con la impaciencia y la alegría contaba las horas por instantes; ya estaban cosidas todas mis joyas en nuestras ropas, y solo debiamos esperar diez dias para poner en ejecucion nuestro proyecto, cuando se dió una batalla bastante sangrienta entre cristianos é infieles, y supe con el mayor dolor que el gefe de los cristianos habia sido hallado cubierto de heridas entre los muertos y con-

ducido á uno de los calabozos del harem. La religion y la humanidad me prescribian que prestase mis socorros á un hermano: para ello tomé el disfraz con que os he visitado y acompañada de mi fiel Malka, fuí la primera noche de vuestro cautiverio á la abertura del muro en busca de Laroche, adonde le habia citado con el fin de consultarle por qué medios podria salvar vuestra vida. Él mismo me condujo al calabozo y disipó mis temores, haciéndome ver que Murat vuestro carcelero se embriagaba todas las noches con opio, en términos de perder el juicio y la razon. Me dejó para ir á informar sin demora á los cristianos con quienes íbamos á partir á Europa, del motivo que debia retardar nuestro viaje, y suplicarles igualmente se detuviesen algunos dias en lo que convinieron gustosos.

Lo demas ya lo sabeis; nada tengo que añadir concerniente á mis aventuras. Su feliz desenlace nada me dejaria que desear sino tuviese que sentir, ademas de la dureza de Achmet, la pérdida del padre de mi Coraly, y si la alegría que me causa la libertad conseguida no estuviese acibarada con el disgusto de que nuestra fuga sin duda habrá costado la vida al pobre Murat.

CAPÍTULO IX.

La piedad de María Lapole hallaba en la tierra en cierto modo su recompensa con el agradecimiento que sus amigos la manifestaban, y la tierna solicitud con que Coraly procuraba disipar su melancolía. Malka la prodigaba todas las señales de respeto debidas á una ama á quien queria entrañablemente; Laroche y Mowbray la idolatraban como á una bienhechora. Éstos estimaban mas que la vida el servicio que les habia hecho, pues antes hubieran preferido la muerte á la espantosa alternativa de haber de pasar el resto de sus dias entre los infieles.

Despues de una travesía tan pronta como feliz llegaron á Marsella: es dificil pintar el júbilo que María experimentó al poner el pie en tierra. Queriendo ante todas cosas manifestar su reconocimiento al Ser supremo por las bondades que la habia dispensado, dirigió sus pasos al convento de religiosas de santa Catalina, donde rin-

dió las mas afectuosas gracias á la divinidad, y despues hizo administrar el santo Sacramento del bautismo á su hija y á Malka, quienes ya venian bastante instruidas y en disposicion de recibirle. En seguida pretendió y obtuvo de la superiora, el favor de que las admitiesen en el número de las pensionarias hasta tomar otra nueva determinacion.

Aunque Mowbray deseaba con ansia adquirir noticias de Inglaterra, la gratitud y el honor no le permitian separarse de María Lapole antes que ella decidiese su método de vida en lo sucesivo. Al cabo de dos dias de la llegada le envió un recado suplicándole pasase á verla en compañía de Laroche. Fueron allá sin detenerse, y habiendo sido introducidos en el locutorio la hallaron sola con Malka. Mucho se sorprendieron al verla, pues su debilidad se habia aumentado de tal manera en tan corto tiempo, que no podia andar sin apoyarse, dándoles aun mas cuidado la fuerte opresion que se advertia en su pecho.

—Amigos mios les dijo, la alegría que he experimentado al verme en tierra de cristianos ha hecho en mi destruida máquina, mas estrago que los muchos años

que he pasado sumergida entre las penas y sobresaltos. Me quedan pocos deseos que formar en este mundo, y creo que la bondad del cielo ha decretado por fin libertar mi alma de los males que padece. Coraly es el solo bien que en algun modo me hace apetecer la vida, y por eso quiero consultar con vosotros sobre su suerte futura. Me parece no tiene vocacion á la vida religiosa aunque no dudo de su decision á abrazarla si yo la instase á ello; pero Dios me preserve de cometer tal sacrilegio ni de que yo sea la causa de su desgracia.

—La amable Coraly, respondió Laroche, no necesita mas que ser vista para atraerse el cariño y la proteccion de un hombre honrado que la ponga al abrigo de todo peligro.

—Teneis razon amigo mio, mas conviene saber donde hallaríamos ese hombre, pues hasta entonces viviré en la mas cruel inquietud. El alma sencilla y sin experiencia de Coraly necesita de un padre que la guie en medio de los artificios y los riesgos del mundo. Es muy posible que la alegría cause en mí la languidez y opresion que ahora siento, y tambien que sus síntomas no sean mortales; mas esto no es tan segu-

ro como el que mi vida pende de un hilo, y que la idea de los peligros á que mi hija quedaria expuesta si yo falleciese, me presenta la muerte bajo el aspecto mas espantoso."

Durante esta conversacion Mowbray se sintió vivamente conmovido, y el corazon le daba fuertes latidos en el pecho. Concurrian en él muchas circunstancias para creer que María ni su hija desecharian su propuesta; y aunque estaba cierto que la heredera de Latimer jamas seria suya no podia decidirse á ofrecer su mano á la inocente y amable Coraly.

— Señora, dijo á María, yo no conozco á nadie que sea digno de poseer vuestra hija. La naturaleza ha formado en ella su mas completo modelo, y la virtuosa educacion que la habeis dado ha contribuido á embellecerla aun mas. Si yo poseyese los bienes de mis antepasados y tuviese un corazon libre que ofrecerla, cifraria toda mi ventura en poder tributar este homenage á la preciosa Coraly; pero pobre, y violentamente despedazada mi alma por una pasion que no le ha sido posible vencer hasta ahora, no me atrevo á presentarme como pretendiente de un don tan inestimable."

Mowbray para corresponder á la confianza de María la habia referido todas las particularidades de su amor con Cristabela, y esto mismo fue lo que la obligó á elegirle por esposo de su hija.

— Conozco cuan grande es vuestra virtud, le contestó, y yo os prefiero gustosa al hijo de un monarca. Si mis joyas no pueden ponernos en estado de brillar en el mundo, al menos son suficientes para proporcionarnos una vida cómoda y descansada. En cuanto á las penas que despedazan vuestro corazon, es una debilidad que penseis en alimentarlas por mas tiempo con una pasion criminal y sin esperanza. Yo amaba á Achmet, era mi esposo y padre de mi hija; pero luego que conocí que el amor que tenia á un infiel era un horrendo delito, resolví desprenderme de él aun á riesgo de mi propia vida.

— Señora, la gratitud y el honor me mandan imperiosamente que condesciend a con todos vuestros deseos. Sin los generosos auxilios que me habeis prestado no hay duda que hubiera sufrido la muerte, ó lo que es aun peor la mas dura esclavitud. Declaradme vuestros intentos y vedme dispuesto á ponerlos en ejecucion: si deter-

minais hacerme dueño de la suerte de la hermosa Coraly, antes moriré que tengais el menor motivo de arrepentimiento por esta confianza.

—Sí, Mowbray, quiero poner en vuestras manos el tesoro que mas aprecio en la tierra. Ya es hora que nos separemos, y mañana si me encuentro mas aliviada, hablaremos largamente; entretanto os ruego guardeis el mayor sigilo acerca de este asunto.

Dicho esto se levantó y salió del locutorio apoyada en el brazo de Malka.

Mowbray pasó la noche entregado á la mayor agitacion. Para calmarla y salir de la incertidumbre en que se hallaba determinó descubrir su corazon á Laroche, esperando de su prudencia y madurez consejos seguros y saludables para dirigirse en tan delicadas circunstancias.

—Vos me pedis mi parecer amigo mio, le respondió Laroche, despues de haberle oido atentamente, yo os le diré sin rodeos. Decis que no teneis la mas remota esperanza de unir vuestra suerte á la de la heredera de Latimer, y por lo mismo no debeis poner la menor duda en aceptar el partido que se os presenta. Coraly es una

de las mas hermosas doncellas que he visto; á su inocencia semejante á la de la paloma, reune unos principios sólidos de virtud y de piedad, cuya semilla la debe á los cuidados y desvelos de su cristiana madre. Mowbray, en vuestra edad el corazon no es insensible á la belleza; y ademas, ¿dónde creeis hallar una esposa mas amable y que mejor os convenga? Ella os estima ya, y no os será dificil formarla á vuestro gusto: cumplir con su deber será el primero y único placer que la anime, y uniendo á esta cualidad el amor de una tierna y casta esposa conseguireis endulzar los momentos de vuestra vida, y desterrar de vuestro pecho una pasion que os ha llenado hasta ahora de tanta amargura.''

Estas razones acabaron de convencer á Mowbray, y en la primera entrevista que tuvo con María aceptó el título de hijo con que ella le brindaba. Al recibir Coraly esta nueva sus hermosas mejillas se cubrieron de un vivo encarnado, efecto mas bien del pudor virginal que de la aversion que pudiera tener á Mowbray. Un mes despues de esta conferencia se celebró el casamiento con las solemnidades prescriptas por la Iglesia.

Poco tiempo habia que Mowbray estaba unido á la inocente Coraly cuando llegó á su noticia la exaltacion de Ricardo al trono de Inglaterra por muerte de su padre, atribuida segun se decia, á los disgustos causados por la rebelion de sus hijos contra él. Ricardo Corazon de Leon, nunca perdió de vista el proyecto de arrancar de manos de los sarracenos el Santo Sepulcro, y para ello hizo alianza con Felipe Augusto Rey de Francia y otros soberanos, que ofrecieron agregarse á él en aquella empresa, y para atender á los gastos de la cruzada vendió al Rey de Escocia el derecho que tenia á aquel dominio.

Bien hubiera querido Mowbray pasar á Inglaterra luego que supo la muerte de Enrique; pero se contuvo de manifestar su pensamiento porque estaba íntimamente convencido de la extremada atencion que Coraly y su madre ponian en proporcionarle cuanto pudiera contribuir á sus gustos, y que hasta sus menores deseos eran leyes para ellas. María no ignoraba sus aventuras, ni menos las obligaciones que debia á Ricardo, y asi no la fue dificil leer lo que pasaba en su interior. Un dia que todos se hallaban reunidos conversando

agradablemente, dijo María estaba persuadida á que un viaje por mar contribuiría al alivio de su quebrantada salud, y que si Mowbray era del mismo dictámen marcharian sin dilacion á Inglaterra.

—¡Á Inglaterra! interrumpió él sorprendido..... No señora, no puedo consentir que mientras os encontreis en ese estado de languidez os expongais á perder una vida tan preciosa.

—Mowbray, respondió María, la felicidad de que espero gozar con este viaje será para mí el remedio mas eficaz. Al concederte la mano de Coraly he unido nuestros destinos para siempre: tus amigos lo son mios y he adoptado por mia tu patria. Cuando Ricardo no era mas que príncipe te salvó la vida; acaso ignora cuan expuesto te has visto á perderla en Palestina, y ¿quién sabe si atribuirá á tu descuido ó impericia la derrota de los cristianos? Mi opinion es que te presentes en su *Corte* á dar cuenta de tu conducta, y á servir de nuevo á un monarca que tanto aprecio hizo de tu valor. Coraly debe saber que es esposa de un guerrero, y que su obligacion asi como la mia es la de animarte á que cumplas con los deberes de tu profesion.

—¡Oh muger digna del mayor respeto! exclamó Mowbray; yo no conozco otro superior al que he contraido con vos..... No, jamas permitiré que por complacerme arriesgueis una vida tan preciosa como la vuestra.

—Nada te sobresalte hijo mio, pues mi debilidad no es ahora tanta como hace algunos dias. El gozo de verme en Europa causó en mi salud la extraña mudanza que tanto te alarma; durante la navegacion me sentí mas aliviada que nunca, y por lo mismo estoy decidida á acompañarte tambien ahora.”

Coraly no tenia otra voluntad que la de su madre y esposo. Laroche apoyó el parecer de María, y las razones que opuso Mowbray fueron desatendidas. El tiempo estaba hermosísimo, por lo que resolviendo aprovecharse de él, se dispuso el viaje con la mayor celeridad.



CAPÍTULO X.

El saludable efecto que causó en María el aire del mar reanimó las esperanzas de sus hijos y amigos. Durante la travesía Mowbray instruyó á su esposa de los diversos acontecimientos de su vida para evitar de este modo que si por un acaso llegaban â su conocimiento no estuviesen desnudos de la sinceridad con que él queria referírselos. Coraly le escuchó con el mayor interés; su alma era demasiado pura para dar entrada á la malicia, y mas cuando estaba bien segura de que ella era el único objeto del amor de Mowbray por las tiernas y repetidas pruebas que diariamente recibia.

La nave entró en el puerto de Londres al mismo tiempo que la de Ricardo, que regresaba de Normandía donde habia hecho un viaje con motivo de la muerte de su padre. El primer pensamiento de Mowbray despues de su arribo, fue escribir al baron

de Falcomberg; pero por los informes que le dieron supo con dolor su fallecimiento ocurrido pocos meses hacia, habiendo dispuesto enteramente de sus bienes en favor de la baronesa de Pointz. No le pareció prudente escribir á Leval, porque estando este anciano gravemente enfermo cuando salió de Inglaterra, acaso podria haber muerto, y entonces cualquiera escrito que se le dirigiese vendria á parar en manos poco fieles. En esta incertidumbre resolvió presentarse en la Corte, mas antes de darse á conocer en un sitio donde debia considerársele como extrangero, pensó en solicitar una audiencia secreta del rey.

Para esto dejó pasar algunos dias en cuyo tiempo buscó casa proporcionada donde alojar á su familia y á Laroche. Al acercarse un dia al palacio llamó extraordinariamente su atencion los preparativos que se estaban haciendo en un vasto campo contiguo al mismo edificio. Todo él estaba cercado de vallas con asientos en su alrededor. En el parage mas elevado se levantaba un estrado adornado con la mayor profusion, y en él se veía un trono cubierto con un gran dosel carmesí sostenido con cordones de oro. Mowbray estuvo mi-

rándolo todo un buen espacio de tiempo, y deseoso de saber la causa de semejante aparato se acercó á un page de armas, rogándole le explicase el objeto de aquellos preparativos, pues segun las señales se iba á celebrar un gran torneo que sin duda seria presidido por el mismo Rey.

—No, le contestó el escudero, y ya veo sois extrangero cuando ignorais la querella que da motivo á lo que veis. El Rey para decidirla ha ordenado un combate en campo cerrado, y mañana es el dia aplazado.

—Aprecio las noticias que me dais dijo Mowbray, porque en efecto soy extrangero. Me parece que los combatientes deben ser de bien alta gerarquía, y su querella de la mayor importancia.

—Á lo menos el nacimiento de ambos corresponde con su poder. Una dama jóven y bella es la principal de las partes: casi todo el mundo se declara por la justicia de su causa; sin embargo ya ha cumplido un mes que se hizo la proclamacion á su defensa, y aun no se ha presentado ningun campeon, porque dicen que el motivo de la contienda no merece la pena de exponer la vida, ó lo que es mas presumible que se teme dar mal ejemplo.

—Explicaos os ruego, si no lo llevais á mal.

— Es imposible que no hayais oido los nombres de las partes querellantes; la una es el baron De-Pointz, y la hija de Falcomberg la otra.

—¡El baron De-Pointz y la hija de Falcomberg! interrumpió Mowbray con una conmocion que no pudo ocultar; pero reponiéndose inmediatamente prosiguió con afectada indiferencia: Efectivamente; esos nombres no me son desconocidos: continuad.

—Con mucho gusto. El baron De-Pointz se casó con la heredera de Latimer no obstante la repugnancia con que ella se prestó á esta union. Parece, segun hoy declara, que antes de casarse exigió del baron se obligase por medio de un papel á dejarla en plena libertad de residir en el castillo de Latimer mientras ella gustase, y este papel, firmado por su esposo, se hizo en presencia del baron del Falcomberg y del prelado del convento de canónigos negros, situado en las inmediaciones del castillo, firmándolo igualmente ambos. El prelado ha muerto repentinamente hace ocho meses, y el baron de Falcomberg le ha se-

guido dos meses despues, quedando su hija por única heredera y albacea testamentaria de sus bienes. Se asegura que Falcomberg no vivia en la mejor inteligencia con su yerno, y lo comprueba el no hallarse escrito el nombre del baron De-Pointz ni una sola vez en el testamento. Pointz despues de la muerte de su suegro manifestó á la baronesa su voluntad de que fuese á vivir con él á los dominios de Normandía, lo que ella rehusó al principio con dulzura; pero viendo que su esposo unia á los ruegos las amenazas, hizo uso del papel presentándolo al Rey.

—¿Y que dice el baron De-Pointz? Trata de dar al contrato alguna interpretacion siniestra?

—No, pero le ataca de otro modo. Quiere persuadir que su contenido es una grosera impostura forjada por Falcomberg y su hija. Trata tambien de anular la validacion de la firma del difunto prelado, sosteniendo haberla comprado el baron de Falcomberg por medio de una crecida manda que hizo al monasterio antes de su muerte. Por último se remite á la conciencia de sus jueces y á la del Rey, alegando que él se ha casado para tener una compañera, y

que si ésta, por medio de tal documento le obligaba á estar subordinado en cierto modo á sus órdenes, se seguirian de ello enormes daños á la sociedad con esta separacion de intereses, y mucho mas con el mal ejemplo que de ello resultaria. El Rey encuentra en algun modo justas las razones del baron; pero por otra parte insiste en que se lleve á efecto lo estipulado en el papel que reclaman el honor y la justicia si realmente está firmado y consentido por Pointz. Sin embargo, deseoso de proceder con acierto en tan delicado asunto, y no queriendo ofender abiertamente al baron, ha decretado que un combate singular sea el que ventile esta contienda si se presentase algun campeon en defensa de la baronesa de Pointz.

Luego que el page de armas concluyó su razonamiento, Mowbray quedó pensativo por un rato, hasta que rompiendo en fin el silencio preguntó en poder de quien se hallaba depositado el papel.

—En el de un heraldo, que asegura haber visto mas de una vez la firma del baron de Falcomberg, y dice ser suya.

—¿Podré verle? No creais que es una vana curiosidad la que motiva mi pregun-

ta: acaso podré convenceros de su certeza al instante que la vea."

El page le estuvo mirando algun tiempo, y en seguida le llevó á la presencia del heraldo. Mowbray examinó el papel con la mas escrupulosa atencion; y despidiéndose del page se dirigió hácia su casa sin pensar entrar en palacio.

Su imaginacion se hallaba tan ocupada con lo que acababa de oir, que no pudo ocultar á su familia su turbacion. Habiéndole escuchado todos con muestras de la mayor sorpresa dijo María. "Es indudable que el deber de una muger casada es el de seguir á su esposo donde quiera que vaya; pero este mismo deber cesa desde el momento en que se trata de exigir de ella cosas contrarias á lo que la religion prescribe, y cuando el marido en vez de protector y amigo de la persona á quien se ha unido se convierte en desapiadado tirano. El contrato celebrado antes del matrimonio demuestra la desconfianza que inspiraba á la baronesa su futuro esposo; sus inútiles esfuerzos en llevarla á Normandía, es la prueba mas evidente de sus malas intenciones, y que su proyecto no es otro que el de ejercer con mas despotismo la autoridad

que el matrimonio le ha concedido sobre ella. La baronesa no tiene ningun hermano que pueda encargarse de su defensa, ni de lavar la mancha que se trata de imprimir al nombre de su padre por medio de tan falsa y horrible calumnia. Su casa ha sido la cuna de tu infancia; al baron de Falcomberg eres deudor de una educacion conveniente á tu ilustre nacimiento; y si los lazos de la sangre no te uniesen á él, la voz del honor y del reconocimiento te obligaría á que tomases satisfaccion de semejante ultrage.”

—¡Oh madre mia, mi noble y verdadera amiga! exclamó Mowbray enagenado de gozo: cuan dichoso me haceis. Yo pensaba consultaros mi determinacion, y vos os anticipais á mis deseos...... ¿Lloras, Coraly mia? dijo á ésta viendo sus lágrimas. Depon todo temor, pues confio que Dios me dará la fuerza necesaria para sostener su justicia y la causa de una muger desgraciada y oprimida.

—Coraly bajando tímidamente la vista respondió: si la suerte de las armas hiciese que la prenda de tu amor que llevo en mi seno tuviese la desgracia de no conocer á su padre ¿qué pena habrá comparable á la

mia? ¡Ay! ningun campeon reemplazará á un esposo adorado, primera y única eleccion de mi corazon, ni al padre de mi hijo.

Mowbray estrechó tiernamente á Coraly contra su pecho, enjugó las lágrimas que corrian por sus descoloridas mejillas, y la suplicó que no se inquietase por el resultado del combate, del que confiaba salir victorioso. María aseguró que por su parte no tenia ningun sobresalto, persuadida á que el cielo asi como infunde al justo el valor y fuerzas necesarias, tambien enfria y debilita el corazon y el brazo del malvado. Despues tratando de calmar el sobresalto de su hija añadió: "Jamas se dirá de tu esposo y mi hijo que criado en la casa del baron de Falcomberg fue tan cobarde y tan vil que consintió insultasen su memoria sin defenderle, ni menos que pudo ver con indiferencia condenada á su hija, á despecho de un convenio en que media la aprobacion y la firma de su marido.

Laroche apoyó el discurso de María, y como en otro tiempo habia sido soldado, se ofreció á seguir á Mowbray al palenque en clase de escudero. En fin, alentada Coraly por el valor de María, y asegurada

por las razones de su marido dió, aunque suspirando, su consentimiento.

Mowbray, que no esperaba que su familia aprobase con tanta facilidad el designio que desde luego habia formado de declararse por campeon de la heredera de Latimer, no cabia en sí de gozo al ver que los sentimientos de unas personas á quienes tanto amaba se uniformasen en estas circunstancias con los suyos.

CAPÍTULO XI.

Llegó por fin el dia aplazado para el combate, y estando ya el Rey sentado en su trono rodeado de los nobles y caballeros y lleno el circo de gentes de todas clases, se dejó oir de la parte de afuera un murmullo sordo, y á poco entró la baronesa de Pointz vestida de luto á causa de la muerte reciente de su padre sostenida por su confesor y Leval. Hizo al entrar una profunda reverencia al Rey, y al tiempo de ir á tomar el asiento mas inferior, Ricardo la obligó á que aceptase una silla

que se habia colocado al pie de su trono, é inclinando la cabeza hácia ella la exhortó en voz baja á que tuviera ánimo.

—No perdais las esperanzas, la dijo, y yo me avergonzaría si entre mis vasallos hubiese un caballero tan cortés que rehusara prestarse á defender la causa de una dama tan bella é interesante como vos. Pero si por desgracia sucediese así, la imposibilidad en que me encuentro de anular la autoridad que el baron tiene sobre vuestra persona, no me impedirá el limitársela en términos de hacerle temer el provocar mi enojo.

La baronesa se inclinó respetuosamente para darle las gracias. Un silencio universal reinaba en toda la asamblea, el que á poco fue interrumpido por los belicosos ecos de las trompetas, y en seguida se presentó en el palenque el baron De-Pointz montado sobre un brioso caballo, cubiertas las ancas y pecho de acero: traia puesta una magnífica armadura y la espada desnuda en la mano. El heraldo que le precedia, proclamó en su nombre que el papel presentado contra él por su esposa Cristabela, baronesa de Pointz y heredera de Latimer, autorizado con la firma del

baron de Falcomberg y del prelado de los canónigos negros en clase de testigos, era una falsedad impudente y maliciosamente inventada, para por este medio privarle á él de la autoridad que como dueño y señor legítimo tenia por la iglesia sobre su esposa; y que retaba á un combate á muerte á todo el que fuese tan osado que sostuviese lo contrario y tratara de apoyar que dicha su esposa persistiese en una desobediencia tan contraria á las leyes divinas y humanas. Concluida la proclamacion el heraldo arrojó el guante en señal del combate que el querellante estaba pronto á sustentar.

En seguida salió el baron del palenque, y apeándose del caballo, se acercó al Rey para rendirle pleito homenage. Despues prestó el juramento de costumbre, y se colocó en lo interior del circo esperando la llegada de algun campeon.

No tardó en oirse el eco de una trompeta en el lado opuesto, y en presentarse Laroche vestido de escudero, que adelantándose para tomar el guante declaró que su señor admitia el desafio. Detras venia Roberto de Mowbray montado en un caballo blanco enjaezado con guarniciones de terciopelo verde; sus armas eran negras y

traia la visera baja: al entrar en el circo gritó: *Dios se declara por la justicia.*

Luego que cumplió con las formalidades de estilo, se acercó á él el baron De-Pointz y mirándole con fiereza le dijo:

—Los valientes y nobles caballeros se presentan con el rostro descubierto: yo no he pretendido medir las armas ni manchar mi espada con la sangre de un espadachin, y creo que no puede ser un hombre de otra esfera el que hoy se presenta por mi antagonista.

—Aqui teneis uno respondió Mowbray, alzándose la visera, que aunque inferior en riquezas al baron De-Pointz, se envanece de ser mucho mas que su igual en punto á la lealtad y demas cualidades que ha heredado de sus mayores."

Pointz quedó inmóvil de sorpresa á esta vista inesperada pues creia que Mowbray habia muerto en Palestina. El Rey no quedó menos asombrado que él, y levantándose con precipitacion de su asiento exclamó:

—Apenas puedo creer lo que veo. ¿No es Roberto de Mowbray el que tengo presente?

—El mismo es, respondió éste doblan-

do una rodilla en tierra, el mismo es, mi muy bondoso señor, á quien el cielo ha traido aqui á tiempo para volver por el honor de su antiguo amigo y protector el baron de Falcomberg; y aquel que se atreva á afirmar que el papel es falso y que no es suya la firma que contiene, miente tres veces, lo que sostendré á pie ó á caballo en tanto que tenga aliento para manejar la espada y la lanza. Pérfidos impostores agriaron su ánimo contra mí; pero era muy noble y pundonoroso para envilecerse con una accion tan infame cual la que se supone.

—Mowbray, dijo Ricardo, tu venida me causa tanto placer, que desde ahora pido la revocacion del duelo. Me son de la mayor importancia las noticias que puedes comunicarme del estado de la Palestina.

—Señor, si yo muero, mi amigo Laroche os contará cuanto me ha sucedido en aquellos paises: ahora solo pido la gracia de no dilatar el combate.»

Á este tiempo volvió Mowbray la vista hácia la baronesa de Pointz, que á no sostenerla Leval, hubiera dado consigo en tierra: tenia los ojos inmóviles, los labios entreabiertos como para querer hablar;

pero su conmocion la habia embargado el uso de la voz, porque en cuanto vió á Mowbray perdió enteramente el conocimiento.

—Roberto de Mowbray, dijo el baron mirándole con un semblante en que estaba pintado su asombro; este tu proceder corresponde perfectamente con tu antigua conducta. No contento con haber tratado de seducir á la hija de tu bienhechor, vienes ahora á alentar la debilidad de mi muger para que siga en su obstinada desobediencia.

—La única accion que la baronesa puede haber cometido en su vida que tenga apariencias de debilidad es la de haberse unido contigo...... ¿pero á qué gastamos el tiempo en vanas cuestiones? Dignaos, Señor, dijo dirigiéndose á Ricardo, dar la señal del combate.»

El Rey estaba indeciso; pero habiendo vuelto á este tiempo la baronesa en su acuerdo se levantó y postrándose á sus pies le suplicó con el mayor encarecimiento mandase suspender el duelo, mediante á que cualquiera que fuese su resultado se hallaba en el caso de perder ó un marido ó un hermano, pues bajo esta considera-

cion habia mirado desde su infancia á Roberto. Yo me ofrezco gustosa á ser la víctima, añadió; y solo exijo que mi esposo se obligue en presencia de V. M. por medio de su firma á dejarme pasar tres meses al año en el castillo de Latimer; yo le prometo vivir los restantes donde fuere de su agrado.

—No, dijo Mowbray, de ninguna manera consentiré en la suspension que se pide: la baronesa de Pointz puede estipular por sí sola; pero yo no, que me presento aquí en nombre de mi protector el baron de Falcomberg, cuya sombra me llama desde el sepulcro en defensa de su honor ultrajado." . . . .

Viendo Ricardo que no habia medios de conciliacion, levantó á la baronesa, y á su pesar dió las órdenes convenientes al maestre del campo. Éste midió las armas de los combatientes, despues de lo cual montaron en sus caballos, bajaron las viseras y puestas las lanzas en el ristre esperaron la señal del combate. Apenas oyeron la trompeta, partieron el uno contra el otro como un rayo y con un furor que solo el odio mas implacable puede inspirar.

El baron De-Pointz era valiente y bastante diestro en el manejo de las armas;

pero carecia de la habilidad de su antagonista, quien al segundo choque le encontró con tanta fuerza que le derribó del caballo rompiéndole la lanza. Pointz se levantó prontamente y sin dar la menor señal de temor, sacó la espada diciendo á su contrario hiciese lo mismo si queria conservar la reputacion de valiente que acababa de usurparle. Mowbray demasiado celoso de su honor no dió tiempo á que se lo dijera segunda vez: echó pie á tierra con ligereza, y poniendo mano á su espada se acometieron á un mismo tiempo con extraordinario valor resueltos á morir ó vencer. Mowbray recibió dos heridas, una en la espalda y otra en un costado; mas como si la pérdida de la sangre solo hubiese servido para redoblar su furor, descargó sobre su adversario un golpe tan violento en la muñeca que le adormeció el brazo dejándole desarmado . . . .

—Ríndete vil calumniador y cobarde opresor de una muger desvalida, dijo Mowbray presentándole su espada al rostro; ríndete y confiesa tu mala fé ó eres muerto.

—Mátame, mátame exclamó Pointz enfurecido, no quiero recibir la vida de un hombre como tú. Mátame, repito, y haz

que un solo golpe deje libres, á tí de un rival incómodo y á la baronesa de un esposo aborrecido. ¿En qué te detienes cuando por este medio consigues casarte con la heredera de Latimer y apoderarte de mis bienes?"

Estas insultantes palabras exasperaron de tal modo á Mowbray, que hubiera puesto en ejecucion lo que Pointz le pedia; pero la baronesa que durante el combate habia tenido el rostro cubierto con ambas manos, dejó precipitadamente su asiento, y poniéndose entre los dos gritó á Mowbray: "Detente, yo te lo mando en nombre de la amistad que nos hemos profesado desde nuestros mas tiernos años. Pointz es mi esposo, es el padre de mi hijo; y no podré verle perecer á mi vista.

—¡Muger pérfida! dijo Pointz, ya que te manifiestas tan dispuesta á cumplir con tus deberes, ¿por qué rehusas seguirme á Normandía? Mas ya penetro la causa; sin duda sabias la venida de Mowbray y sus disposiciones, no solo á sostener tu desobediencia, sino acaso otro mayor delito.

—Milord, contestó la baronesa con dignidad, el cielo es testigo que he ignora-

do el regreso de Mowbray hasta el momento en que le he visto aqui.

—Mas hoy, repuso el baron lanzándola una mirada desdeñosa, ha venido á tiempo para socorrerte..... Aléjate de mi vista, no quiero perder el tiempo en hablar á una muger que ha deshonrado mi nombre...... Ánimo, Mowbray, prosiguió encarándose con este; corona tu feliz empresa, y sea mi muger el premio de tus trabajos: sus muchas riquezas servirán para indemnizarte de las pérdidas causadas en tus bienes por tus pródigos antepasados; y renaciendo como el Fenis de tus cenizas, serán el tronco de una nueva estirpe de herederos que sacarán tu nombre de la oscuridad en que ahora yace sepultado.

Ciego ya de furor Mowbray no pudo oir con paciencia tan reiterados insultos, y separando á la baronesa iba á traspasarle el pecho, mas ella deteniéndole el brazo le dijo: "perdónale por amor de mí....... Mowbray, yo te pido su vida: es una deuda que tú has contraido conmigo. He hecho mayor sacrificio por tí, y hoy exige el honor que me recompenses con otro.

—No comprendo el sentido de esas palabras, contestó Mowbray envainando su

espada; pero en el supuesto de que es necesaria su vida para vuestro reposo, consérvela en buen hora con tal que nunca se presente ante mi vista, pues desde hoy le declaro el odio y la enemistad mas irreconciliable."

Dichas estas palabras saludó á la baronesa que fue á ocupar su asiento, y al mismo tiempo salió Pointz del palenque apoyado en el brazo de su escudero.

El Rey ordenó á los de su comitiva desarmasen á Mowbray y que reconociesen sus heridas. Por fortuna eran tan leves que no le impidieron mudar de vestido y presentarse inmediatamente al Rey, quien le recibió con el mayor agrado.

—Seas muy bien venido, valiente Mowbray, dijo al verle: el cielo, á no dudarlo, ha concedido hoy la victoria á la buena causa. Admiro y apruebo á un tiempo la conducta que has observado con tu antagonista, y creo que luego que se le haya pasado el primer ímpetu de su enojo, se avergonzará de las injuriosas expresiones que su abatido orgullo le ha hecho proferir. Has vengado el honor de tu protector y defendido á su hija de una manera tan noble, que desde este punto te adopto por mi

hermano de armas y amigo, y exijo no te apartes de mi presencia sin que me refieras cuanto te haya sucedido en Palestina. La Reina mi madre tendrá el mayor gusto en verte, porque despues de la muerte de su esposo, la baronesa la ha revelado el motivo de queja que contra tí tuvo, y mas de una vez ha tributado á tu valor las alabanzas de que es digno y compadecido las desgracias á que él te ha conducido. La nobleza con que en esta ocasion te has manejado acrecentará la estimacion que ya te tiene, pues mira con el mayor interes cuanto concierne á la baronesa de Pointz."

Mowbray se postró á los pies del Rey para darle gracias por la merced que de él recibia, y reuniéndose con Laroche y los demas cortesanos de la comitiva entró en la habitacion de la Reina. La buena acogida que ésta le hizo justificó la promesa de Ricardo. Estaba acompañada de las principales damas de la Corte teniendo á su derecha á la baronesa de Pointz, á quien á causa de su extremada debilidad se la habia permitido tomar asiento delante de la Reina. Concluida la visita de ceremonia y no habiendo quedado otras personas que las de la confianza del Monarca

mandó éste á Mowbray le refiriese sus aventuras en la Siria. "Me parece, le dijo, que habrás padecido mucho, mas da gracias á Dios del fin de tus trabajos, y si el favor de Ricardo pudiese proporcionarte algun consuelo, cuenta seguramente con él pues hace tiempo que ya le tienes adquirido.

Mowbray dió de nuevo al Rey las gracias. Refirió el mal éxito de la batalla de que resultó su cautiverio, ensalzó las virtudes de María Lapole, y al llegar su casamiento con Coraly titubeó y aun se notó como que se avergonzaba de referir este acontecimiento, no obstante el tierno afecto que la profesaba, y de los elogios que de ella hizo, y que tan justamente merecia.

La baronesa le escuchó con el mayor interés y atencion, y estaba no menos conmovida que él; mas luego que hubo acabado su narracion se levantó, y acercándose á él dijo: "Mowbray, tus aventuras han aliviado mi corazon de un peso enorme y derramado en él un bálsamo saludable; tu casamiento le considero como una dicha que supera todas mis esperanzas, pues aleja las sospechas y la odiosa tacha de infamia que nuestros enemigos, aunque en va-

no, se esforzarian á imprimir en nuestros nombres.

—Yo hubiera querido señora, respondió Ricardo que Mowbray hubiese suprimido esta parte de sus aventuras. Necesito un compañero en mi expedicion á la Palestina, y una esposa jóven y bella es un lazo que sujeta el valor de un guerrero.

—Yo la tomo bajo mi proteccion, dijo entonces la Reina, y mi tranquilidad durante la ausencia de Ricardo será mas completa sabiendo lleva en su compañía un amigo tan noble y tan valiente cual Mowbray, de quien exijo que nos presente á su bella sarracena y á su madre para tener el gusto de conocerlas."

Despues de conferenciar sobre otros particulares Mowbray y Laroche se despidieron de la Reina, en cuya compañía quedó la baronesa. Al pasar por uno de los salones de palacio fue detenido por el respetable anciano Leval que le dió las pruebas mas evidentes del júbilo que experimentaba con su vista. Mowbray abrazó al buen Leval y retirándose con él á un lado hablaron con la familiaridad de dos amigos que por largo tiempo han estado separados. Leval escuchaba con el mas vivo interés cuanto tenia

relacion con su amo, á quien amaba mas que á la vida; y Mowbray por su parte trató de averiguar cuanto habia pasado en el castillo de Latimer despues de su ausencia. Le manifestó cuanta fue su sorpresa al saber la inesperada resolucion de Cristabela de unirse con el baron De-Pointz, habiéndole asegurado repetidas veces lo odioso que la era semejante enlace. "Yo conservo una carta suya, añadió, en que protesta que solo el *honor* y el *reconocimiento* han dirigido su conducta. Confieso que no alcanzo el origen de semejante deber, y que no puedo mirar estas expresiones sino como un pretesto para justificar una accion nacida de su inconstancia; y esto es tan seguro, como que el baron su padre me habia ofrecido no emplear al intento otros medios que los de la persuasion y los de la dulzura."

No pensando Leval en aquel momento mas que en defender á su ama dejó escapar el secreto que se habia obligado á guardar, y que causó en Mowbray el mismo efecto que el rayo. Entonces comprendió perfectamente el sentido de la carta de la baronesa, y sobre todo el de las palabras: *Yo he hecho mayor sacrificio por ti*, que pronun-

ció despues del combate. Este descubrimiento le afligió de tal manera que no podia perdonarse á sí mismo el que despues de hallarse sumida en el infortunio por su causa se hubiese atrevido á tacharla de inconstante, cuando por salvarle la vida habia arrostrado toda clase de penalidades.

Leval se arrepintió de su indiscrecion cuando vió la pena que con ella habia causado á Mowbray; pero notando éste que sus estremos hacian mas circunspecto al viejo mayordomo, trató de reprimirse y le hizo varias preguntas, con las que quiso darle á entender se habia disipado enteramente la impresion que le causó lo que acababa de saber. Sin embargo, las otras confianzas de Leval no contribuyeron á tranquilizar su espíritu. Le dijo que el baron De-Pointz era un tirano para todos los que dependian de él, y que cierto de que Cristabela se habia unido á él contra su voluntad, no dejaba ocasion de echárselo en rostro y de maltratarla, descargando con particularidad su odio contra los antiguos y favoritos vasallos de su esposa: que mas de una vez se habia separado del respeto que debia al baron su padre, quien conociendo aunque tarde su yerro habia

tratado de repararlo en lo posible, instituyendo á su hija por única y universal heredera, y suplicándola encarecidamente en su testamento que jamas se desprendiese del papel que la concedia la facultad de residir en el castillo de Latimer; único medio de limitar la autoridad de su tirano esposo y de librarla de sus malos tratamientos, lo cual solo habia servido para aumentar las desavenencias que reinaba en el matrimonio, llegando la cosa al extremo de exigir el baron que su esposa fuera con él á Normandía, quien intimidada con los reiterados insultos y amenazas no quiso contradecirle abiertamente, y valiéndose de su confesor habia dado noticia á la Reina de sus disgustos, de que resultó la órden de Ricardo, para que las armas decidiesen la contienda siempre que se presentase algun campeon en nombre de la baronesa. Últimamente le manifestó que conforme á las disposiciones del baron de Falcomberg encontraria su patrimonio muy mejorado, el cual le entregaria con algunas joyas que le habia legado como una prueba de su amistad.

Precisados á separarse por tener Leval que acompañar á su ama, Mowbray mar-

chó á su casa donde ya se sabia su victoria porque Laroche tuvo la precaucion de enviar anticipadamente la noticia. Coraly le recibió como si acabase de resucitar, le estrechó cariñosamente entre sus brazos, dando gracias á Dios por la especial proteccion que en aquel dia le habia dispensado.

El gozo de María era igual á la satisfaccion de su hija. Entregado Mowbray á los diferentes sentimientos que no manifestó en aquel momento se los confió algunos instantes despues á Laroche.

—Cuando reflexiono, dijo, la belleza, virtud y mérito de la heredera de Latimer, no puedo menos de mirarla como un ser sobrenatural, teniéndome por el mas desgraciado de los hombres en no haber podido unir mi suerte á la suya. Pero en el momento en que la hermosa é inocente Coraly me dirige una mirada risueña, y que con su sencillo y natural lenguaje despierta en mi alma el sentimiento del deber, reconozco toda mi ingratitud y cuán poco he merecido ser el depositario de tan angelical criatura.»

CAPÍTULO XII.

Al siguiente dia del combate recibió Mowbray una órden del Rey mandándole fuese á palacio inmediatamente. Obedeció sin dilacion, y supo por el mismo Ricardo su próxima partida para la Palestina y el honor que le dispensaba del mando del ejército. Las desgracias de Mowbray no habian entibiado su ardor guerrero, y aunque conocia todo el peso de las obligaciones que le imponian su deber y su amor, no pudo rehusar un cargo tan brillante; y despues de manifestar á Ricardo su reconocimiento ofreció hallarse pronto á seguirle cuando lo tuviera por conveniente.

Al entrar en su casa quedó maravillado de hallar entre sus criados á Leval; pero cesó su admiracion al saber que la baronesa de Pointz estaba en aquél momento con su madre y esposa. Al verla sentada en medio de ambas se sintió un poco embarazado; mas cuando observó la perfecta armonía que entre ellas reinaba se alegró

sobremanera y mas al enterarse que la visita de la baronesa era con el fin de anunciarles el distinguido puesto con que el Rey acababa de condecorarle, y á ofrecerles un asilo en el castillo de Latimer.

—Mi desavenencia con el baron, dijo, acabará con la vida, pues Leval le oyó la noche anterior ordenar á sus criados se hallasen dispuestos para marchar á Normandía. Mowbray, durante tu ausencia yo me encargaré de mirar por las personas que mas amas; á tu regreso nos separaremos, sin que por esto seamos extraños los unos para con los otros, pues no quiero dar el mas leve motivo á que se murmure sobre la pureza de nuestras intenciones."

Aunque esta última condicion no fuese del agrado de Mowbray tuvo que someterse á ella por conocer que no estaba destituida de fundamento. La complacencia que la baronesa manifestaba con la compañía de María y de su esposa, era un bálsamo consolador que el cielo derramaba en sus llagas. Las tres se horrorizaban al pensar en los peligros á que nuevamente iba á exponerse, pero veían que no era posible renunciar á los honores y confianza con que el Soberano le distinguia, y despues de

conferenciar largamente sobre el asunto la tierna y sensible María le hizo esta ligera observacion: "Hijo mio, nunca olvides en medio del furor de los combates que te hallas unido á Achmet por los lazos de la sangre, y que la religion y el deber te mandan mires por su vida."

Antes que el Rey saliese de Inglaterra la baronesa presentó en la Corte á Coraly, á quien la Reina hizo un benigno acogimiento colmándola de presentes. Su candor y su belleza causaron una general admiracion, y contribuyeron en gran manera á alejar toda sospecha de que Mowbray hubiese llevado miras poco honestas al declararse por campeon de la baronesa de Pointz.

La ausencia del nuevo general causó bastante afliccion á sus amigas, mas la baronesa y María hicieron todo lo posible por consolar á Coraly cuyo pesar no tenia límites. Á los pocos dias de este acontecimiento supo la baronesa que su esposo habia partido á Normandía donde pensaba establecerse para siempre, y sin demora se embarcó con sus amigas dirigiéndose á las costas de Durham.

Á medida que se aproximaban á la

parte septentrional de Inglaterra, todos sus pensamientos se concentraban en un solo objeto, y este era su hijo, de quien continuamente hablaba á María y Coraly con la mayor ternura, disfrutando de antemano la satisfaccion que gozaria cuando viese el adelantamiento que en sus gracias y estatura deberian haberse efectuado durante cuatro meses de ausencia. Ya les contaba sus inocentes juegos, refiriendo con placer las medias palabras que empezaba á pronunciar, y ya se les representaba echandola los bracitos al cuello ó alargando su graciosa boca para ofrecerla un beso.

Estos pensamientos y el ver que María soportaba las fatigas del viaje mejor de lo que su debilidad prometia, llenaban de regocijo á la baronesa y á Coraly. Luego que desembarcaron, y mientras que descansaban de las fatigas del mar, se adelantó Leval con algunos criados para poner el castillo en estado de recibir á su ama.

En todos tiempos el regreso de la baronesa á Latimer, aun despues de la mas corta ausencia, era un acontecimiento que llenaba de júbilo á sus vasallos; pero en esta ocasion todo cuanto veía á su alrededor indicaba lo contrario. Las puertas del

castillo estaban abiertas, y todos los criados fuera de él para recibirla; pero la tristeza que aparecia en sus semblantes la llenó de espanto, y no pudiendo contenerse exclamó:

—¿Dónde está mi Felipe? dónde se encuentra mi hijo? Por qué no le han traido á mi presencia? ¡Ah gran Dios! Ya penetro la causa de vuestra afliccion.... ha muerto..... le he perdido para siempre.

—No señora, respondió Leval, no mi querida ama, no ha muerto; goza de una completa salud, pero hace siete dias que unos vasallos de vuestro esposo, á cuya cabeza se hallaba él mismo, lo arrebataron de aquí á viva fuerza llevándoselo á una nave que estaba anclada en la rada.”

La baronesa no pudo resistir un golpe tan cruel, y antes que Leval acabase de hablar perdió el conocimiento, en cuyo estado permaneció por largo tiempo. Luego que volvió en su acuerdo pidió la llevasen á su estancia donde dió libre curso á sus lágrimas, y despues cayó en una especie de letargo al que se siguió una ardiente calentura que hizo temer durante algunas semanas por su vida. Coraly no la abandonó un momento en tan peligrosa situacion.

De dia y de noche á la cabecera de su cama, la suministraba con el mayor cariño las medicinas, mezclaba sus lágrimas con las suyas y dirigia al Ser supremo fervorosas súplicas por su total restablecimiento.

María, respetando el justo dolor de la baronesa, no la ofreció vanos consuelos que solo hubieran servido para aumentar sus penas. Aguardó que el tiempo consumase su obra para comunicarla un proyecto que habia concebido, y cuya ejecucion podia contribuir mucho á distraerla. Como por el esmero del baron de Falcomberg se habia aumentado considerablemente el patrimonio de Mowbray, en términos de asegurar á su esposa é hijos una decente subsistencia, resolvió emplear las riquezas que habia traido de Palestina en la fundacion de un convento de doce religiosas, para lo que quiso la baronesa contribuir por su parte con la mitad de los gastos. Á una corta distancia del castillo habia un monasterio de canónigos negros, en cuya inmediacion poseía la baronesa una casa grande é inhabitada que hizo componer, y consagrándola á la vírgen impuso una renta anual para la subsistencia de las religiosas.

En este tiempo Coraly dió á luz una niña, de quien fue madrina la baronesa. El triste recuerdo que aquella criatura despertó en su corazon fue causa de que la cobrase el mayor cariño. Esta niña es la que escribe las presentes memorias y no se olvida que habla de sus padres y amigos..... Las lágrimas que tan tiernas memorias arrancan de sus ojos borran las páginas de esta historia. . . . . . .

Cristabela de Mowbray llegó á ser el punto de reunion de los afectos de sus amigos. Coraly, su tierna madre, la alimentaba con la leche de sus pechos; y varias veces derramaba una lágrima sobre sus sonrosadas mejillas, rogando á Dios con el mayor fervor por la pronta vuelta de su esposo. El cariño de la baronesa era igual al de una madre, y á medida que iba creciendo y haciéndose mas sensible á sus caricias se disminuía su dolor siempre permanente, y pronunciaba con menos pena el nombre de su hijo.

María Lapole amaba á la niña entrañablemente; pero decidida á consagrar su vida á otros objetos mas sagrados, luego que estuvo concluido el monasterio, hizo saber á la baronesa y á Coraly estaba re-

suelta á pasar en él lo que la restaba de vida, y viendo que eran inútiles cuantas súplicas y medios emplearon para disuadirla de este intento consiguió la baronesa con su mucho crédito que fuese nombrada superiora de la casa teniendo la satisfaccion de ver á poco tiempo completo el número de las religiosas.

En esta época fue cuando John Leval con su muger é hijo vinieron de la parte del mediodia de Inglaterra donde hasta entonces habian residido. Se les retuvo en el castillo de Latimer, con el objeto de que John ayudase á su padre en la administracion del dominio, y Cicely para que cuidara de la niña Cristabela, en lugar de Malka que se habia encerrada con su ama en el monasterio.



CAPÍTULO XIII.

El Rey de Francia y Ricardo se avistaron en los confines de la Borgoña, donde renovaron sus tratados de amistad y de alianza durante la cruzada. El ejército combinado ascendia á cien mil combatientes, del que una parte se embarcó en Marsella, y la otra en Génova, habiéndole sido forzoso detenerse algunos meses en Mesina á causa de los vientos contrarios. Durante la permanencia en Sicilia Ricardo despachó un correo á su madre, el cual trajo tambien cartas de Mowbray para Maria y Coraly, participándoles el distinguido favor que disfrutaba con el monarca, y que de un dia á otro iban á seguir su rumbo á Palestina.

¡Ay! estas cartas fueron las últimas..... El valiente y en extremo desgraciado Roberto de Mowbray estaba condenado á perecer en una tierra extraña donde ningun amigo debia sostener su cuerpo moribundo, recoger su último aliento, ni consolar-

le en tan amargo trance..... Mi corazon se abate de nuevo con tan espantoso recuerdo..... Necesito suspender por un momento tan penosa relacion..

....

Apenas llegó el ejército á Palestina se puso sitio á Tolemaida, y despues de tomada esta ciudad fue cuando Felipe Augusto, agoviado por las enfermedades ó mas bien envidioso del valor y de la gloria de Ricardo, se restituyó á Europa sin pensar en el buen éxito de la expedicion, dejando en Siria solo diez mil hombres al mando del duque de Borgoña. Tolemaida resistió cuatro meses los ataques de los cruzados, y en la batalla que decidió la suerte de esta ciudad perecieron cuatrocientos sarracenos. Las dos alas del ejército inglés se vieron en la precision de replegarse; pero mi querido padre Roberto de Mowbray sostuvo valerosamente el centro y restableció el orden de batalla. Saladino estaba al frente de sus tropas; Achmet mandaba á sus órdenes. Ardiendo de furor se arrojaba en medio de los mayores peligros, buscando por todas partes á Roberto de Mowbray..... Laroche vió á su desdichado amigo rodeado de enemigos, pero estando muy

distante de él no pudo acudir á su socorro..... Pereció en este fatal combate..... ¿Quién duda que la mano vengativa de Achmet haya cortado el hilo de sus dias? ¡Ah! si mis sospechas fuesen ciertas ruego al cielo que jamas le pida cuenta de esta sangre que ha derramado..... Felizmente María Lapole y la viuda de Mowbray han ignorado esta circunstancia, pues Laroche ocultó con el mayor cuidado tan funesto accidente durante la vida de ambas.

Ricardo sacó de esta expedicion mas honor que ventajas efectivas: hizo un convenio con Saladino y se dispuso á salir de aquellos paises. Entre los artículos mas favorables para los cristianos, fue el de permitirles enterrar sus muertos y erigir una capilla en honor de san Juan, cerca del sitio donde reposaban sus cuerpos.

Las turbulencias suscitadas en Inglaterra, hacian cada vez mas necesaria la vuelta del Rey. Se embarcó con muy pocos de los suyos, y llegando á Ragusa tomó el camino de Alemania, en donde fue preso y retenido por espacio de quince meses á instigaciones de su hermano Juan. Laroche vino al fin con el ejército, y fue el triste portador de las noticias que

habia rehusado comunicar por escrito.

¡Ay!.... No puedo detenerme mas sobre este horrible asunto. No parece sino que la maldicion fulminada por el Altísimo contra los infieles, alcanza tambien á los inocentes parientes de Achmet..... Cristabela de Mowbray pedirá por el descanso de sus almas. Desde hoy pasará el resto de sus tristes dias al pie de los altares, á pesar de habérselo expresamente prohibido la baronesa; pero hay ciertos deberes que son superiores á toda consideracion mundana.

Las nuevas que trajo Laroche fueron la sentencia de muerte de la triste viuda de Mowbray, pues que desde entonces no hubo consuelo para ella: la baronesa, cuyo pesar se manifestaba por la palidez y alteracion de su semblante, hacia los mayores esfuerzos por ocultar su violencia, y dedicó enteramente sus cuidados á la conservacion de la viuda de su amigo y de la huérfana que habia dejado. En cuanto á María Lapole, bien fuese que su demasiada debilidad no pudiera resistir á tamaño golpe, ó que sucumbiera al efecto lento, pero siempre activo del veneno, solo sobrevivió á la noticia de la muerte de Mowbray dos meses. Poco antes de espirar

llamó á la baronesa y la recomendó la triste viuda, rogándola sirviese de guia á su inexperiencia, y de madre á la tierna Cristabela si tenia la desgracia de perder la suya...... Asi lo ofreció, y lo ha cumplido religiosamente. La ternura y maternales cuidados que ha prodigado á la hija de Mowbray no han sufrido la menor alteracion, y hasta la muerte de su bienhechora, ha encontrado en ella el cariño de aquellas personas cuya memoria excita continuamente sus lágrimas.

CAPÍTULO XIV.

La pérdida de María Lapole fue el último pesar que experimentó la viuda de Roberto de Mowbray. Un mes despues de este acontecimiento sus ojos se cerraron para siempre.

La baronesa fue la única amiga que quedó á Cristabela de Mowbray, y la primera vez que pronunció el tierno nombre de madre á ella fue á quien le dirigió.

Cuando la Reina supo el fallecimiento de los padres de Cristabela quiso llevársela consigo; mas la generosa baronesa rehusó admitir esta gracia, y la muerte del Rey ocurrida algunos años despues privó de todo apoyo á la huérfana, escepto del que tenia en el castillo de Latimer, en el cual ha pasado diez y ocho años, los primeros y los mas deliciosos de su vida, aunque alguna vez acibarados por la melancolía que continuamente observaba en su bienhechora. Las noticias que ésta recibia de su hijo, si bien correspondian con la idea que desde pequeño habia formado acerca de su persona y carácter no le servian de ningun consuelo: antes por el contrario sus penas se acrecentaban al verse separada de él, y muchas veces la he oido decir que sacrificaria gustosa todos sus bienes por solo gozar una hora de su presencia. Cuantas cartas escribió con este motivo al baron quedaron sin respuesta llevando la crueldad hasta el extremo de rehusarla un favor del que dependia toda la felicidad de su vida; al fin, ha muerto sin tener este consuelo. ¡Ah! Ya no vive la que con solo una ligera sonrisa constituia toda mi felicidad. Decia que mi ternura prolongaba su existencia......

¡Ay! lo repetia aun en el momento de espirar en mis brazos.................................

....

El respetable Leval descansa tambien en el sepulcro, y he sabido por Cicely que el baron De-Pointz no existe...... Recibo un pliego de su hijo...... ¿Por qué temblará mi mano y no tendrá fuerzas para abrirle? ¡Cuan lejos estoy de aborrecerle......! Diera gustosa mil vidas por poseer su amistad, porque en cuanto á sus bienes me bastan los que me ha dejado Roberto de Mowbray...

....

¡Dios mio! ¿qué haré? Laroche, por cuyos consejos debo arreglar mi conducta en lo sucesivo por encargo de la baronesa, se opone á mis deseos de abrazar el estado religioso...... No quiero honores que no me corresponden; jamas me espondré al desaire de que un hombre se desdeñe de recibirme por esposa, y mucho menos á que el baron De-Pointz me conceda este título únicamente por deferencia á las últimas intenciones de su madre...... No: nunca olvido que Mowbray es mi padre, y que Felipe es hijo del baron De-Pointz..............................

....

El baron rehusa entrar en la posesion del castillo de Latimer: yo hallaré medios de devolvérsele. ¡Ah! ¿por qué no seré yo su hermana? El hijo de la baronesa seria todo para mí en la tierra..............................
....

Mi corazon palpita, el valor me abandona. Dentro de algunas semanas Pointz llegará al castillo de Latimer..... Huyamos: quitemos pues de su vista á la que él acaso considera como el objeto de la predileccion de su madre, y aun como el origen de la desunion de los autores de sus dias..... . . . .

Solo cuento con un amigo: el piadoso y respetable Laroche...... Voy á buscarle, y quizas el cielo me conceda que disfrute al menos por algun tiempo de la apacible soledad del cláustro........................
....

Marcho á Santa María, único asilo que me conviene. Alli encontraré á Malka; hablaré con ella á menudo de mis padres; creeré oir su voz, y lloraré sobre sus sepulcros."..
....

Aqui concluia el manuscrito: Fitz Hugo lo leyó con el mayor interes, y rogó en

seguida á su amigo cumpliese la promesa de suplir lo que faltaba á las memorias, sin omitir cuanto le hubiese sucedido hasta el momento de su salida para la Palestina.

"Debes tener presente, dijo el baron cediendo á los deseos de Hugo, que estaba leyendo el manuscrito en la estancia que fue de mi madre. Habia empezado su lectura como á las nueve de la noche, y ya se acercaba el dia cuando le concluí. Mi cuerpo y mi espíritu estaban bastante abatidos, y sin embargo no tenia el menor deseo de entregarme al sueño. Todos los sucesos que acababa de leer se hallaban muy presentes en mi imaginacion, y esperaba el dia con ansia para adquirir nuevos pormenores; pues no queria despertar á ningun criado por solo el objeto de satisfacer mi excesiva curiosidad. En esta fluctuacion de ideas me recosté en el lecho, y no tarde en entregarme á un sueño profundo aunque agitado y de muy corta duracion. Mi espíritu conservaba el recuerdo de todo lo que mas impresion le habia hecho, casi del mismo modo que el espejo representa los objetos puestos delante de su superficie. En fin, el efecto que estas ideas produjeron en

mi imaginacion fue tan extraordinario que me avergonzaría de confesarlo á otro que no fuese á tí. Aquella lúgubre estancia y los tristes objetos de que estaba rodeado, se me presentaban aun en el sueño mezclados con las imágenes de las personas cuyas aventuras acababa de leer. De repente y en medio de las fantásticas ilusiones de mi turbada imaginacion me pareció que un hombre de una estatura gigantesca se presentaba á mi vista. Venia solo y armado de punta en blanco. Alzó la visera, y puedes figurarte cuál seria mi asombro al reconocer en aquel espectro las facciones de mi padre. Á la altivez que siempre se notaba en su semblante habia sustituido una languidez melancólica. Tomó el crucifijo que estaba encima de la mesa, le agitó con suavidad muchas veces sobre mi cabeza y despues se colocó al pie del lecho mirándome con ternura.

—¿Qué quereis señor? le dije: vuestro hijo siempre se halla dispuesto á obedeceros. Ordenad: solo quiere vivir para satisfacer vuestros deseos ó vengar los agravios que os hubieren hecho.

—Solo á Dios está reservado el castigo de las injurias, respondió con voz sepul-

cral y firme. Tu destino te llama á Palestina. Vé, corre sin detenerte, y haz que mi alma goce del descanso porque suspira."

Al decir estas palabras agitó de nuevo el crucifijo sobre mi cabeza, y dejándole despues en la mesa se alejó pausadamente hasta desaparecer de mi vista antes que yo tuviese tiempo de responderle.

Esta vision causó en mí tal efecto que desperté sobresaltado y con un sentimiento de terror, que me haria despreciable aun á mí mismo si juzgase que un simple mortal fuera capaz de inspirarme otro semejante al que experimenté entonces.

La luz del dia penetró bien pronto en mi estancia, y unos cuantos minutos bastaron para no dejarme de aquel sobresalto mas que el recuerdo, que siempre tengo grabado en la memoria; y desde entonces hice voto de emprender lo mas pronto que me fuese posible la peregrinacion para la Tierra Santa.

Aquel mismo dia Cicely excitó de nuevo mi curiosidad diciéndome que Laroche, que tanto figuraba en el manuscrito vivia en la actualidad en el monasterio de los Canónigos negros, bajo el nombre del padre Jacobo, en cuya órden habia profesado

un año despues de la muerte de Mowbray, á quien amaba sinceramente. Me dijo tambien que tendria como unos sesenta años, y que sus facultades mentales se hallaban aun muy expeditas. . . .

Las primeras horas de aquella mañana las ocupé en tomar otros informes de Cicely, tanto respecto de ella como de su familia y de su marido Leval. Éste habia sucedido á su padre en la intendencia del castillo, aunque entonces se hallaba ausente á unas ciento y cincuenta millas, visitando una pequeña propiedad dependiente del dominio de Mowbray que la jóven Cristabela le habia legado por su testamento, á la cual habia ido solo con su hija antes de la llegada de mi último correo, por cuya circunstancia esperaba le disimulase esta aparente falta de respeto hácia mí.

Cicely me referia estos pormenores durante el desayuno; apenas le hube concluido entró un criado diciendo acababa de llegar el canónigo Jacobo al castillo, solicitando el permiso de presentar sus respetos al hijo de su difunta amiga la baronesa de Pointz.

Mandé le hiciesen entrar sin dilacion, y Cicely se retiró para dejarme solo con él.

CAPÍTULO XV.

Aunque el título de amigo de Mowbray no fuese una poderosa recomendacion para un hijo del baron De-Pointz no podia escusarme de recibir al canónigo y agradecerle su atencion. Era de bastante estatura, aunque un poco encorbado por la edad y los trabajos. Su rostro todavia bastante fresco expresaba un inagotable fondo de piedad y resignacion ; y los blancos y pocos cabellos que caian sobre sus mejillas, daban á su figura un aspecto mucho mas venerable.

—"Loado sea Dios, hijo mio, exclamó al entrar, pues debeis mirar como un puerto el mas seguro el castillo de Latimer. ¡ Ah ! ojalá que vuestra madre desde la region celeste donde sin duda habita dirija sus miradas á este sitio, para que disfrute de la satisfaccion de ver bajo el techo de sus antepasados al hijo á quien tanto amaba.

—Padre mio, le repliqué, agradezco vuestra cortesía y el interes que manifestais por mí ; pero seguramente hubiera deseado que

vuestros labios pronunciasen otra felicitacion que la de mi llegada á este castillo, pues no fue á mí á quien mi madre le destinó. Yo he heredado cuantos bienes puedo desear, y nunca ha entrado en mi corazon la envidia ni el menor deseo de despojar á la hija de Mowbray de una propiedad que no necesito."

El principio de esta conversacion me llevaba naturalmente á hablar de Cristabela, y hacer varias preguntas á Laroche sobre un artículo del manuscrito que mas habia llamado mi atencion.

—Es verdad, le dije, que mi madre deseó con ansia unirme por medio de un lazo indisoluble á la hija de Mowbray?

—Nada es mas cierto, contestó, y aun añadiré, que si semejante proyecto se hubiese verificado habria sido un manantial de felicidad para vos.

—Sin duda ninguna, repliqué, con una sonrisa que no fui dueño de contener, si yo hubiese amado á su ahijada, lo que me pareoe algo dudoso.

—De ningun modo si vuestro corazon hubiera estado libre. Á pesar de ser tan jóven ya habia desechado á muchos nobles de las primeras familias de Inglaterra

y de Escocia que solicitaron su mano antes que ella poseyese el dominio de Latimer. Vos habeis leido sus memorias; pero lo que ellas no manifiestan y yo os puedo asegurar es, que Cristabela reunia la belleza de Coraly al valor de Mowbray y á la virtud de María Lapole. La muerte de la baronesa, á la verdad ha debilitado sus fuerzas, y su pesar ha tomado mas incremento con los mismos medios empleados por su bienhechora para asegurar su independencia. Siempre creyó que no se hallaba con derecho para aceptar la herencia de Latimer; pero otra inquietud oprímia aun mas su corazon. La baronesa la habia confiado el contenido de una carta dirigida á su esposo, en la cual le manifestaba los deseos que tenia de proporcionar una entrevista á sus hijos (pues asi es como os llamaba) y verlos casados, lo que hubiera puesto el colmo á su dicha. Esta confianza hirió el pudor y la altivez de Cristabela. Disculpaba á vuestra madre, la agradecia al propio tiempo el sentimiento que la animaba de estrechar mas y mas los vínculos que la unian á ella; pero desde aquel momento temió vuestra llegada, y esta circunstancia es la que principal-

mente ha influido en su perseverancia de querer retirarse del mundo.»

El buen anciano estaba vivamente conmovido al hablarme de esta manera. Yo le respondí, que la carta que trataba de mi union con Cristabela debió de haberse extraviado, puesto que no se encontraba entre los papeles de mi padre.

El rostro venerable de Laroche, sus palabras, y sobre todo el afecto que profesaba á mi difunta madre fueron borrando insensiblemente la impresion nada favorable que su llegada me habia inspirado. Poco á poco le fui cobrando inclinacion, y no tardé en recurrir á su prudencia para pedirle consejos en vez de instruirme de los particulares que queria saber dé él. Le hablé de mi posicion, de mis designios y de la peregrinacion que iba á emprender á la Palestina. El nuevo estado de Laroche no habia cambiado en nada sus sentimientos. El celo por la Religion estaba unido en su alma con el que profesaba á sus amigos. Me rogó en nombre de mi madre renunciase á un proyecto que podria envolverme en un cúmulo de desgracias inevitables: me recordó el ejemplo de Mowbray, é hizo cuanto pudo pa-

ra disuadirme de mi intento; pero yo me mantuve firme. Solo acepté sus ofertas de servirme, y le di palabra de escribirle caso que mi situacion en aquellos remotos paises fuese tan crítica y embarazosa que tuviera necesidad de que me enviase dinero, lo que debia verificar por un conducto seguro y pronto.

Antes de mi partida regalé algunos vasos de oro y plata al convento de los Agustinos y al de Santa María. Hice conserge del castillo á Cicely; y á su marido, no obstante que aun no le habia visto, le confié la administracion del dominio de Latimer en virtud de la recomendacion de Laroche. Permanecí aun quince dias en Latimer, en los cuales visité diariamente el convento. En fin me alejé de aquellos sitios con una pena de que Laroche no tuvo la menor parte. Llevé conmigo las Memorias de Cristabela, y fui á las tierras de mi padre y del baron de Falcomberg para arreglarlo todo antes de mi larga ausencia. De alli me dirigí á Oxford, donde el Rey estaba con su corte, y supe que los cruzados solo esperaban para marchar se completase el número de caballeros y soldados necesarios para la expedicion.

Hice inscribir mi nombre en la lista de los caballeros, y contribuir con cien marcos para subvenir á los gastos de la empresa. En Francia es donde hemos reclutado la mayor parte de los peregrinos dispuestos á aprovecharse de nuestra escolta. Alli es donde te has reunido tambien á nosotros, y alli ha principiado á hallar algun consuelo el disgusto inseparable de un viaje tan largo con la compañía de mi mejor amigo."

La llegada de muchos caballeros interrumpió la conversacion. Venian á saber el parecer de Pointz sobre la partida de Sicilia: el viento era favorable y todo estaba dispuesto. Pointz manifestó su disposicion á seguirles cuando lo juzgasen á propósito; y en su consecuencia se dieron priesa á tomar algunas medidas relativas á la expedicion, y se acordó salir de la isla al dia siguiente.



CAPÍTULO XVI.

Embarcados los soldados y peregrinos, y aprovechándose de un viento fresco se dieron los navíos á la vela, y despues de una feliz travesía desembarcaron en Palestina sin ningun obstáculo. Despues de algunos dias de descanso emprendieron la marcha hácia Acre, hasta que encontrando los gefes un sitio acomodado para acamparse hicieron alto, con el objeto de que se restableciesen los enfermos, cuyo número se aumentaba diariamente á causa de la fatiga del camino y mudanza del clima.

En tanto que se armaban las tiendas, Pointz examinó su equipage y con sumo pesar echó de ver que la cartera donde guardaba el manuscrito de Cristabela, que él mismo habia colocado en la acémila, habia desaparecido.

Inquieto por esta pérdida determinó emplear en su busca todos los medios posibles pues eran para él de mucho valor las particularidades contenidas en las memo-

rias sobre la historia de su familia. En esta virtud, y siguiendo el consejo de Fitz Hugo, hizo pregonar en todo el campo que si alguna persona habia encontrado unos pergaminos manuscritos los entregase al baron De-Pointz, quien daria cinco marcos por el hallazgo, suma bastante considerable para excitar la codicia de las tres cuartas partes de los peregrinos.

El anuncio no produjo efecto alguno por el pronto. El baron estaba sumamente inquieto, y Fitz Hugo trataba de tranquilizar á su amigo, no obstante que conocia cuan fundado era su desasosiego, hasta que Gregorio, el criado que Pointz habia llevado consigo desde Normandía, entró en la tienda en compañía de un peregrino llamado Jonás, el cual dijo que él habia encontrado los pergaminos, pero que no sabiendo leer ni escribir ni juzgándolos de ningun valor, los habia vendido por un marco al peregrino llamado el *Altivo.*

—¡El *Altivo!* repitió Pointz con aire de curiosidad.

—Sí, Milord, ó el Moreno pues que con estos dos nombres es igualmente conocido. En Sicilia las mugeres que venian al campamento le llamaban el lindo peregrino.

—Yo le conozco, dijo Gregorio. Ese es *Beltran de la Cruz*, llamado asi á causa de la de ébano que siempre lleva pendiente de su cuello.''

Dicho esto salió de la tienda, y una hora despues volvió con dos jóvenes apenas entrados en la edad de la pubertad, de los cuales Jonás reconoció al mayor por aquel á quien habia vendido el manuscrito. El baron, á pesar de su impaciencia por recobrar el manuscrito, no pudo menos de echar una mirada curiosa y rápida sobre los dos peregrinos. El poseedor de la cartera fue el que principalmente llamó su atencion. Su elegante estatura, su aire distinguido, la perfeccion y la regularidad de sus facciones llamaban desde luego la atencion de todo el que le miraba. Sus ojos y cabellos que caian ensortijados sobre las cejas, eran análogos á su color moreno, y el fuego que lanzaban sus miradas era semejante al que se ve brillar en el firmamento durante la oscuridad de la noche. La figura de Alan su compañero, era sumamente interesante. Hubiera pasado por una de las mas bellas si Beltran no hubiese estado presente para poder hacerla objeto de comparacion.

Vuelto el baron de su primera sorprese se dirigió á Beltran, y le preguntó por qué no le habia llevado la cartera luego que oyó pregonar su pérdida.

— No lo he oido, respondió, porque estaba durmiendo en aquel instante. Mi primo Alan me instruyó de ella apenas desperté, y cuando me disponia á venir á entregárosla llegó vuestro criado."

Diciendo esto Beltran le entregó el manuscrito. Pointz le examinó y reconoció que estaba intacto. "Amigo mio, le dijo, presentándole los cinco marcos, ahí tienes la recompensa ofrecida, y si me aseguras que no has leido lo que contiene este manuscrito, cuenta desde luego con otra tanta cantidad."

— Por nada en el mundo me obligaré á decir una mentira: sí Milord, le he leido. ¿En mi lugar no habrias hecho vos lo mismo?

— Beltran aprecio tu franqueza, y si siento que la casualidad te haya instruido de los secretos de mi familia, al menos tu conducta me tranquiliza, pues considero no tengo que temer ninguna indiscrecion de tu parte.

— ¿Quereis que lo jure?

—No: los juramentos no contienen á aquel que no se cree bastante ligado por sola su palabra. Estoy satisfecho de la tuya.

—Jamás os arrepentireis de esta demostracion de confianza.

—Asi lo creo: toma los diez marcos ofrecidos, y si acaso te vieses en algun apuro, acuérdate que Pointz es siempre deudor tuyo.

—Milord, yo no soy un mercenario. Mi mayor recompensa es la de haberos prestado un servicio al que parece dais tanta importancia."

Cada palabra de Beltran redoblaba la admiracion del baron. Le hizo muchas preguntas relativas á su pais y familia, y supo era inglés, huérfano y que estaba bajo la tutela de uno de sus primos, padre de Alan.

"¿Y qué motivo, le preguntó Fitz Hugo, os ha obligado á venir á la Palestina en una edad tan tierna?

—Un deber del cual no podia dispensarme, respondió, y si fuese preciso emprenderia este viage diez veces para cumplirle."

La conversacion se prolongó hasta cerca de la noche, en cuyo tiempo avisaron á

De-Pointz que un peregrino pedia permiso para entrar: este era Maynard el primo de quien Beltran acababa de hablar. Inquieto por la larga ausencia de los dos jóvenes venia á saber el motivo de su tardanza.

La respetable fisonomía del peregrino agradó desde luego al baron: su edad al parecer era de sesenta años, y en su conversacion se descubria un talento y unos conocimientos nada vulgares; pero lo que contribuía á hacerle mas apreciable era la modestia que se advertia en todos sus discursos. Obligado por las vivas instancias del baron aceptó el convite que le hizo para que le acompañase á cenar con los dos jóvenes; y Pointz durante el banquete trató á los huéspedes sin la menor etiqueta, é hizo cuanto pudo para que olvidasen la superioridad de su clase, lo que consiguió con respecto á Maynard y Alan, mas no asi con Beltran, pues parecia no haber advertido sus intenciones. Al contrario, en vez de dar muestras de inferioridad se advertia en todos sus movimientos que lejos de creerse honrado por la buena acogida que se le hacia, estaba persuadido á que su presencia debia necesariamente agradar en todas partes, observacion que no se ocultó

á De-Pointz. Las ideas que de ella renacieron en su imaginacion, junto con su gratitud hácia Beltran y al interés que le inspiraba Maynard, le determinaron en el momento en que éste se despidió de él á suplicarle le aguardase en su tienda al dia siguiente muy de mañana.

Á la hora indicada fue en busca del anciano peregrino, esperando adquirir algunas luces sobre su situacion, y obligarle á aceptar sus socorros y proteccion si podian serle útiles. Pero Maynard, sin responder claramente á las preguntas del baron, procuró evitar toda contestacion indiscreta y rehusó con urbanidad los ofrecimientos que le hizo. "Creo, añadió, que el dinero que traemos sea suficiente para acudir á los gastos que puedan ofrecérsenos hasta nuestra vuelta."

Al cabo de tres dias de descanso, con los que los débiles y enfermos habian logrado reanimar sus fuerzas, se dió la órden de levantar el campo y de proseguir la marcha. Hicieron alto cerca del sitio en que Ricardo Corazon de Leon habia obtenido permiso de erigir una capilla para celebrar los sufragios par las almas de los cristianos muertos en la Palestina, la que estaba ser-

vida por doce sacerdotes con autorizacion del Soldan. Habiendo visto aquella noche Fitz Hugo á su amigo sumamente agitado trató de distraerle de sus reflexiones, y le propuso saliese á pasearse con él alrededor del campo. No tardaron en llegar á la capilla de san Juan de la que vieron salir á muchos peregrinos de rezar sus devociones, entre los que conoció á Beltran y sus amigos. Á este tiempo pasó cerca de él un soldado con una antorcha encendida en la mano, é hiriendo de lleno la luz en el rostro de Beltran, quedó extrañamente sorprendido al notar su languidez y abatimiento. Se acercó á él, y enlazando su brazo con el del jóven, iba á dirigirle la palabra, cuando sintió su mano mojada con sus lágrimas.

—¿Cuál es la causa de tu pesar amigo mio? le dijo. Háblame con franqueza pues sabes lo que deseo darte pruebas de mi estimacion. ¿Por qué late tu corazon con tal violencia?

—El baron De-Pointz tiene derecho á mi mas tierno afecto y gratitud, respondió el jóven en voz baja, é interrumpida con los sollozos; pero le suplico me escuse por ahora no responda á sus preguntas.

Esta noche no soy dueño de mí mismo: deseo tomar algun descanso, y mañana le expresaré mejor mis sentimientos.”

El baron no insistió en sus preguntas; se despidió de Beltran proponiéndose verle á menudo, y volvió á su tienda con Fitz Hugo.

CAPÍTULO XVII.

Al amanecer del dia siguiente el baron salió solò de su tienda, y se dirigió hácia la capilla de san Juan. Se dió á conocer á los religiosos, quienes le recibieron con la atencion y respetos debidos á su clase.

— Padres mios, les dijo, en vuestra presencia teneis un pecador que quiere borrar sus faltas por medio de una accion meritoria á los ojos de Dios. Vengo á traeros mi ofrenda y á fundar una memoria para que se celebren misas por el descanso de lòs defensores de la fé que han perecido en Palestina, y señaladamente por el de Roberto de Mowbray, sin otra condi-

cion que la de ocultar cuidadosamente el nombre del fundador de esta memoria.»

Al concluir este discurso entregó el valor de doscientos marcos en dinero y alhajas. «Ahora, añadió, os ruego satisfagais mi curiosidad con respecto á un individuo de este pais, aunque dudo pueda adquirir las noticias que deseo, á causa del absoluto retiro en que vivís. La persona de quien se trata se llama Achmet, favorito del último Soldan, y que egercia un gran poder en el imperio. Se halló en la batalla que se dió delante de Acre hace diez y nueve años.

—Hijo mio, respondió el mas anciano de los religiosos; nosotros evitamos cuanto nos es posible toda especie de comunicacion con los sarracenos, los cuales no tendrian el menor escrúpulo en inmolarnos á su rabia á pesar del tratado que nos autoriza á permanecer aquí, si no les contuviese el temor del resentimiento de toda la cristiandad. Ya podeis inferir por esto cuan poco instruidos nos hallaremos en todo lo que concierne á ellos; sin embargo Achmet no nos es desconocido, y siempre hemos oido hablar de él como del enemigo mas encarnizado de nuestra religion. Hace cerca de dos años que ha muerto, dejando dos

hijos que pasan por los mas ricos de toda la Siria. Esto es cuanto sabemos.

Pointz dió gracias á los religiosos y ofreció al retirarse volver al dia siguiente.

Al atravesar el campamento divisó la tienda de Maynard. Ya estaba próximo á ella y se disponia á entrar; pero se detuvo al oir los suaves ecos de un laud, al que acompañaba una voz melodiosa entonando un himno á la Vírgen. Los dulces sonidos del instrumento y la religiosa uncion de que parecia hallarse penetrado el que cantaba, enagenaron de tal manera al baron De-Pointz que se mantuvo fuera de la tienda hasta que hubo cesado la música. Entonces llamó en voz alta á Maynard, quien salió á recibirle manifestando su gratitud por el honor que le dispensaba. El baron preguntó con el mayor interés por Beltran, entró en la tienda con la familiaridad de un antiguo amigo y encontró á los dos jóvenes peregrinos sentados delante de una mesa, en la cual acababan de tomar un frugal desayuno. Beltran tenia junto á sí el laud cuyos encantadores sonidos habian [illegible] tanto al baron.

[illegible]os dos jóvenes se pusieron en pie á su llegada. Vió con satisfaccion que el ros-

tro de Beltran habia recuperado una parte de su color ordinario, y supo se hallaba mas restablecido. Al examinar cuidadosamente la tienda observó que estaba provista de tantas comodidades como la suya, aunque con mas modestia y sencillez: un espeso tapiz que la dividia en dos, hacia la estancia aun mas cómoda.

—Yo no sé, dijo el baron dirigiéndose á Maynard, si es á vuestro hijo ó á Beltran á quien soy deudor del placer que acabo de disfrutar. Confieso que no he podido menos de detenerme para escuchar la música mas encantadora que jamas ha penetrado en mis oidos.

—Uno y otro cantan y se acompañan con el laud, respondió Maynard, mas ahora solo Beltran es quien os ha proporcionado un rato tan agradable.

—¡Qué lastima que deba perder cuando llegue á mas edad una voz tan encantadora que penetra hasta lo íntimo del corazon!

Al decir estas palabras los ojos del baron se encontraron con los de Beltran, cuyo modesto sonrosado se dejó ver á través del color moreno de su rostro.

—Canto rara vez, respondió mas no pensaba esta mañana en otra cos cerca en

aliviar mi alma del peso que la oprime."

La presencia de Maynard y de Alan contuvieron al baron para tratar de averiguar el sentido de esta última frase. Mudó de conversacion y le preguntó si pensaba asistir á los oficios que debian celebrarse aquella tarde en la capilla.

—Si Milord, replicó Beltran; la religion siempre fortifica mi alma en las penas á que algunas veces me veo entregado. Ademas tengo el encargo de cumplir un voto, y me reputaria por muy feliz si quisierais ayudarme á desempeñarle.

El baron lo prometió y se retiró un momento despues. De vuelta á su tienda refirió á Fitz Hugo cuanto habia pasado en la tienda de Maynard, callándole el donativo hecho á los religiosos de san Juan.

Luego que todo estuvo preparado soldados y peregrinos se dirigieron hácia la capilla en procesion solemne, llevando á su frente las banderas de la cruz. Cerca de ellas iban los gefes de la expedicion armados de punta en blanco, entre los cuales se hallaba el baron De-Pointz; y detras los caballeros y soldados. Estos, vestidos de blanco y con su cruz roja en el pecho, traian la espada desnuda; y los peregrinos

cubiertos de una larga túnica cenicienta, llevando cada uno su cruz de un valor proporcionado á sus medios cerraban la marcha, caminando con los ojos clavados en tierra, y casi cubierto el rostro con unos grandes sombreros. Asi que el baron vió á Beltran le suplicó por medio de un criado se sirviese venir á su lado. El jóven obedeció, y colocándole á su derecha le dijo: "Ahora que estoy á tus órdenes puedes mandarme cuanto fuere de tu agrado." Beltran no respondió; pero al llegar á la capilla, en la que le fue preciso como á los peregrinos y soldados descubrirse la cabeza, el baron percibió su grande agitacion; la cual no solo le impedia la facultad de hablar sino que aun estuvo á punto de caer en tierra á no haberse sostenido en un pilar de la iglesia. Poco á poco fue cobrando aliento, y antes de concluirse la ceremonia habia recuperado ya enteramente las fuerzas. Sus ojos se fueron animando por grados, y el color del coral remplazó á la palidez de sus labios.

—Gracias al cielo, dijo, mi debilidad se ha desvanecido; mi corazon me sostiene y me dará el valor necesario para cumplir con la mision de que estoy encargado. Mi-

lord, añadió al ver salir la gente de la capilla, hacedme el gusto de quedaros aquí hasta que todos se hayan retirado. Me habeis prometido vuestros servicios, y yo los reclamo en este momento."

El baron quedó sorprendido al oir este discurso; pero resuelto á otorgarle cuanto le pidiese esperó silencioso á que los peregrinos estuviesen fuera de la capilla, donde permaneció con algunos de sus vasallos, Maynard y su hijo.

Aun permanecian los sacerdotes en el altar. Alan presentó á Beltran un incensario de oro que llevaba oculto debajo del ropon, cuyo trabajo admirable realzaba aun mucho mas su valor: de cada una de sus asas salia una cadena del mismo metal. "Milord, dijo Beltran tomando el incensario y presentándole una de sus cadenas, dignaos acompañarme á llevar al altar esta ofrenda hecha por la persona que mas he amado en este mundo, y en cuyo nombre vengo á depositarla á los pies del santo patrono de este sitio. Si logro volver á mi patria alli os instruiré mas por extenso de todo: basteos saber por ahora que la compañía de uno de los primeros gefes de los cristianos me inspirará mayor confianza, y

aumentará el valor de este presente á los ojos de los venerables servidores de esta capilla.”

El baron tomó la cadena, y acercándose con Beltran al altar, ambos se incaron de rodillas.

—Padres mios, les dijo el peregrino, recibid este donativo: es un legado hecho á vuestra capilla, y yo estaba bien distante de creer fuese el encargado de la honrosa comision de traerosle.

—Espíritu bienaventurado, continuó con energía levantando la voz y los ojos al cielo: ojalá puedas contemplar por un momento una escena tan superior á tus esperanzas y las mias, y que demuestra hasta la evidencia la proteccion del cielo y su aprobacion.

En seguida volviéndose hácia el baron le dijo: “Milord, ayudadme á presentar esta ofrenda: mi mano tiembla de placer no de debilidad.

Pointz se apresuró á obedecerle. Luego que el ministro tomó el incensario, Beltran arrebatado de un piadoso entusiasmo exclamó: “quiera el cielo, pura y celestial criatura, que de este modo se cumplan todos tus deseos, y conceder el reposo nece-

sario al donador y á los encargados de tus últimas voluntades."

El tono solemne de Beltran inspiró tal respeto al baron, que no pudo menos de mirarle con sorpresa y admiracion.

—Los santos nos oyen con benignidad, prosiguió el jóven apretándole la mano: unios á mí, Milord, orad por mis amigos, yo oraré por los vuestros, pues quiero al pie de los altares y en presencia del Eterno juraros una amistad eterna é inviolable.

A estas palabras llevó á sus labios la cruz de ébano, y despues de besarla con fervor la presentó al baron.

—Acepto tu oferta, jóven incomprensible y extraordinario le respondió besando la cruz. No obstante mi juventud me ofrezco á ser tu guia en el sendero del honor, pues me considero desde este momento como tu hermano mayor.

—Que el cielo ratifique vuestros votos y juramentos, dijo el anciano religioso que estaba junto al altar, y os colme á los dos de bendiciones."

Concluida esta ceremonia el baron y Beltran se levantaron y salieron de la capilla con las pocas personas que habian quedado en su compañía.

Pointz estaba impaciente por ver á Fitz Hugo para referirle una escena tan singular. Le halló con efecto en su tienda, y despues de haberle sorprendido con la relacion de las circunstancias que mas habian llamado su atencion, le dijo Hugo.

—La conducta de Beltran me parece un enigma inexplicable. Su aparente respeto hácia el anciano Maynard no me alucina, y á pesar de la amistad y franqueza con que trata á Alan, he observado que ambos miran á este jóven como á un superior y que en todas ocasiones reciben órdenes suyas; de donde sospecho que es mucho mas rico de lo que él quiere aparentar, y que solo por un efecto de la efervescencia de su edad ha emprendido la peregrinacion á la Tierra Santa.

—Sea de ello lo que quiera, respondió Pointz, lo cierto es que con dificultad se encontrará en otra persona mayor fondo de prudencia y de piedad, y que se ven en él cosas que exceden á lo que debiera esperarse de tan corta edad. En cuanto á su persona, sino fuera por el color excesivamente moreno de su rostro, puedo asegurar que no he visto otra tan perfecta: su talle, cabellos, ojos, todo en él es de una

belleza admirable, á lo que debe agregarse un talento cultivado con el mayor esmero, y una conversacion tan seductora, que harian buscar con ansia su amistad aun cuando estuviese privado de todas las otras cualidades puramente exteriores."

En fin, la conducta y la situacion de Beltran sirvieron de pábulo á la conversacion de los dos amigos hasta el momento en que se separaron para acostarse.

CAPÍTULO XVIII.

Al dia siguiente los cruzados levantaron el campo y se pusieron en marcha hácia Jerusalen. Caminaron una parte del dia sin ningun accidente; pero á cosa de las tres de la tarde divisaron á lo lejos una numerosa cuadrilla de árabes, que desde luego tuvieron por salteadores del desierto. Los cristianos eran bastante aguerridos para temer á una banda de hombres feroces pero indisciplinados; y en su consecuencia hicieron alto para dar las disposiciones necesa-

rias á la batalla en caso de ser acómetidos. Pusieron á retaguardia todos los peregrinos á escepcion de aquellos que solicitaron el honor de combatir en las filas, en cuyo número fue comprendido Beltran, sin que bastasen las razones de Maynard y de Alan á disuadirle de su intento. En vano le representó tambien el mismo Pointz que era demasiado débil y poco diestro en el ejercicio de las armas para exponerse á semejante peligro; mas cuando vió que solicitaba colocarse á su lado sin tomar otra arma que una daga, por no hallarse con la fuerza ni la destreza necesarias para manejar una espada, le dijo afectuosamente:

—Querido amigo, tu valor es superior á tus fuerzas, y yo tendria el mayor pesar si te sucediese el mas leve accidente.

—¿Pues qué ha olvidado ya el baron De-Pointz que mi vida le está enteramente consagrada, y que le he jurado al pie del altar una amistad sincera é inviolable que solo acabará con la muerte? Si yo poseyese un trono le dividiría con él, quiero tambien participar de sus disgustos y peligros.

—Tú me haces conocer toda la extension de mi juramento, y cada vez se aumenta en mí el deseo de sostenerle res-

pondió el baron abrazándole enagenado de gozo."

Entretanto los árabes avanzaban, y se vió que su número era mucho mayor de lo que al principio se habia creido, pues ascenderian como á unos seiscientos. Los cristianos estaban armados con espadas, hachas, ballestas y lanzas. El baron, Fitz Hugo y otros gefes iban á su frente, y Beltran se colocó en la segunda línea cerca de Pointz, llevando á su lado á Maynard que no habia querido abandonarle. Solo Alan quedó en la retaguardia con los peregrinos.

Ya no distaban los árabes mas que doscientos pasos, cuando con grande algazara avanzaron contra los cristianos y los atacaron con sus cimitarras y ballestas. El baron y Fitz Hugo eran los primeros en el peligro dando muestras de un raro valor; y animando con su ejemplo á los mas débiles se arrojaron en medio de los enemigos y mataron á dos de sus gefes. Los cristianos siguen los pasos de sus valientes capitanes, rechazan á los árabes, rompen sus filas y siembran la muerte y el espanto por todas partes. Beltran no perdia de vista al baron sin tomar ninguna parte en el comba , y hubiera infalible-

mente perecido, si Maynard, Pointz y Fitz Hugo, al paso que peleaban por defenderse á sí mismos, no hubiesen hecho de sus cuerpos un baluarte para resguardarle.

Los infieles demasiado bárbaros para dar cuartel, combatian como hombres que no esperaban ninguna conmiseracion de sus enemigos, y aunque rodeados por todas partes de cristianos y en una posicion de las mas desesperadas, intentaron dar un golpe decisivo volviendo á la carga con un furor extraordinario resueltos á morir antes que rendirse.

El baron, no obstante su destreza en el manejo de las armas, tuvo que recurrir á todo su valor y pericia para defenderse de los golpes de uno de los gefes de los árabes. Al fin, aprovechándose de un momento favorable, le dió una cuchillada tan á tiempo que le dejó caer muerto á sus pies. Uno de sus compañeros animado del deseo de vengarle se acerca á él lleno de rabia, y cuando iba á descargar un furioso golpe sobre la cabeza del baron que tenia la espalda vuelta, Beltran se interpone precipitadamente entre los dos, y antes que el árabe tuviese tiempo de bajar el brazo le introduce la daga por

el costado, dando al mismo tiempo un grito tan penetrante que obligó al baron á volverse hácia él. Al ver al árabe á sus pies conoció el peligro que acababa de correr; y al notar el asombro de Beltran que con la daga ensangrentada en la mano fijaba sus miradas consternadas en el que habia puesto fuera de estado de combatir, no le fue dificil penetrar á quien era deudor de la vida.

La muerte de los gefes de los bandidos difundió el terror entre ellos, y se pusieron desordenadamente en fuga. Los gritos de victoria resonaron en el ejército cristiano. Los peregrinos levantaron sus voces al cielo para darle gracias por su visible proteccion, y se ocuparon en curar las heridas de los caballeros y soldados, felicitándose en no tener que llorar la pérdida de ninguno de los valientes protectores que los mandaban.

Pointz, que durante el calor de la refriega no habia podido manifestar su gratitud á Beltran, le buscó despues de la victoria. "La amistad que yo le profeso, dijo á Fitz Hugo, no ha sido en un principio mas que efecto de un impulso momentáneo; pero hoy es una deuda que he

contraido con él por haberme salvado la vida.”

Al decir estas palabras le vió sostenido por Maynard y Alan. Una sonrisa forzada se asomaba á sus labios.

—Mi querido amigo, le dijo, ¿qué es lo que causa el abatimiento en que te veo sumergido? Yo te debo todo; pero nada podrá consolarme si tengo la desgracia de perder á mi libertador.

Beltran se acercó al baron, y tomando la mano que éste le presentaba la llevó á sus labios sin poder contener el llanto.

—Perdonad, le dijo, una debilidad que debe pareceros ridícula. Mi ánimo está en el corazon; pero conozco que las fuerzas físicas me faltan.—Quiero pediros una gracia, añadió: La estimacion que os profeso no debió consultar en el primer momento mas que vuestro peligro y nada ha sido capaz de detenerme; pero ahora no lleveis á mal que la humanidad recobre sus derechos en mi corazon: considerándome el mas feliz de los mortales por haberos salvado la vida, mi dicha se encuentra acibarada con la pena de haber acaso privado de ella á otro. Os ruego, pues, mandeis

buscar á ese desgraciado para que yo pueda prodigarle la asistencia que exije su triste situacion.»

Pointz se apresuró á satisfacer los deseos de su amigo. Hallaron en efecto al árabe cuya herida no era peligrosa, y ansioso por imitar en un todo la generosidad de su libertador hizo le suministrasen cuantos auxilios necesitase, y le dió libertad luego que fue curada su herida, asi como á todos los árabes que habia hecho prisioneros despues del combate.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



EL PEREGRINO

Ó

CRISTABELA DE MOWBRAY.

CAPÍTULO PRIMERO.

El tratado concluido entre Ricardo Corazon de Leon y Saladino sobre la seguridad de los peregrinos que tratasen de visitar los Santos Lugares estaba aún permanente, sin que los sarracenos hubiesen cometido mas que algunas ligeras infracciones. En su consecuencia los cruzados continuaron su marcha sin hacer alto hasta que llegaron á vista de los muros de Jerusalen, donde se acamparon á corta distancia de la puerta de Belen, y despues de algunos dias de descanso se les permitió visitar el Santo Sepulcro y demas sitios consagrados.

La condicion impuesta á los peregrinos y guerreros de no entrar en la ciudad sino en pequeños destacamentos, prolongó su mansion en aquel sitio mas de dos meses que necesitaron para concluir su religiosa empresa, en cuyo tiempo tuvieron que sufrir bastante de parte de los infieles que sin atacarlos abiertamente no desperdiciaban la mas leve ocasion de incomodarlos.

Esta dilacion fue muy favorable para Beltran que cada dia se iba grangeando mas la estimacion del baron, en tanto que su primo Alan ganaba igualmente la confianza y afecto de Fitz Hugo. Las excelentes cualidades que éste habia descubierto en aquel jóven, le inspiraron el mas vivo interés en términos de no poder vivir sin su compañía. Una tierna y estrecha amistad reinaba entre estos cuatro individuos, cuando cumplido ya por todos los peregrinos el objeto de su viaje, se alejaron de las cercanías de Jerusalen y fueron á acamparse junto á la aldea de Rama.

Á la mañana del siguiente dia de su llegada habiendo oido el baron y Fitz Hugo pregonar la venta de unos esclavos, se encaminaron hácia la aldea con objeto de rescatar á algun cristiano, si por casuali-

dad le encontraban entre aquellos infelices. No se engañaron sus esperanzas, porque en medio de muchos esclavos sarracenos, expuestos á la venta pública como el ganado mas despreciable, vieron un hombre á quien por su fisonomía tuvieron desde luego por Europeo. Era de edad mediana, alto y bien formado: una noble audacia animaba su fisonomía, en la que se veia retratada la expresion del desden y de la severidad. El baron le estuvo mirando por algun tiempo, llamando muy particularmente su atencion el silencioso dolor en que parecia hallarse sumergido. Una religiosa indignacion se apoderó de su alma al contemplar el estado tan humillante á que se hallaba reducido un cristiano, y los indecentes andrajos que cubrian á aquel hombre respetable, que con los ojos fijos en tierra y los brazos cruzados sobre el pecho demostraba hallarse enteramente ocupado de su desgracia, sin atender á nada de cuanto pasaba á su alrededor. Incomodado por el brillo del sol llevaba algunas veces las manos á los ojos volviéndolas inmediatamente á su primera posicion.

Pointz se acercó á él, mas la fuerza d su emocion le impidió hablar. Á este tiem

po alzó el cristiano la vista y reparando el trage del baron, se apoderó de todo su cuerpo un temblor extraordinario. "¡ Dios misericordioso, exclamó en inglés, cuántas gracias debo darte pues me concedes el consuelo de mirar antes de mi muerte el signo tan dignamente reverenciado del cristianismo!

— En vuestra presencia teneis un cristiano, respondió el baron, que juzgará como el momento mas dichoso de su vida aquel en que arranque de poder de los infieles á un hermano, y que pueda alabarse de contarle en el número de sus amigos.

— ¡ Cristiano !.... hermano !.... amigo !.... ¡ Ay, dijo el esclavo, cuántos años han pasado desde que tales nombres han cesado de resonar en mi oido! Solo en este momento puedo acordarme de su significacion: sin embargo mi alma experimenta el mayor placer al escuchar unos nombres tan lisonjeros. ¿ Acaso podreis darme noticias de Inglaterra?

— Casi ninguna, pues aunque he visto la luz del dia en aquel pais he residido tan poco en él que puedo contarme como extrangero; pero yo os proporcionaré los medios de que volvais al seno de vuestra familia.

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS DE ESTE TOMO.






251
EL
PEREGRI
1
24


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm